

RIESGOS Y CATÁSTROFES

ACTITUDES Y CONDUCTAS EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

2ª PARTE



MINISTERIO
DEL INTERIOR



DIRECCIÓN GENERAL
DE PROTECCIÓN CIVIL
Y EMERGENCIAS

RIESGOS Y CATÁSTROFES

ACTITUDES Y CONDUCTAS EN LA **SOCIEDAD ESPAÑOLA**

2ª PARTE

Diseño de investigación, cuestionario, coordinación y supervisión:

Andrés García Gómez

Coordinador CEISE

Dirección General de Protección Civil y Emergencias /
Centro Europeo de Investigación Social de Emergencias

Análisis resultados y conclusiones:

Ramón Ramos Torre

Catedrático Sociología. Departamento de Cambio Social
Universidad Complutense de Madrid (UCM)

Javier Callejo Gallego

Profesor Sociología. Departamento de Sociología I
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

Diseño muestra, trabajo de campo, tabulación y explotación resultados:

Centro de Investigaciones Sociológicas(CIS) / Ministerio de la Presidencia



EDITA

Ministerio del Interior. Secretaría General Técnica
Catálogo General de Publicaciones Oficiales

<http://www.060.es>

© **Dirección General de Protección Civil y Emergencias**
www.proteccioncivil.org

NIPO

126-08-085-X

DEPÓSITO LEGAL

M-47391-2008

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

OZONO

IMPRIME

SCLAY PRINT

índice

PRESENTACIÓN	5
INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO 1. EVOLUCIÓN Y CARACTERÍSTICAS FUNDAMENTALES DE LA DEMANDA DE PROTECCIÓN	10
RESPONSABILIDAD DE LAS CATÁSTROFES, RESPONSABILIDAD DE LA PROTECCIÓN	11
MATIZACIONES AL OPTIMISMO PROMETEICO	13
LA DEMANDA GENERAL DE PROTECCIÓN	17
DE LA DEMANDA GENERAL DE PROTECCIÓN, A LAS DEMANDAS ESPECÍFICAS: PREOCUPACIÓN POR LAS CATÁSTROFES	20
LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA EN EL SISTEMA DE PROTECCIÓN	33
LA DEMANDA DE PARTICIPACIÓN EN EL SISTEMA DE PROTECCIÓN	41
REACCIONES A LA PARTICIPACIÓN EN EL SISTEMA DE PROTECCIÓN EN SITUACIÓN DE CATÁSTROFE.....	45
CAPÍTULO 2. LAS INSTITUCIONES DEL SISTEMA SOCIAL DE PROTECCIÓN	48
EL LUGAR DE LOS MEDIOS EN EL SISTEMA DE PROTECCIÓN	49
LA CONFIANZA EN LAS INSTITUCIONES Y AGENCIAS DE PROTECCIÓN	53
EVOLUCIÓN DE LA CONFIANZA EN INSTITUCIONES.....	57
LA IDENTIDAD TERRITORIAL DE LA CONFIANZA	62
HACIA LA ESTRUCTURA DE LA CONFIANZA EN LAS INSTITUCIONES	64
LA CONFIANZA QUE SE OTORGA A LAS INSTITUCIONES	68
CAPÍTULO 3. LAS BASES DE LA PERCEPCIÓN SOCIAL DEL RIESGO Y LA CATÁSTROFE	70
EXPERIENCIA E INFORMACIÓN	72
CONFIANZA INSTITUCIONAL	82
SITUACIÓN EN LA ESTRUCTURA SOCIAL	86
ÍNDICE DE TABLAS	93
ÍNDICE DE GRÁFICOS	94

presentación

Esta segunda parte del Estudio realizado para la Dirección General de Protección Civil y Emergencias *Riesgos y catástrofes: actitudes y conductas en la sociedad española* persigue comparar, complementar y profundizar los resultados alcanzados en la Primera parte ya editada bajo ese título¹.

La comparación de los datos existentes sobre percepciones y conductas en situaciones catastróficas ha sido una de las razones fundamentales que han impulsado la redacción de esta segunda parte. Se ha pretendido poner en conexión los datos arrojados por el estudio 2740 de noviembre de 2007 encargado al Centro de Investigaciones Sociológicas, que ha servido de única fuente de información para la elaboración del anterior Estudio, con los que arrojan otras encuestas de ámbito y fecha muy variados en las que ha intervenido el CEISE, ya sea como institución que demanda, financia y recibe el estudio, ya sea como parte implicada en su realización. Dada la ya larga trayectoria del CEISE en este campo de investigación, los estudios que hemos tomado en consideración conforman una larga lista que pasamos a detallar²:

- INVESTIGACIONES SOBRE LAS CONDUCTAS DE LA POBLACIÓN EN EL CASO DEL EMBARRANCAMIENTO DEL BUQUE CASON. GALICIA 1987*. DGPC / DATA Information
- CONDUCTAS DE LA POBLACIÓN DE LA ISLA DE TENERIFE COMO CONSECUENCIA DE LOS MENSAJES EMITIDOS A RAÍZ DEL MOVIMIENTO SÍSMICO DEL DÍA 9 DE MAYO DE 1989*. 1989. DATA Information / METRA 6
- LAS INUNDACIONES DE SEPTIEMBRE DE 1989 EN EL LEVANTE ESPAÑOL*. 1990. CEISE / DOKEIN
- LAS INUNDACIONES DE 1989 EN LA PROVINCIA DE MÁLAGA*. 1990. CEISE / DATA S.A.
- CONDUCTA DE LA POBLACIÓN Y POLÍTICA INFORMATIVA. VANDELLÓS I*. 1990. CEISE / MF Gabinete Estudios
- ANÁLISIS DE LA DEMANDA DE INFORMACIÓN Y ELABORACIÓN DE UN MODELO GUÍA DE RESPUESTA*. CEISE / EURODOXA, S.A.
- INFORMACIÓN A LA POBLACIÓN Y ANÁLISIS PSICOSOCIAL DE RESPUESTAS: INVESTIGACIÓN EN EL CASO DE DIVERSOS MOVIMIENTOS SÍSMICOS EN EL SURESTE DE ESPAÑA*. 1993 –1994. CEISE
- ACEPTABILIDAD SOCIAL DEL RIESGO DERIVADO DE LA GENERACIÓN DE ENERGÍA NUCLEAR Y ALMACENAMIENTO DE RESIDUOS RADIATIVOS*. Investigación coordinada por el CEISE para ENRESA. 2001.

¹ Andrés García, Ramón Ramos Torre y Javier Callejo. *Riesgos y catástrofes. Actitudes y conductas en la sociedad española. Dirección General de Protección Civil y Emergencias. Ministerio del Interior, 2008.*

² Todos los estudios marcados con un asterisco (*) están recogidos en la recopilación publicada en el CD "Estudios y conferencias sobre gestión social y política de situaciones de emergencia de crisis y catástrofes mayores en España 1987-2003". El CD ha sido coordinado por Andrés García y editado por la Dirección General de Protección Civil y Emergencias.

- CLAVES SOCIALES, POLÍTICAS Y COMUNICATIVAS DE LA ACEPTABILIDAD SOCIAL DE GENERACIÓN DE ENERGÍA NUCLEAR Y GESTIÓN DEL COMBUSTIBLE GASTADO*.
Cuatro estudios coordinados por el CEISE para ENRESA. 2002 – 2003
- INVESTIGACIÓN SOCIOLÓGICA ENTRE LA POBLACIÓN ESTABLECIDA EN LOS MUNICIPIOS COMPRENDIDOS EN LAS ZONAS I Y II DE LOS DISTINTOS PLANES ESPECÍFICOS DEL PLAN BÁSICO DE ENERGÍA NUCLEAR (2004)
- BARÓMETRO DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLÓGICAS, Estudio número 2267, noviembre de 1997: 2468 entrevistas. Ámbito nacional. Aplicación del cuestionario mediante entrevista personal en domicilios.
- BARÓMETRO DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLÓGICAS, Estudio número 2635, febrero de 2006: 2472 entrevistas. Ámbito nacional. Aplicación del cuestionario mediante entrevista personal en domicilios.

Al tomar en consideración todos estos estudios no se ha pretendido en ningún momento proceder a un resumen que los contuviera, relacionara y eventualmente sintetizara, sino que se ha optado por atender a los datos que en ellos fueran comparables con los que se fijan en el último estudio-base de noviembre de 2007. Es esa investigación la que ha proporcionado el punto de referencia para seleccionar los datos relevantes del resto de las indagaciones. Esto ha limitado las comparaciones, aunque no las haya impedido en aspectos sustanciales. La razón de la limitación es básicamente de orden metodológico: el método comparado tiene exigencias muy estrictas (Sartori, Ragin), cuyo cumplimiento lleva a descartar gran parte de las comparaciones que una aproximación laxa o poco cuidadosa permitiría realizar. De ahí que, a la hora de contrastar los datos, nos hayamos limitado a los estrictamente comparables, especificando en los casos que no se someten a estas exigencias las razones y los procedimientos de 'traducción' utilizados. El resultado alcanzado permite una ampliación de la evidencia y arroja, en algunos casos, luz sobre tendencias profundas en las actitudes ante el riesgo y las catástrofes de los españoles.

La segunda razón de este Estudio es el intento de complementar los datos procedentes de encuestas cuantitativas con los que proceden de investigaciones de orden cualitativo. En este sentido, se ha procedido a recoger, incorporar al análisis y comparar las posiciones y argumentos discursivos que aparecen en el estudio *Percepción de Riesgos y Catástrofes en España*, una investigación cualitativa realizada mediante Grupos de Discusión para el CEISE por el Área de Investigación del Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología³. El estudio fue realizado en las mismas fechas que la Encuesta de referencia del CIS, abordando, desde una perspectiva cualitativa, sus mismos temas. La información que proporciona permite precisar la semántica social del riesgo y las catástrofes, lo que abre la oportunidad de adentrarse en la significación de fondo de las contestaciones -planas y susceptibles de incontables interpretaciones- de los sujetos entrevistados a los distintos ítems genéricos del cuestionario. La utilización de la información cualitativa ha sido, con todo, mesurada, no interesándonos dar cuenta de ella en su totalidad, sino sólo en aquellos casos en que pudiera especificar, iluminar o complementar la información de orden cuantitativo en la que centramos preferentemente nuestra atención.

La tercera y última razón fundamental de esta Segunda Parte ha sido profundizar en alguno de los análisis que habían sido ya iniciados en el Primer Estudio. En algunos casos, hemos tomado en consideración aspectos que habían recibido entonces una atención más rápida o casual; en otros, hemos intentado alcanzar niveles más profundos de análisis. En esta línea de reinterpretación de los primeros análisis, hemos pretendido, sobre todo en el último capítulo, alcanzar un nivel analítico más elaborado con la intención de fijar al menos las líneas generales de un modelo analíticamente congruente y dotado de la suficiente complejidad que explique las variaciones en la percepción del riesgo que se hacen a la luz en las contestaciones a las distintas preguntas del cuestionario del CIS. Se trata de una propuesta puramente tentativa que sólo investigaciones posteriores más sofisticadas permitirán ponerla a prueba.

Madrid, mayo de 2008

³ Andrés García Gómez y otros, *Percepción social del riesgo en España*. Dirección General de Protección Civil y Emergencias. Ministerio del Interior, 2008.

introducción

En este Estudio pretendemos dar cuenta, al menos parcial, del ingente esfuerzo de investigación que, bajo el patrocinio de la Dirección General de Protección Civil y Emergencias del Ministerio del Interior, se ha venido realizando en España en la indagación de la percepción social de los riesgos y de las catástrofes.

El surgimiento hace ahora más de un cuarto de siglo de una organización como la protección civil del Estado parte ya, en buena medida, de la percepción de una carencia en la acción de la Administración y de la necesidad de superarla, dando satisfacción a demandas de seguridad muy extendidas socialmente. El derecho a la protección frente a catástrofes se empieza a constituir como una demanda constante de los ciudadanos en un país democrático, demanda que se refuerza tras cada acontecimiento catastrófico vivido directamente por la población o publicitado por los media. Esta demanda responde a los cambios sociales que ha sufrido la sociedad española en los últimos decenios. Por un lado, es una respuesta al incremento de recursos y del consiguiente bienestar material que empuja a concebir la propia vida más allá del ideal de la simple supervivencia o de la asunción fatalista de las catástrofes que dicte el destino. Es una demanda de seguridad que parece surgir más de la abundancia y el exceso de seguridades materiales que de su carencia o déficit. Por otro lado, proviene de la generalización de la idea de un mundo que se puede someter a previsión, en el que buena parte de lo que acontece es previsible tanto en sí mismo como en sus consecuencias. Si, tal y como ya soñaron Comte y sus discípulos hace casi dos siglos, el lema de nuestra época es "Saber para Prever; Prever para Actuar", entonces un mundo previsible es también un mundo sobre el que se puede y debe actuar; un mundo, en definitiva, administrable y conformable gracias a la acción de los poderes públicos o de los ciudadanos esclarecidos. Sin el incremento de los recursos y la capacidad técnica para la previsión es, pues, difícil pensar en el surgimiento de agencias u organismos públicos, como la propia protección civil del Estado en España, en sus distintos niveles, especializados en la cobertura de las emergencias. Ahora bien, la incidencia de estos factores ha de conectarse con la de algunos otros que apuntamos a continuación.

Desde distintos ángulos, hasta convertirse en uno de los tópicos más extensos en la literatura sociológica actual, se señala que el miedo es una dimensión que siempre ha estado presente (Delumeau), pero que gana terreno en las sociedades contemporáneas (Furedi, Gil Calvo, Mongardini, Wilkinson, etc). Paradójicamente, se trata de sociedades que en las tres décadas que siguen a la Segunda Guerra Mundial –la llamada treintena dorada– viven una notable estabilidad asentada firmemente sobre un lecho de progreso material continuo y, lo que tal vez sea más importante, extendida entre la mayor parte de la ciudadanía, especialmente a través de los distintos sistemas de protección social que configuran el Estado de Bienestar. El progreso se hace, a los ojos de los ciudadanos, previsible o, al menos, el margen dejado a la incertidumbre (paro, salud, educación) parece reducido. A partir de entonces, distintos acontecimientos (crisis económica de 1973, atentados terroristas en ciudades europeas a lo largo de los setenta, etc.) quiebran la sensación generalizada de seguridad y empieza a demandarse de las administraciones públicas una protección que va más allá de la mera protección social. El Estado del Bienestar es también un Estado que asegura y protege (Ewald). La protección ante cualquier eventualidad y el mantenimiento de una cotidianeidad normalizada y fiable empiezan a concebirse como un derecho en expansión, que crece al mismo ritmo de la inseguridad percibida y una mayor sensibilidad a las amenazas catastróficas. Se demanda, en consecuencia, una mayor intervención de los poderes públicos. El catálogo de fuentes de riesgo no hará sino ampliarse continuamente. Antes eran los riesgos o peligros naturales, vinculados a una naturaleza desatada e incontrolable (terremoto, erupciones volcánicas, inundaciones, etc.); hoy, hasta la convivencia doméstica adquiere la categoría de riesgo y la propia representación mediática de la denominada violencia de género adquiere los rasgos de una catástrofe que exige la intervención protectora de los poderes públicos, mientras que la acción comunitaria (familiares, amigos, vecinos) queda sin espacio.

Buena parte del alto grado de confianza en el progreso que caracteriza a las sociedades avanzadas hasta el último cuarto del siglo XX se apoya en el desarrollo técnico y científico. Esa fe no es ya tan firme (Beck). Es cierto que las sociedades avanzadas siguen manteniendo una sólida confianza en la ciencia, a la que se asigna el monopolio en la producción de la verdad,

aunque ésta sólo sea conjetural y fiable hasta próximo aviso (Luhmann). Aun así, la conciencia sobre el desarrollo tecno-científico ha dejado de ser feliz y confiada, abriéndose a la sospecha y la constatación de sus consecuencias negativas. Se llena así el propio desarrollo tecno-científico de incertidumbres (Wynne, Funtowicz y Ravetz). Como se ponía de manifiesto en el anterior Estudio, su percepción social destaca los riesgos que arrastra, aun cuando todavía, en el marco de la metáfora del balance, se sigan anteponiendo las ventajas, especialmente en clave de riqueza material, sobre sus inconvenientes. Se arraiga así en la sociedad una profunda ambivalencia frente a la ciencia y la tecnología, consideradas, a la vez, fuente de riesgos e instrumento para protegernos de ellos: veneno y medicina, farmakon.

Ante tal extensión de la percepción de riesgos, la demanda de protección aumenta; especialmente ante la eventualidad de catástrofes y tanto más cuando ocurren efectivamente. Se demanda de las instituciones que estén prevenidas para una actuación inmediata. Se trata de una demanda de protección preventiva susceptible de distintas concreciones, pero que se dirige directa y principalmente a las instituciones del Estado. Más protección, más seguridad, más Estado: parece una vuelta a Hobbes. Pero se trata de un Estado que se asienta en la tecnología, es decir, más en los técnicos del laboratorio que en la vieja espada de Leviatán. La ciudadanía exige que las cuestiones que atañen a su seguridad y protección queden reducidas a un debate tecno-científico-libre, en cualquier caso, de las interferencias de las disputas cotidianas por el poder. Tales cuestiones son la columna vertebral del Estado, la base de su legitimidad, y así deben ser tratadas.

Estas breves líneas permiten fijar el retrato de conjunto que vamos a utilizar como paisaje de fondo de los análisis que se van a emprender: A lo largo de esta Segunda Parte, vamos a intentar concretar esa demanda social de protección a partir de los datos disponibles proporcionados por las distintas investigaciones realizadas bajo el patrocinio de la Dirección General de Protección Civil y Emergencias del Ministerio del Interior. En concreto, intentaremos fijar el tipo de protección demandada, los riesgos por los que la sociedad española puede sentirse más amenazada, las demandas específicas de protección, lo que nos sitúa en la observación de las fuentes de riesgos a las que los sujetos se sienten más expuestos y del sistema social de instituciones y agencias destinadas funcionalmente a satisfacer la demanda de protección.

El material empírico disponible tiene sus propios límites. Hay una primera limitación: queda excluida de nuestra indagación la demanda de lo que se denomina protección social, vinculada a la economía y la salud, y de una manera más concreta –e histórica- a una ciudadanía construida a partir de su relación con el empleo (Castel, Alonso, Prieto). Cabe suponer que la sensación de riesgo en este campo y, por lo tanto, su demanda de protección puedan ir de la mano de la mayor o menor sensibilidad hacia otras fuentes de riesgo y de la demanda genérica de protección.

Ahora bien, la propia función orgánica, que dentro de la Administración Pública española tienen atribuidos los organismos de protección civil de los tres niveles de la Administración del Estado, invita a que dejemos fuera de esta indagación este tipo de demanda de protección, lo que no impide que aparezca al hilo de la investigación cualitativa, como ocurre en los grupos de discusión llevados a cabo durante los primeros meses de 2008. Así, en algunos de ellos, la primera reacción al término riesgo se dirige hacia los riesgos laborales (grupo de discusión de Guadalajara). A pesar de que pudiera quedar fuera del ámbito de acción de una organización como protección civil del Estado, hay que señalar cómo en los discursos de los grupos se refleja que ciertos riesgos o carencias en la protección se derivan de la debilidad en la protección en el ámbito laboral. Así, en el mismo grupo de Guadalajara se establece cómo las empresas despiden durante los meses de primavera a los componentes de los retenes encargados de prevenir los incendios forestales, para volverlos a contratar en verano. Recientemente (abril 2008), a partir de los sucesos alrededor de la central nuclear de Ascó, ha circulado en los medios de comunicación, especialmente en boca de uno de los alcaldes de la zona, el discurso de que la protección se debilita porque la empresa que explota la central nuclear está reduciendo personal a partir de prejubilaciones, sin que el personal que se contrata tenga la preparación suficiente⁴. Hay, pues, una clara vinculación social en la

⁴ En los propios grupos de discusión encargados por la Dirección General de Protección Civil y Emergencias se muestra ya este discurso: "Yo he puesto también el trabajo. Que cada vez se tiende más a privatizar los trabajos, por lo tanto los salarios son muy bajos, prescinden de personal cuando hace falta, y, y bueno, las depresiones y las bajas laborales son abismales, a parte de que no se cubren" (grupo de discusión de Benimodó).

percepción de los riesgos relacionados con las catástrofes y los que se sitúan en el ámbito laboral, lo que, a pesar de que sean gestionados por instituciones públicas muy distintas, parece apuntar a una demanda más general e integrada de protección. Se supone así que los distintos riesgos se perciben de forma integrada, de manera que los unos se conciben en función de su relación con los otros, resultando que la mayor o menor preocupación por unos podría depender de la situación en que se esté con respecto a otros. Desde luego, los riesgos relacionados con la estabilidad laboral, con la protección social, están muy presentes cuando se habla de catástrofes⁵. El sistema social de protección tiene en el sistema de protección social uno de sus focos estructurantes. Con todo, dada la particular perspectiva institucional que vertebra este Estudio, dejaremos entre paréntesis el tema de la protección de los riesgos sociales –como, por otro lado, hace la mayoría de la literatura sociológica de orientación empírica y cuantitativa que estudia el tema en España.

La otra limitación deriva de las propias características de los datos disponibles. Hay que subrayar que en su mayor parte están destinados a registrar actitudes, demandas de información o comportamientos relacionados con la gestión de catástrofes. Lo que vamos a hacer es un análisis secundario de esos datos con un objetivo principal, que no es incompatible, pero sí suficientemente distinto, pues se trata de ahondar en la demanda de protección de la sociedad española.

El Estudio se estructura en tres partes o capítulos. En la primera, se desarrolla una aproximación a la evolución y características fundamentales de la demanda de protección. En la segunda, se establece la configuración actual del sistema de instituciones y agencias destinadas a satisfacer la demanda de protección, lo que nos va a permitir dar un paso importante en la caracterización de esta demanda. Por último, con un carácter más analítico, en la tercera parte se intentará construir un modelo de articulación de las variadas dimensiones de la demanda de protección frente a riesgos y catástrofes, un fenómeno complejo pues procede de un actor social (agente y paciente a la vez) que no se puede reducir a una dimensión y en el que se entrecruzan de forma compleja las dimensiones que el análisis consigue separar:

⁵ Valga otro botón de muestra también extraído de los grupos de discusión: “... sí, estoy pensando precisamente pues en los escasos puestos de trabajo que hay, en las dificultades para mantener un puesto de trabajo, en perder el empleo, en no encontrar un empleo estable. Para mí es el primer riesgo que me viene a la cabeza” // “yo me apunto a esto un poco porque he pasado esta situación. Después de estar con un trabajo durante ocho años y muy a gusto, por circunstancias, tuvimos que cerrar y entonces la angustia de depender de un paro que sabes que se acaba y que con una edad ya de 53, 54 años, pero bueno me pasó con 53, iba a encontrar o no iba a encontrar trabajo. Bueno, se ha solucionado pero recuerdo con mucha angustia ese período” (grupo de discusión de Barcelona)

CAPÍTULO 1

EVOLUCIÓN Y CARACTERÍSTICAS FUNDAMENTALES
DE LA DEMANDA DE PROTECCIÓN

RESPONSABILIDAD DE LAS CATÁSTROFES, RESPONSABILIDAD DE LA PROTECCIÓN

Una de las bases de la extensión social de la demanda de protección que se dirige a las instituciones y administraciones públicas se encuentra en el cambio de la concepción de la responsabilidad ante las catástrofes propia de las sociedades modernas. De una concepción fatalista, para la que son fuerzas extrañas al control humano (divinas, demoniacas, telúricas) las que principalmente rigen los avatares de los sujetos, a una concepción que admite o incluso subraya la autonomía y capacidad fáctica del ser humano y, por lo tanto, le carga con la responsabilidad de sus decisiones, ya le afecten a él directamente o a otros. El hombre pasa a ocupar el centro del universo, pero ese antropocentrismo comporta hacerse cargo de lo que resulta del propio actuar. Tal tendencia no dejará de acentuarse hasta, incluso, reconocerse la actuación del ser humano en el desencadenamiento de acontecimientos que antes eran atribuidos en exclusiva a la naturaleza. Así, la mayor o menor frecuencia de lluvias, o la mayor o menor frecuencia de inundaciones, son leídas hoy como fenómenos antropogénicos, vinculados a la acción de un ser humano que, en última instancia, es responsable del calentamiento global. Se trata de un tópico muy presente en los discursos sociales contemporáneos, tanto en los que aparecen en los medios de comunicación, como entre los propios ciudadanos, tal como se refleja en las transcripciones de los grupos de discusión. En tal marco, la vieja distinción (Luhmann) que separaba el peligro (natural) del riesgo (antropogénico) se disuelve; todo, incluidas las catástrofes naturales, puede ser presentado como responsabilidad humana que exige culpables y compensaciones sociales.

Cuando las catástrofes son atribuidas a entes cuya acción nos desborda y a los que no podemos exigir responsabilidades, como la naturaleza, el azar o los dioses, las demandas de protección (oraciones, rituales, ensalmos mágicos) pueden ser muy amplias, pero la capacidad de protección efectiva muy limitada o imprevisible (los dioses son caprichosos; la magia no siempre funciona, etc.). Los seres humanos apenas salen del papel de víctimas; los actores sociales no pasan de ser pacientes abocados a la virtud de la resignación. Cuando, por el contrario, se considera que el ser humano puede ejercer algún poder no trivial sobre el medio y sus catástrofes (vitales, individuales, colectivas, tecnológicas, naturales, etc.), ya sea actuando en su origen, ya frente a sus consecuencias, gana terreno la idea de la responsabilidad del ser humano. Una responsabilidad que, lejos de ser genérica (la humanidad) o individual, se concibe como algo institucional, plenamente engarzada en las organizaciones sociales. El ser humano es una víctima, pero no de los dioses o de los demonios o de una naturaleza madrastra, sino de sus semejantes y sobre todo, a partir de la plena instauración de la modernidad, de la sociedad y sus representantes políticos. Puede por ello reclamar protección de quien es la fuente de las amenazas que se ciernen sobre él y desde luego puede exigir responsabilidades.

En el estudio de noviembre de 2007, se incorpora una pregunta sobre la atribución causal de las catástrofes, que ya comentamos en sus líneas generales en el capítulo 1 del Primer Estudio. Resaltábamos allí que más de un tercio de los españoles, el 36%, atribuye la causa de las

catástrofes a los responsables políticos (administración central, autonómica o local) (**Tabla 1.1**). Esto ha de leerse también como una demanda de protección dirigida a los poderes a los que se culpabiliza de la situación de desamparo. Hay, pues, una demanda de responsabilidad y protección por parte de quien se siente víctima de instituciones que han provocado la catástrofe porque, al menos, no la han previsto y/o prevenido.

Por azar, mala suerte o voluntad divina	22.8%
Falta de planificación, de control e inspección de la Administración del Estado	30.9%
Falta de planif. de control e inspección de la Ad. de las Comunidades Autónomas	3.3%
Falta de planif. de control e inspección de la Administración del Ayuntamiento	2.1%
La superproducción industrial y el desarrollo científico y tecnológico	17.5%
La superpoblación mundial y el desarrollo urbano	9.8%
Otra causa	4.0%
N.S.	8.7%
N.C.	1.1%
(N)	(3468)

Tabla 1.1. Atribución de causas de catástrofes (porcentajes)

Fuente: CIS noviembre 2007

Con todo, conviene matizar esa lectura. El primer matiz es que, limitándose la pregunta a inquirir sobre la atribución causal de las catástrofes, deja de lado y no considera si se demanda más protección o acción protectora de las Administraciones. Evidentemente, la conexión puede establecerse, pues parece que quien, por ejemplo, atribuye las catástrofes a causas divinas, pedirá protección divina. Ahora bien, que esto pueda ocurrir no implica que ocurra realmente, es decir, que se esté también demandando tal protección o más protección. Por otro lado, la razón que se recoge para establecer como responsables a las Administraciones es la de falta de planificación y, aunque también buena parte de la protección está vinculada a la planificación, no necesariamente su demanda de protección puede asimilarse sin más a la de planificación. Es más, debido a que la oferta y gestión de protección puede llegar a incidir negativamente sobre aspectos fundamentales de la vida de los ciudadanos en sociedades democráticas, y especialmente sobre sus libertades (libertad de movimientos, por ejemplo) y derechos individuales fundamentales, puede pensarse incluso que se considere que la demanda y la oferta de protección esté limitada o subordinada a la satisfacción de otras demandas democráticas⁶.

Siendo mayoritaria la atribución de la responsabilidad a las Administraciones, con especial hincapié en la Administración del Estado, hay que resaltar que el 23% sitúa en el azar, la mala suerte o la voluntad divina el origen de las catástrofes; son evidentemente entes a los que no se puede exigir responsabilidades, en sentido estricto o jurídico ni, lo que es más importante, compensaciones e indemnizaciones. Por su parte, un 27% lo atribuye a una responsabilidad humana, pero difusa, de carácter civilizatorio; pero de la que tam-

⁶ Entre los últimos avisos sobre las propias amenazas para las sociedades democráticas que constituyen ciertas formas de entender la oferta de protección, véase Carlo Mongardini, *Miedo y sociedad*, Madrid: Alianza, 2007.

bién podría derivarse demanda de protección, ya que es lo que llamamos genéricamente la sociedad, como la causa última de la deriva civilizatoria responsable de los daños.

Por lo tanto, en la medida que no se atribuyan las catástrofes a causas que quedan fuera del control de la actividad humana (azar, dioses) hay espacio para poder inferir una demanda de protección que se puede dirigir a la sociedad en su conjunto o a las instituciones especializadas funcionalmente en brindarla.

MATIZACIONES AL OPTIMISMO PROMETEICO

La extensión de la demanda de protección es producto, en buena medida, de un desarrollo tecnológico y científico que genera progreso, bienestar y, a la vez, riesgos. De ahí que presentemos la demanda de protección como una demanda de un cierto umbral de seguridad en la experiencia vital de los sujetos. Estableciendo un paralelismo con la propuesta de Walter Ong, que presenta la oralidad secundaria como la dominante forma de conocimiento y comunicación del mundo actual, dominado por lo audiovisual después de siglos de dominio de la escritura, podemos aquí hablar de demanda secundaria de protección, resultante de haber pasado por un período histórico –aun cuando relativamente corto– de estabilidad y seguridad. Una demanda secundaria de protección no menos intensa que la primaria y cuyo objeto básico a defender sigue siendo la vida de los individuos. Esta demanda procede de la experiencia vivida de seguridad. Es consciente de que la fuente que genera estabilidad y seguridad, es decir, la tecno-ciencia, es la misma que produce los riesgos demandantes de protección. Por ello, parece conveniente ubicar la demanda de protección en la concepción dominante del desarrollo científico y tecnológico y preguntarnos hasta qué punto la sociedad, dadas sus exigencias de protección, está dispuesta a renunciar al propio desarrollo científico y tecnológico. Veamos inicialmente cuál ha venido siendo la posición de la sociedad española al respecto.

Parece normal que se mantengan estables las opiniones de la sociedad española sobre las consecuencias generales de un cambio de civilización, como el que supone el paso de la sociedad tradicional a la sociedad que pone en primer lugar el progreso científico y técnico. Sobre todo, cuando el período, entre una y otra recolección de opiniones, es históricamente tan breve como el aquí abordado: de febrero de 2006 a noviembre de 2007; poco más de veinte meses. Se trata, además, de un período en el que no ha habido accidentes de envergadura que pudieran incidir sobre los estados de opinión. De hecho, al hacer la comparación (**Tabla 1.2**), se constata que las proporciones de quienes mantienen que las ventajas del progreso científico y técnico son mayores que los inconvenientes son prácticamente las mismas en tres de los cuatro aspectos de la realidad enjuiciada. La excepción se encuentra en las consecuencias sobre la conservación del medio ambiente y la naturaleza. En el estudio de 2006 ya era el único de los cuatro aspectos en el que la percepción de los inconvenientes de las consecuencias del progreso científico y técnico superaba la de sus

ventajas. Pues bien, en 2007 aumenta este estado de opinión, pasando del 46% (2006) al 50% (2007). Quienes perciben más ventajas en este caso alcanzan el 40%, frente a un 43% en 2006. Este cambio entronca con algo muy debatido en los medios de comunicación a lo largo del período, lo que hace plausible la conjetura de que las informaciones y el debate sobre el calentamiento del Planeta y, en general, sobre las amenazas para el medio ambiente, pueden haber incidido en este mayor escepticismo sobre las ventajas del desarrollo científico-técnico.

	2006 (2472)	2007 (3468)
La calidad de vida de la sociedad	79.0	79.0
La conservación del medio ambiente y la naturaleza	42.8	39.6
El desarrollo económico	73.9	73.5
La seguridad y protección de la vida humana	62.9	62.3

Fuente: CIS febrero 2006 y noviembre 2007

Tabla 1.2. Porcentajes de los que creen que el progreso científico y técnico conlleva más ventajas que inconvenientes para los distintos aspectos abordados (comparación 2006-2007)

La riqueza material que deriva del progreso científico y técnico, especialmente, las mejoras en la calidad de vida de la sociedad y el desarrollo económico se ponen por encima de los potenciales temores o miedos. La única sombra que aparece se proyecta sobre la conservación del medio ambiente y la naturaleza. Salvo en este aspecto, puede decirse que el optimismo de la sociedad española con respecto al progreso es amplio y estable. Es una sociedad que quiere seguir en la vía del desarrollo tecno-científico, a pesar de sus costes. Ya vimos en el anterior Estudio que hay categorías sociales que son más optimistas que otras: los varones, los más jóvenes, los que tienen mayor nivel de estudios o las clases altas. Pero lo que interesa resaltar aquí es el optimismo general de la sociedad española con respecto al desarrollo científico y técnico. Parece que la demanda de protección encuentra su límite en la dinámica del desarrollo científico-técnico. Se trata de una demanda de protección que tiene como finalidad el mantener, al menos, el marco general de la sociedad: que la protección que se busca permita mantener o incrementar el tipo de vida que se lleva, sin interferir o impedir el bienestar producido por el desarrollo. No hay dilema (lo uno o lo otro), sino deseo de conjunción: desarrollo tecno-científico y protección frente a riesgos; ambos juntos y de la mano.

Ese tipo de demanda de protección tiene su principal punto débil o de inflexión cuando se introduce en el ámbito del medio ambiente y la conservación de la naturaleza. Aquí es importante calibrar en qué medida la protección del medio ambiente queda incluida como parte de la demanda de protección (de los ciudadanos) o sólo como sombra preocupante, pero irreductible, del desarrollo científico y tecnológico.

Aun cuando la sociedad española cree que son más las ventajas que los inconvenientes del desarrollo de la ciencia y la tecnología, también se perciben crecientemente sus riesgos. Es más, en estos veinte meses de diferencia entre una toma y otra de opinión de la sociedad

española, ha aumentado su percepción. Si en 2006 los que opinaban que el desarrollo traería muchos o bastantes riesgos sumaban poco más de la mitad, 51%, en 2007 tal opinión es mantenida en 2007 por el 55% (**Tabla 1.3**). Por lo tanto, en el marco de una percepción general del futuro en la que optimistas y pesimistas están más o menos equilibrados, se apunta la tendencia hacia un aumento de las expectativas de riesgos. El resultado es que, sin que se hayan operado vuelcos o cambios radicales, se hace a la luz una creciente sensibilidad hacia los riesgos tecno-científicos. Son muy pocos, alrededor del 5%, los que creen que el desarrollo técnico –y, por lo tanto, en buena parte económico y material- le sale gratis, sin riesgos, a la sociedad.

Tabla 1.3. En general ¿cree Ud. que en los próximos veinte años el desarrollo de la ciencia y la tecnología traerá consigo muchos riesgos, bastantes, pocos o ningún riesgo para nuestro mundo? (comparación porcentajes 2006-2007)

	2006	2007
Muchos riesgos	11.4	15.1
Bastantes riesgos	39.3	40.2
Pocos riesgos	32.4	29.3
Ningún riesgo	4.5	5.3
N.S.	11.7	9.8
N.C.	0.8	0.4
(N)	(2472)	(3468)

Fuente: CIS febrero 2006 y noviembre 2007

Ahora bien, esa mayor sensibilidad ante los riesgos tecno-científicos queda amortiguada cuando se relacionan con sus beneficios. Se pone, entonces, de manifiesto el optimismo de la sociedad española con relación al futuro. Los riesgos se asumen de una manera mayoritaria y parece que la sociedad española apuesta por un futuro gratificante y más bien optimista. Como puede observarse en la **Tabla 1.4**, siguen siendo mayoría los que opinan que los beneficios superarán los riesgos. Ahora bien, ha de constatarse también que el discurso del riesgo parece menos seguro con el paso del tiempo, pues disminuye en algo más de tres puntos porcentuales la proporción de los que creen que los beneficios superarán los riesgos en los próximos veinte años.

Comentando los datos de la serie, puede decirse que el porcentaje de los pesimistas se mantiene estable (sobre el 30%) y que lo que ha disminuido es el de los optimistas, que disminuye en algo más de 3 puntos. Esta evolución, aunque la corta perspectiva que dan poco más de veinte meses entre una foto fija y la otra invita a la cautela, permite apuntar una mayor demanda de protección; pero, recogiendo una reflexión desplegada más arriba, no se trata de una protección que ponga en peligro la forma de vida por la que se sigue apostando ya que se considera que los beneficios a obtener son siempre superiores a los riesgos que se corren.

A pesar de la disminución relativa de su peso entre febrero de 2006 y noviembre de 2007, siguen siendo más los que piensan que los beneficios del desarrollo científico y tecnológico superarán, en los próximos veinte años, sus riesgos. Por lo tanto, la demanda de protección hay que situarla con relación a esos riesgos crecientes percibidos, pero

	2006	2007
Los beneficios superarán los riesgos	53.0	49.7
Los riesgos superarán los beneficios	29.6	29.6
N.S.	16.3	19.4
N.C.	1.1	1.3
(N)	(2472)	(3468)

Tabla I.4. Comparando ahora los riesgos con los beneficios del desarrollo científico y tecnológico, ¿cree Ud. que en los próximos veinte años...? (comparación porcentajes 2006-2007)

evitando que interfiera negativamente sobre el desarrollo científico y tecnológico. En realidad, el mayor riesgo, para la sociedad y desde la sociedad, vendría de la propia falta de desarrollo científico, tecnológico y económico. Tal es el límite de la demanda de protección o, lo que podría considerarse lo mismo: el riesgo como el coste o la factura que hay que pagar por disfrutar de la riqueza material derivada del desarrollo científico y tecnológico. Pagar por el progreso, como se dice en uno de los grupos de discusión analizados:

Más que nada es el progreso. ¿Violencia de género? También, pagar el progreso.

(GD Benimodó)

Se trata de un progreso que no sólo arrastra riesgos de tipo tecnológico o directamente vinculados al uso de la ciencia y la tecnología, sino de un proceso de más amplio alcance que, como la modernidad o la civilización para el pensamiento sociológico clásico de un Durkheim o un Tocqueville, no podía desplegarse sin generar zonas de sombra y riesgos colectivos e individuales nuevos que vendrían de la mano de sus ventajas emancipatorias. En los grupos de discusión se subrayan estas servidumbres del progreso (drogas, violencia de género, inseguridad ciudadana, etc.), pero no se concluye renunciando a sus ventajas. Es más, se piensa que algunos de estos riesgos derivan directamente de la mayor riqueza material, como especialmente ponen de relieve los grupos más preocupados por los riesgos que pueden considerarse cotidianos, frente a los riesgos extraordinarios representados por las catástrofes:

Yo creo que hoy tenemos un poder económico más alto, tenemos más dinero, se accede al alcohol y a la droga con muchísima más facilidad que antes, creo. Entonces yo creo que mis hijos están más expuestos al peligro que yo estuve, creo.

(GD Jaén)

Es una sociedad que parece asumir los riesgos y, por lo tanto, un amplio espectro de preocupaciones. La realidad se vive en clave de riesgo, con preocupación y algún aspaviento, pero sin que se proponga la renuncia a la cara soleada del progreso. Todo preocupa y sobre todo los peligros y riesgos alrededor de los jóvenes:

Me preocupan mucho todas las cosas que, el valor que tiene... mucho la juventud y adolescentes... todo está a su alcance, empezando por revistas, televisión,

(GD Canarias)

Todo es social y por ello producto y responsabilidad de los seres humanos. Así, lo que antes era producto de una más o menos caprichosa naturaleza, hoy es visto con la impronta de la civilización tecnológica y desarrollada. Como aparece en un estudio de 1989 sobre las inundaciones del Levante español: estas catástrofes se ven como un fenómeno de la naturaleza que se ha visto agrandado por la incontrolada interferencia del hombre⁷. Pero, también, como aparece en el discurso de los grupos de discusión, donde los fenómenos de la naturaleza son leídos en clave ecológica, señalándose como “*catástrofes ecológicas*” lo que tendía a percibirse como simples catástrofes naturales:

R: Las ecológicas.

V: Las ecológicas, la atmósfera.

C: Las ecológicas ya hay tantas cosas que posiblemente...

Ri: Es una de las grandes que puede haber dentro de unos años.

(GD Benimodó)

Cuando la extensión de las fuentes de preocupación y de riesgos se desborda, el sistema de protección social se convierte en central y habría que decir que resulta a la vez satisfactorio e insuficiente. Especialmente insuficiente para satisfacer todas las demandas y, sin embargo, satisfactorio para generar una confianza en la que se puede vivir sin la sensación de estar continuamente amenazado. Se trata de un sistema de confianza que es resultado de la riqueza material y los recursos que proporciona el desarrollo económico, civilizatorio, científico y tecnológico, que, a su vez, tiende a percibirse como la gran matriz de todos los riesgos.

LA DEMANDA GENERAL DE PROTECCIÓN

¿Puede establecerse el nivel que alcanza esa demanda de protección? Hemos señalado que parece haber aumentado en el período que separa los dos estudios. Podría cifrarse inicialmente en ese 55% que opina que en los próximos veinte años el desarrollo de la ciencia y la tecnología traerá consigo muchos o bastantes riesgos. Para poder afinar esta propuesta, vamos a recuperar el indicador sobre el grado de preocupación de los encuestados que construimos en nuestro primer Estudio (capítulo 1º), que permitía agruparlos en cinco grupos según confesaran sentirse (muy o bastante) preocupados por ninguno, uno, dos, tres o los cuatro tipos de catástrofes abordadas (naturales, tecnológicas, de violencia socio-política o de convivencia).

Comprobamos entonces que la mitad de los encuestados se muestran muy o bastante preocupados por dos o más tipos de riesgo (**Tabla 1.5**), lo que podríamos considerar como un indicador expresivo de una situación de vulnerabilidad y una demanda implícita de protección.

⁷ Véase el estudio de DIKEIN de 1989 (2004)

	Frecuencia	Porcentaje
Despreocupados	1046	30,2
Preocupados por un único tipo de riesgos	703	20,3
Preocupados por dos tipos de riesgo	612	17,7
Preocupados por tres tipos de riesgo	557	16,0
Preocupados por todo	550	15,9
Total	3468	100,0

Fuente: CIS noviembre 2007

A partir de las dos distribuciones de respuestas anteriores, puede inferirse, siempre de una manera indirecta y con las debidas precauciones, que la demanda de protección estaría apoyada por algo más de la mitad de la población (entre el 50% y el 55%). De hecho, parece probable que coincidan quienes perciben la eventualidad de muchos o bastantes riesgos para los próximos veinte años y quienes se dicen preocupados ante la posibilidad de ser afectado por catástrofes: el que se siente en un mundo lleno de riesgos tiende a vivir en la preocupación (por esto, por aquello y por lo de más allá). No hay que olvidar, sin embargo, que se trata de preguntas con distinto ámbito: una cuestión sobre las expectativas (a veinte años vista) de riesgos ligados a una sola causa (el desarrollo tecno-científico), mientras que la otra inquiere el grado (actual) de preocupación ante una gama mayor de riesgos. No obstante, es clara su relación (**ver Tabla 1.6**), ya que el 25,5% de los que dicen percibir muchos riesgos tecno-científicos en los próximos veinte años se sitúan en el seno de la categoría de los que viven más preocupados (preocupados por todo, es decir, por las cuatro variantes de riesgo); por el contrario, entre quienes no perciben ningún riesgo o perciben pocos riesgos en el futuro, la preocupación por todo desciende respectivamente al 11% y el 10%, mientras más de un tercio de las respuestas (36% y 37%, respectivamente) apuntan a total ausencia de preocupación.

	Expectativas de riesgo para los próximos veinte años a causa del desarrollo científico y tecnológico			
	Muchos riesgos	Bastantes riesgos	Pocos riesgos	Ninguno riesgos
Despreocupados	20,2%	27,8%	35,6%	37,5%
Preocupados por un único tipo de riesgos	14,4%	20,3%	24,2%	20,1%
Preocupados por dos tipos de riesgo	21,1%	18,0%	16,3%	16,8%
Preocupados por tres tipos de riesgo	18,8%	17,0%	13,9%	14,1%
Preocupados por todo	25,5%	16,9%	9,9%	11,4%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Tabla 1.5. Tipo de preocupación según el número de aspectos sobre los que se opina que el futuro (próximos veinte años) traerá muchos o bastantes riesgos

Tabla 1.6. Preocupación por tipos de riesgos según expectativas de riesgos tecno-científicos en los próximos veinte años (% vertical)

Más allá de la fortaleza teórica del vínculo entre grado de preocupación y demanda de protección, el mayor o menor grado de preocupación parece definir a los sujetos con respecto al sistema social de pro-

tección, es decir, el conjunto institucional y de prácticas sociales relacionado con la demanda y producción social de protección. Este sistema de protección parece que puede distinguirse de manera clara de sistemas sociales que le son cercanos (sistema político, sistema de medios de comunicación, sistema de mercado, etc.) y forman su más inmediato entorno.

Una posición se identifica tanto más con ese sistema moderno de protección cuanto más muestre su confianza en la protección ofertada, o que tiene capacidad de ofertar, ese sistema, es decir, cuanto más se reconozca su capacidad para proteger efectivamente a los individuos y, consecuentemente, se le exijan responsabilidades en el caso de que no lo consiga. Podemos suponer, al hilo de este argumento, que cuanto más se responsabilice al sistema social de protección de las catástrofes que uno sufre, tanto más se estará situado en una zona central de la cultura moderna. Los modernos creen menos en el ciego azar o en los dioses y más en la responsabilidad personal de quien ha tomado una decisión pudiendo haber adoptado otra (responsabilidad política) o en la responsabilidad social o colectiva de un tipo de civilización que se desarrolla en un sentido ambivalente sin atender a los efectos perversos que acumula. Ya sean críticos con los decisores políticos, ya con las decisiones civilizatorias de orden colectivo, los modernos culpan a los humanos de lo que les ocurre.

¿Cómo se relaciona la preocupación ante las catástrofes y la imputación causal? Preocupados y despreocupados se distinguen a este respecto (**Tabla 1.7**). Entre los despreocupados, que representan el 30% de la población, la atribución de las causas de las catástrofes a poderes extraños y fuera de nuestro control asciende al máximo porcentaje, el 28,5%. Muy distinto es el caso de los que confiesen un máximo grado de preocupación, entre los que tal atribución de causas de catástrofe desciende al 19%. Es, pues, más probable que la despreocupación ante los riesgos vaya de la mano de una imputación causal que no busca responsables humanos o sociales, mientras que lo contrario ocurra en el caso de los que se muestran muy preocupados. Los despreocupados parecen abandonarse a una ciega confianza en las decisiones de los dioses, el azar o una naturaleza sobre la que nada o muy poco creen poder, mientras los preocupados parecen atender a las causas sociales de lo que les puede ocurrir, prestos siempre a pedir las correspondientes responsabilidades.

Es lógico entonces que la atribución a la superproducción industrial y el desarrollo científico (riesgos específicamente antropogénicos) de ser la causa de las catástrofes se concentre especialmente entre los preocupados por tres categorías de riesgos (24%) y los preocupados por todo (22%), descendiendo entre los despreocupados al 13%.

Una conjetura se desprende de estos datos. Si como se ha visto, el grado de preocupación ante un mundo abierto a catástrofes se relaciona directamente con las expectativas sobre los riesgos futuros, de modo que un nivel mayor de preocupación va de la mano de unas expectativas más críticas (nivel creciente de riesgos y peso creciente de los inconvenientes sobre las ventajas de los riesgos asumidos); si por otro lado, y según se acaba de destacar, también se relaciona el grado de preocupación con la imputación causal, de forma que los más preocupados suelen, en mayor medida, achacar las catástrofes a decisiones de base antropogénica, mientras los más despreocupados tienden a imputarlas a los dioses, la naturaleza o el azar; entonces podríamos sospechar que existe una relación ciertamente compleja, pero analíticamente deslindable, entre ese indicador de percepción

del riesgo que es el nivel de preocupación, por un lado, y las expectativas de riesgos, la valoración de los riesgos esperados y las imputaciones causales de las desgracias, por el otro. A un nivel mayor de preocupación y por lo tanto a una mayor percepción de la propia vulnerabilidad corresponderían expectativas sobre un futuro de riesgos crecientes, un mayor pesimismo y una más marcada tendencia a imputar los eventuales males a fuerzas antropogénicas. Más adelante se volverá sobre esta conjetura para ponerla a trabajar en el marco de hipótesis con pretensiones explicativas sobre las bases sociales de las actitudes ante el riesgo.

Tabla 1.7. Causas que se atribuyen a las catástrofes según tipo de preocupación (% vertical)

	Tipo de preocupación				
	Despreocupados	Preocupados por un único tipo de riesgo	Preocupados por dos tipos de riesgo	Preocupados por tres tipos de riesgo	Preocupados por todo
Por azar, mala suerte o voluntad divina	28,5%	24,9%	19,8%	16,7%	18,7%
Falta de planificación de la Admón del Estado	29,8%	32,3%	30,4%	31,8%	30,9%
Falta de planificación de la Admón de las CC.AA.	3,2%	3,6%	3,1%	3,6%	2,9%
Falta de planificación de la Admón del Ayuntamiento	2,1%	2,8%	2,3%	1,4%	1,5%
La superproducción industrial y el desarrollo científico	13,4%	12,8%	20,3%	23,9%	21,8%
La superpoblación mundial y el desarrollo urbano	8,5%	9,7%	11,3%	9,7%	10,7%
Otra causa	3,8%	3,8%	3,8%	4,1%	4,5%
N.S.	10,1%	8,8%	7,5%	7,5%	8,2%
N.C.	,7%	1,3%	1,5%	1,3%	,9%
Total (N)	(1046)	(703)	(612)	(557)	(550)

Fuente: CIS noviembre 2007

DE LA DEMANDA GENERAL DE PROTECCIÓN, A LAS DEMANDAS ESPECÍFICAS: PREOCUPACIÓN POR LAS CATÁSTROFES

Hasta ahora, nos hemos centrado en un determinado tipo de riesgos (los vinculados al desarrollo científico y tecnológico), asumiéndolos como expresivos del riesgo en general, en la medida que parecen ser los más característicos de las sociedades desarrolladas. Ahora nos concentraremos en una variedad de fuentes de riesgos de importancia más inmediata para las vidas de los sujetos: la exposición a catástrofes, estén o no vinculadas al desarrollo tecnológico. Con este fin, se establece un modelo muy simple que vincula directamente la preocupación por determinadas categorías de catástrofes con la demanda de protección frente a las mismas: a medida que una categoría de catástrofe preocupa más, la demanda de protección frente a la misma crece.

La mayor conciencia medioambiental propia de las sociedades desarrolladas se ha traducido en un importante incremento del grado de preocupación por verse afectado por catástrofes de tipo natural (terremoto, inundación, incendio...). Si en febrero de 2006, el porcentaje de quienes se sentían muy preocupados o bastante preocupados era del 31%, en noviembre de 2007 asciende al 39% (Tabla 1.8). Teniendo, además, en cuenta que la variación es la misma, pero en sentido contrario, entre los que se sienten poco o nada preocupados, podría decirse que la preocupación por verse afectado por una catástrofe de tipo natural ha aumentado en casi nueve puntos porcentuales en un lapso muy corto de tiempo.

Tabla 1.8. Grado de preocupación por verse afectado por una catástrofe de tipo natural (comparación porcentajes 2006-2007)

	2006	2007
Muy preocupado	6.9	10.4
Bastante preocupado	23.9	28.9
Poco preocupado	37.1	36.7
Nada preocupado	31.0	23.3
N.S.	0.7	0.5
N.C.	0.4	0.2
(N)	(2472)	(3468)

Fuente: CIS noviembre 2007

La preocupación también aumenta ante los otros tipos de riesgo, pero en menor medida. En relación con la preocupación por verse afectado por una catástrofe de tipo tecnológico (como un vertido industrial o un accidente nuclear), los muy preocupados aumentan un punto porcentual y los bastante preocupados en un 2% (Tabla 1.9). Un aumento que cabe calificar de ligero, pero que incluido en la evolución del sistema de variables abordado en la comparación parece apuntar al incremento de la sensación de riesgo en general, que no se circunscribe a un ámbito específico (natural, tecnológico o sociopolítico). Mientras el aumento en el grado de preocupación por verse afectado por una catástrofe natural puede explicarse por la intensidad que han adquirido en el debate público –y político– los problemas medioambientales, el incremento en el grado de preocupación ante la eventualidad de otro tipo de catástrofes –a falta de acontecimientos relevantes a los que pueda atribuirse los cambios de la opinión pública– tal vez quepa atribuirlo a una especie de “efecto de arrastre”: el aumento en la preocupación en un campo lleva a una mayor preocupación en el conjunto de campos sociales y, por lo tanto, a una mayor preocupación general ante la eventualidad de catástrofes, del tipo que sean. Otra explicación para tal variación general de la preocupación puede encontrarse atendiendo a los procesos sociales de creación y reproducción de la confianza. Podría imputarse inicialmente a una disminución de la confianza depositada en las instituciones destinadas a la protección de las catástrofes –tal vez efecto del alarmismo que tanto practican los medios de comunicación de masas– que conduce a una disminución de la confianza en general o a que surja cierta desconfianza y, por lo tanto, aumente la preocupación por los distintos riesgos. Se trataría entonces de una disminución de la confianza en el sistema de protección en general o una disminución de la confianza

general de los ciudadanos, que se muestra en el aumento del peso de los menos confiados. Pero antes de seguir por esta vía analítica, veamos las variaciones en el grado de preocupación con respecto al otro tipo de catástrofe abordado tanto en 2006 como en 2007.

	2006	2007
Muy preocupado	9.5	10.5
Bastante preocupado	28.8	31.0
Poco preocupado	35.4	34.8
Nada preocupado	24.9	22.6
N.S.	1.1	0.8
N.C.	0.3	0.3
(N)	(2472)	(3468)

Fuente: CIS febrero 2006 y noviembre 2007

Tanto en febrero de 2006 como en noviembre de 2007, alcanza el grado máximo de preocupación la eventualidad de verse afectado por la violencia sociopolítica (atentado terrorista, conflicto bélico, revolución). En cualquier caso, esta categoría experimenta un notable aumento en estos poco más de veinte meses (**Tabla 1.10**). Los muy preocupados pasan del 15% al 20%, y los bastante preocupados, del 34% al 39%. Podría decirse que la preocupación aumenta en nueve puntos porcentuales, de modo que en 2007 los preocupados por la eventualidad de ser víctimas de este tipo de catástrofes son más de la mitad de la población (58%) -mientras que en febrero de 2006 no llegaban a la mitad.

	2006	2007
Muy preocupado	14.8	19.7
Bastante preocupado	34.4	38.7
Poco preocupado	30.6	27.0
Nada preocupado	19.1	14.1
N.S.	0.6	0.4
N.C.	0.5	0.2
(N)	(2472)	(3468)

Fuente: CIS febrero 2006 y noviembre 2007

Los atentados terroristas de diciembre de 2006 en la T4 de Barajas pueden ser la causa principal de este cambio. De hecho, la variación de la opinión pública española con respecto al grado de relevancia del terrorismo es sustancial entre los barómetros del CIS de diciembre de 2006 y de enero de 2007, pasando el terrorismo de un porcentaje de respuestas del 13% a un 24%, cuando se pregunta por el principal problema que afecta a España, y del 2,5% al 5%, cuando se pregunta por el principal problema que afecta personalmente al encuestado.

El resultado general que alcanzamos es que la preocupación por verse afectado por cualquiera de las catástrofes consideradas ha aumentado. En consecuencia, podría decirse que ha aumentado la demanda

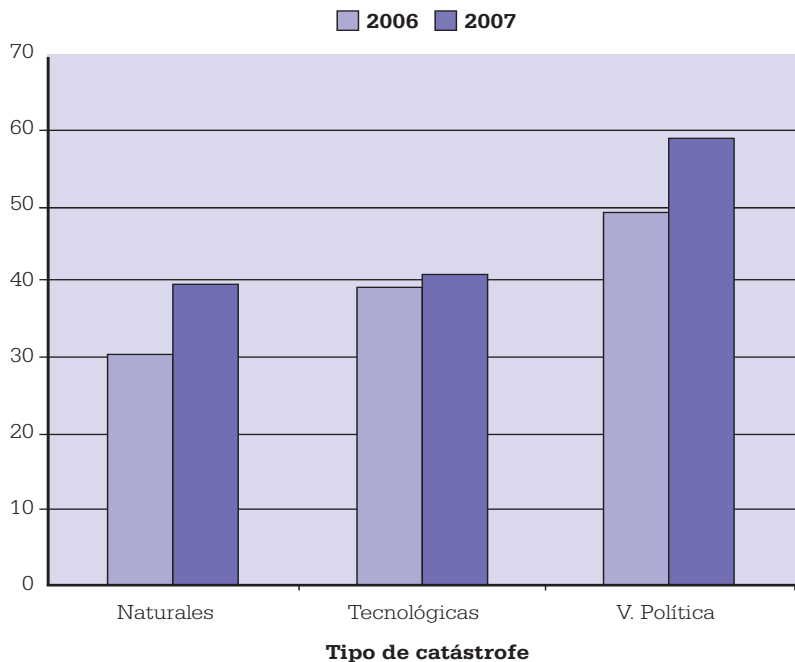
Tabla 1.9. Grado de preocupación por verse afectado por una catástrofe de tipo tecnológico (comparación porcentajes 2006-2007)

Tabla 1.10. Grado de preocupación por verse afectado por una catástrofe de violencia sociopolítica (comparación porcentajes 2006-2007)

de protección por parte de la sociedad española. Al menos, parece haberlo hecho en los últimos meses, aunque tampoco es descartable la hipótesis de que se trata de una tendencia a más largo plazo, incluso de una tendencia constante, relativamente independiente de los acontecimientos espectaculares o de catástrofes concretas.

Se trata de una evolución hacia un aumento general de la preocupación por las catástrofes (**gráfico 1.1**), que parece corresponderse con las ya destacadas mayores expectativas de riesgos a causa del desarrollo científico y tecnológico que se tienen en relación a los próximos veinte años. Una evolución que, salvo en el caso de las catástrofes de tipo tecnológico, es común al conjunto de las catástrofes. En definitiva, en los más de veinte meses de referencia, se ha dado un aumento de la sensación de la eventualidad de riesgos catastróficos, especialmente en relación con las catástrofes naturales y de origen sociopolítico, es decir, derivadas de los atentados terroristas.

Gráfico 1.1 Comparación (2006-2007) del grado de preocupación (mucho/bastante) por tipo de catástrofe



Fuente: CIS febrero 2006 y noviembre 2007

Como se decía en el Estudio anterior, la sociedad española no se caracteriza por una tranquila despreocupación. Viendo esta evolución, habría que añadir que parece estar haciendo la transición desde un decreciente fatalismo, que curiosamente se apuntalaba en una notable confianza en el futuro, hacia una mayor preocupación ante un futuro en el que se temen eventualidades catastróficas de origen antropogénico. Es cierto que mayoritariamente se sigue confiando en el futuro, pero se asume que éste entraña riesgos, lo que arrastra consigo un aumento de la preocupación. Esta transición deja en el estudio de 2007 una marca importante: uno de los campos de la experiencia, la violencia sociopolítica, pasa a preocupar mucho o bastante ya a una mayoría de ciudadanos.

Cabe entonces hablar de aumento general de la demanda de protección; pero con especial hincapié en dos de sus variantes:

a) La protección ante catástrofes naturales, como si se esperase su aumento como consecuencia de las turbulencias planetarias deriva-

das del calentamiento global –argumento que cobra un relevante protagonismo en los discursos de las dinámicas de grupo.

b) La protección frente a las catástrofes de origen terrorista, lo que evidentemente ha de interpretarse también como una demanda de protección frente al mismo terrorismo en general –no sólo las catástrofes espectaculares que genera.

EXPOSICIÓN A SITUACIONES DE RIESGO

El grado de preocupación ante las distintas catástrofes puede derivarse de la percepción que tienen los sujetos de estar expuestos a todas o algunas de ellas. Se puede conjeturar así una relación entre el grado de preocupación por las catástrofes observadas y la percepción de la exposición a las mismas. De hecho, como aparece en la siguiente **Tabla (1.11)**, los sujetos expuestos a determinado tipo de catástrofes se muestran más preocupados por ellas.

Tabla 1.11. Grado de preocupación por catástrofes según exposición a distintas catástrofes

		Exposición personal a tipo de catástrofes			
		Naturales	Tecnológicas	Violencia Política	Convivencia
Natural	Mucho/Bastante preocupado	51,3%	36,5%	46,5%	41,2%
	Poco/Nada preocupado	48,7%	63,5%	53,5%	58,8%
Tecnológico	Mucho/Bastante preocupado	47,5%	45,5%	50,2%	40,6%
	Poco/Nada preocupado	52,5%	54,5%	49,8%	59,4%
Violencia sociopolítica	Mucho/Bastante preocupado	60,9%	55,3%	86,9%	66,4%
	Poco/Nada preocupado	39,1%	44,7%	13,1%	33,6%
Convivencia	Mucho/Bastante preocupado	30,8%	23,2%	40,7%	59,6%
	Poco/Nada preocupado	69,2%	76,8%	59,3%	40,4%

Fuente: CIS noviembre 2007

Es cierto que la preocupación por la violencia política es muy alta en todos los casos, sea cual fuere la catástrofe a la que se está expuesto. Pero lo más notorio es que existe una fuerte congruencia entre exposición y preocupación, de modo que son los sujetos que se hallan expuestos a un determinado tipo de catástrofe los que más se preocupan por su eventualidad. Preocupación y experiencia parecen ir de la mano en este caso. Así, al 51% de los individuos que se perciben expuestos a catástrofes naturales les preocupa mucho o bastante este tipo de catástrofes; mientras que este mismo grado de preocupación por los otros tipos de catástrofes desciende respectivamente al 36,5% para las catástrofes de tipo tecnológico, al 46,5% para las relacionadas con la violencia política, o al 41,5% para las de convivencia. De esta manera, parece que la percepción de una mayor exposición personal a un tipo de catástrofe la hace más preocupante para quien la sufre y genera demandas más firmes de protección. Para comprobarlo, nos introducimos en los registros empíricos que recogen las variaciones individuales en la percepción de las catástrofes.

La variación sobre el grado de exposición a situaciones de riesgo parece más probable según se aleje el ámbito de referencia de los indi-

viduos o cambien sus situaciones y condiciones sociales. En cualquier caso, la pregunta es doble: ¿cómo ha variado la sensación de estar expuesto a los distintos tipos de riesgo? ¿en qué nivel geográfico se producen en mayor medida tales variaciones? ¿cabe hablar de demandas específicas de protección que se mantienen en el tiempo o de una fluctuación constante de las mismas?

En primer lugar, hay que señalar que el análisis comparado de la variación de la percepción de exposición a catástrofes se encuentra con el inconveniente técnico de la falta de correspondencia de la pregunta. El caso es claro: mientras en noviembre de 1997 y en febrero de 2006 se pregunta directamente por el deslizamiento de tierras, tal cuestión desaparece –al menos formulada directamente– del cuestionario de noviembre de 2007. Por su parte, en este último estudio, se pregunta por la exposición a catástrofes derivadas de accidentes en transporte colectivo, cosa que no ocurre ni en el cuestionario de 1997 ni en el de 2006.

Por último, hay que señalar que en el estudio de noviembre de 1997 están especialmente representadas las categorías de catástrofes naturales, en detrimento de otras, especialmente las sociopolíticas. Mayor divergencia en las cuestiones planteadas son las que presenta el estudio de junio de 2004, ya no llevado a cabo por el Centro de Investigaciones Sociológicas, sino por la empresa GIMARK. En él, ya no se pregunta por las catástrofes a las que los sujetos creen poder estar expuestos en mayor medida a lo largo de su vida, sino por los riesgos que, según su opinión, les pueden afectar. De ahí que tengan presencia categorías como los riesgos socioeconómicos, enfermedades como el cáncer o los accidentes en carretera, aun cuando sea utilizando un medio de locomoción privado.

La constatación de las divergencias apuntadas se puede realizar atendiendo a los datos de la **Tabla 1.12.**, en la que se comparan las distribuciones de la percepción de la exposición personal a distintas fuentes de catástrofe en los cuatro estudios a los que nos estamos refiriendo.

En el marco de las notables precauciones que hay que adoptar al comparar los distintos estudios, se observa la pertinencia de la inclusión de las catástrofes debidas a accidentes en transporte colectivo (estudio de noviembre de 2007), dado el porcentaje relativamente alto de respuestas recibidas. Los sujetos la consideran una importante fuente de catástrofe a la que están expuestos personalmente, que preocupa y sobre la que, por lo tanto, cabe esperar demandas de protección. Por el contrario, el escaso peso de los accidentes en carretera (4% en 2004) y las dificultades que plantea conceptuarlos como catástrofe aconsejan su exclusión. Parece que, para este tipo de fenómeno, los sujetos no demandan tanto una protección específica por parte de las autoridades, tal vez porque asumen por sí mismos su protección, ya que consideran que en este caso el riesgo está más en las conductas individuales (los conductores en primer lugar), que en los comportamientos institucionales.

En el marco de esta comparación, hay que destacar la disminución de la percepción de la exposición a inundaciones no domésticas, pasándose del 34% de las respuestas al 8% o 7%; así como, en menor grado, de los incendios (tanto forestales como urbanos), aun cuando esta categoría de catástrofe experimenta distintos vaivenes. La exposición personal a un atentado terrorista experimenta un notable descenso si se toma como punto de partida el estudio de junio de 2004, momento,

	Nov. 2007	Feb. 2006	Jun. 2004	Nov. 1997
Terremoto	5,7	6,5	22,7	8,7
Maremoto	0,8	0,8	0,6	
Inundaciones	7,7	7,0	24,6	34,1
Otros climáticos-meteorológicos			7,6	
Erupción volcánica	0,7	0,7	1,6	
Temporal marítimo	1,9	1,8	1,2	3,1
Temporal terrestre	8,0	9,9		6,7
Incendio forestal	13,0	15,4	1,7	13,0
Incendio urbano	5,6	4,1	0,1	11,6
Otros incendios			12,4	
Acc. Nuclear	0,9	1,9	0,8	1,6
Acc. Industrial	2,4	4,0		4,8
Acc. Transporte mercancías	7,9	5,1		
Atentado terrorista	8,4	15,8	21,6	
Aplastamiento aglomeración	1,7	4,5		
Revolución, guerra	1,4	1,9	7,7	
Acc. Transporte colectivo	19,3			
Accidentes en carretera			3,7	
Socioeconómicos y droga			2,1	
Enfermedades, cáncer			1,9	
Otros accidentes (hogar, etc.)			2,3	
Mediambientales			7,0	
Deslizamiento tierras		0,6	0,4	2,1
(N)	(3468)	(2472)	(1200)	(2455)

Tabla I.12. Evolución de la percepción de situaciones de riesgo que puede afectar a los sujetos a lo largo de su vida (porcentajes en vertical)

Fuente: CIS noviembre 1997 (estudio 2267), CEISE-GIMARK junio 2004, CIS febrero 2006 (estudio 2635) y CIS noviembre 2007

entre los observados, en que alcanza altas cotas (22% de las respuestas) bajo la influencia de los atentados del once de marzo de ese mismo año.

El relativamente fuerte porcentaje que alcanzan los terremotos en el estudio de 2004, llegando al 23% de las respuestas, puede tener su explicación en las repercusiones de los importantes movimientos sísmicos que se produjeron en Argelia en la primavera de 2003 y que fueron detectados en buena parte del sur y el levante español.

No está claro si estas variaciones son debidas a una variación en la sensación de exposición a estas catástrofes o, simplemente, a la dispersión de las respuestas que produce la presencia de una mayor variedad de categorías de respuesta entre las que elegir. Para intentar analizar este efecto se establece la distribución de respuestas que se alcanzaría si en los tres estudios más homogéneos –los realizados por el Centro de Investigaciones Sociológicas– se hubieran utilizado las mismas categorías, para lo que nos apoyamos en una especie de mínimo común denominador, observando exclusivamente las categorías presentes en los tres estudios.

Para realizar tal homogeneización con fines comparativos, se ha procedido como si cada muestra estuviera compuesta exclusivamente por quienes contestaban a las categorías comunes. Con tal fin, se eli-

mina de la muestra quienes hayan contestado a las otras, incluyendo, además, las de “no sabe” y “no contesta”. Se pasa después a observar el peso relativo de cada expectativa de catástrofe en cada estudio (**Tabla 1.13. y gráfico 1.2**).

Hecha la conversión, los datos muestran las siguientes pautas:

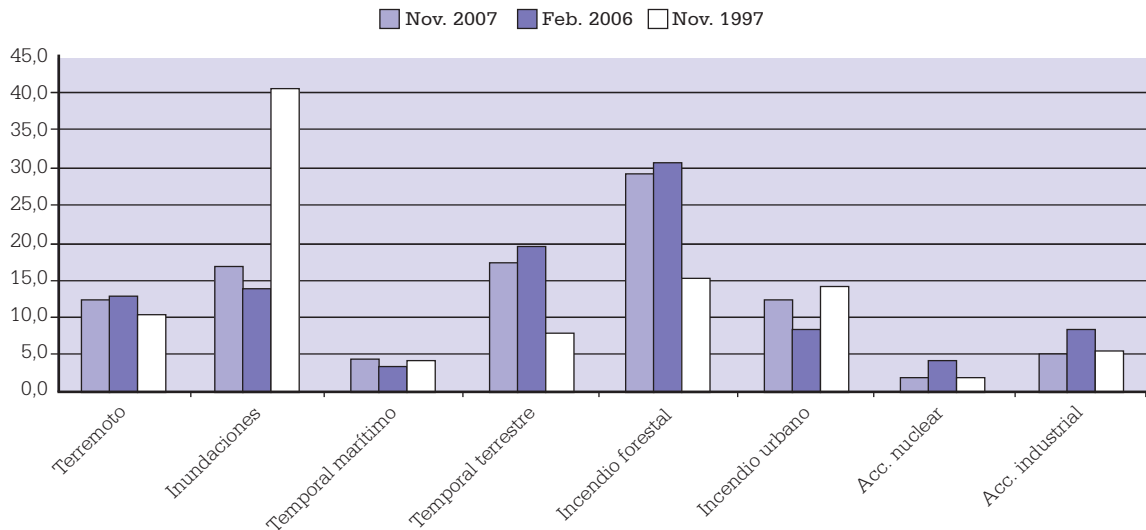
- La exposición a temporales marítimos, accidentes nucleares y accidentes industriales experimenta poca variación, siendo relativamente baja su percepción en los tres años. Puede decirse que, desde el punto de vista de la exposición personal, la demanda específica de protección en estos casos es relativamente baja. Parece que se trata de ries-

Tabla 1.13. Evolución de la exposición personal a catástrofes comunes a distintos estudios

	Nov. 2007	Feb. 2006	Nov. 1997
Terremoto	12,6	12,9	10,4
Inundaciones	17,0	13,8	40,8
Temporal marítimo	4,2	3,5	3,7
Temporal terrestre	17,7	19,6	8,0
Incendio forestal	28,8	30,5	15,5
Incendio urbano	12,4	8,1	13,9
Acc. Nuclear	2,0	3,8	1,9
Acc. Industrial	5,3	7,9	5,8

Fuente: CIS noviembre 1997, febrero 2006 y noviembre 2007

Gráfico 1.2. Exposición personal a catástrofe (comparación por años)



gos concentrados: en territorios (los próximos a centrales nucleares o de importante presencia industrial) y profesiones (vinculadas con la mar o ciertas industrias).

- Es bastante similar la exposición personal a un terremoto, con sólo un ligero aumento en los últimos años. Afecta a una población que se sitúa entre el 10% y el 13%, aun cuando con importantes diferencias en función del territorio, cobrando especial relevancia en la costa del Levante-Sur (véase en este sentido el Estudio anterior)
- La percepción de la exposición personal a las inundaciones era muy

superior en 1997, mientras que es muy inferior la relativa a temporales terrestres e incendios forestales, que constituyen el tipo de catástrofe en el que se perciben más expuestos los encuestados en 2006 y 2007. Podría hablarse así de un cambio importante, a lo largo del tiempo, en la demanda específica de protección. Con todo, la percepción de exposición personal a las inundaciones sigue teniendo un peso importante, pues el 17% de los consultados la confiesa.

- La percepción de la exposición personal a los incendios urbanos experimenta una disminución en 2006, para recuperar un porcentaje similar al de noviembre de 1997 diez años después. Esta variación nos invita a pensar en la necesidad de articular las demandas de protección establecidas sobre el corto plazo, casi siempre derivadas de algún fenómeno con importante repercusión en el espacio público, con las demandas de protección que aparecen sostenidas en el largo plazo, en la mayor parte (terremotos, inundaciones, temporales) derivadas de las características geográficas sobre las que se asienta la población española. De hecho, las más estables son las incluidas en la categoría de catástrofes naturales.

Hay que resaltar que cuando la pregunta se hace de otra manera, más allá de la diversidad de categorías cuestionadas, surgen algunas diferencias en los resultados. Es el caso del estudio sobre: "Análisis de la demanda y receptividad real de la población Española sobre información preventiva de diversos riesgos catastróficos", llevado a cabo por el CEISE-GIMARK en 2004 (**Tabla 1.14**). Al preguntar en cada caso sobre la dificultad o facilidad de que llegue a ocurrir, se permite distinguir riesgos más probables (transporte de carreteras, rayos, incendios forestales, terrorismo colectivo, inundaciones) de otros percibidos como menos probables (erupción volcánica, accidente nuclear, etc.).

	Fácil / Alguna vez	Diffcil llegue a ocurrir
Base: Total	(1200)	(1200)
	%	%
FUENTES DE RIESGO / CATÁSTROFES		
Terremoto	34,5	52,7
Maremoto	10,4	78,6
Erupción Volcánica	7,3	80,1
Deslizamiento de tierras - Desprendimiento de laderas	30,4	44,7
Inundaciones	49,4	30,9
Temporal Marítimo	21,3	59,8
Vendavales - Huracanes - Tornados	37,7	42,9
Rayos	59,1	19,2
Incendios Forestales	52,3	29,7
Incendios Urbanos	47,5	21,0
Accidente Nuclear	16,8	65,7
Accidente Industrial o Químico	25,5	51,9
Transporte de Carreteras	67,9	11,7
Transporte de Ferrocarril	36,4	32,0
Transporte Vía Marítima	17,0	53,4
Terrorismo Colectivo	51,7	20,9

Tabla 1.14. Percepción de riesgo de situaciones de emergencia

Fuente: CEISE-GIMARK, 2004. Estudio sobre: "Análisis de la demanda y receptividad real de la Población Española sobre información preventiva de diversos riesgos catastróficos"

Si se pregunta por la probabilidad de una fuente de riesgo, con independencia de que el sujeto encuestado sea uno de los afectados, las referencias al transporte de carretera, a los rayos o a los incendios aumentan considerablemente. Son cosas que, desde la perspectiva de los encuestados, pueden ocurrir, aunque los sujetos no se sientan concernidos directamente, ni como víctimas, ni seguramente como responsables.

Por otro lado, en esta **Tabla 1.14** se observa el desglose de los accidentes por transporte de personas, ya no según la distinción transporte colectivo versus transporte individual, sino atendiendo a las diferencias de los tipos de vías utilizadas (carretera, ferrocarril y marítimo, dejándose a un lado la vía aérea). Mientras en las anteriores formulaciones de las preguntas se solicitaba al individuo que seleccionara de entre los distintos tipos de catástrofe aquella a la que se percibe más expuesto, en el cuestionario de GIMARK-CEISE se solicita, para cada uno de los acontecimientos (previamente definidos como riesgos o catástrofe), que señale su grado de probabilidad. Creemos que la primera formulación es un mejor indicador de la demanda social de protección específica, puesto que establece un retrato de la propia vulnerabilidad ante las catástrofes, mientras que la segunda formulación sólo señala su probabilidad genérica como acontecimiento, siendo más difícil vincular las respuestas con demandas implícitas de protección, con la consiguiente exigencia de responsabilidad a las agencias demandadas.

Siguiendo con la exploración de las demandas específicas de protección en otros estudios anteriores al de 2007, encontramos una relativa estabilidad de algunas de las demandas de protección que derivan directamente de las percepciones del riesgo. Así, en las conclusiones del estudio desarrollado en 2004 por CEISE-GIMARK (Informe: "Análisis de la demanda y receptividad real de la población española sobre información preventiva de diversos riesgos catastróficos"), se observa que las inundaciones, las lluvias, las riadas (con un 25% de las respuestas), los terremotos (23%) y los atentados terroristas (22%), seguidos a distancia por los incendios (14%, todo tipo de incendios), son las potenciales catástrofes o fuentes de riesgo que preocupan a la población. Más allá de su ordenación jerárquica, muy dependiente del territorio y del momento histórico y del año en que se realizó el trabajo de campo de la encuesta, estas cuatro fuentes de riesgo, junto al transporte (privado y colectivo) pueden calificarse como las grandes fuentes de riesgo percibidas por el conjunto de la población española. Que en el estudio de CEISE-GIMARK el atentado terrorista ascienda al primer lugar entre los riesgos individuales de catástrofes es debido sin duda a que el estudio empírico se hace poco después de los atentados de marzo de 2004.

Dada la relevancia del territorio en la percepción de la exposición personal a los desastres naturales, cabe leer en clave de demanda de protección local o regional su distribución. Para ello, partimos de sus porcentajes en las cuatro comunidades autónomas que, gracias a su tamaño muestral mayor del que les correspondería proporcionalmente a su peso dentro del conjunto nacional, se han destacado como hipotéticos modelos de distintas exposiciones a las catástrofes (**Tabla 1.15**).

Tabla 1.15. Percepción de catástrofes que pueden afectar personalmente a los individuos a lo largo de su vida, según modelos territoriales

	Territorios				
	Andalucía (688)	Asturias (678)	Cataluña (688)	Madrid (667)	Otras (747)
Terremoto	13,7%	1,6%	2,9%	2,4%	5,0%
Maremoto, tsunami (ola gigante)	1,3%	,4%	1,0%	,1%	,7%
Inundaciones (no domésticas)	12,9%	20,9%	7,3%	1,9%	7,0%
Erupción volcánica	,1%	,0%	,1%	,0%	1,3%
Temporal marítimo	2,9%	3,7%	1,2%	,6%	2,0%
Temporal terrestre: vendavales, huracanes, etc.	5,1%	7,5%	4,9%	5,5%	10,7%
Incendios forestales	10,6%	20,4%	20,8%	5,5%	13,0%
Incendios urbanos (no del hogar)	5,2%	5,5%	6,4%	7,3%	5,0%
Accidente nuclear	,4%	,3%	1,7%	,7%	,9%
Accidente industrial o químico	,7%	,9%	6,3%	2,1%	1,9%
Accidente de transporte de mercancías peligrosas	12,5%	2,5%	2,8%	3,1%	9,5%
Atentado terrorista	3,8%	2,7%	6,0%	30,3%	5,2%
Accidente o aplastamiento por pánico colectivo	1,7%	,0%	1,5%	1,5%	1,9%
Revolución, conflicto bélico o guerra	1,2%	,1%	,9%	1,6%	1,6%
Accidente por desplazamiento en transportes colectivos	15,0%	17,8%	27,8%	22,8%	17,3%
Otras respuestas	2,9%	1,8%	2,0%	6,0%	5,9%
Ninguna	4,1%	6,8%	3,3%	3,7%	4,7%
N.S.	5,7%	7,1%	2,9%	3,7%	6,4%
N.C.	,1%	,0%	,3%	,7%	,1%

Fuente: CIS noviembre 2007

Como modelo de las regiones del sur y del levante, nos encontramos con Andalucía, donde la demanda de protección se concentra especialmente en accidentes por desplazamiento en transportes públicos (15%), terremotos (14%), accidente por transporte de mercancías peligrosas (12,5%) e incendios forestales (11%). Evidentemente es la alta percepción de exposición a los terremotos la que marca su diferencia con otras regiones.

En las regiones cántabro-pirenaicas, representadas por Asturias, la demanda específica de protección parece dirigida principalmente a las inundaciones (21%), los incendios forestales (20%) y en tercer lugar, una demanda de protección presente de manera relevante en el conjunto del país, la relativa a los accidentes por desplazamiento en transportes colectivos, siendo la catástrofe menos localizable y más vinculada con el estilo de vida de los sujetos. Cobran relativa importancia en esta zona, al alcanzar un 4% de sujetos que lo señalan como un riesgo a lo largo de su vida, los temporales marítimos.

En Cataluña, como modelo de región a la vez pirenaica y levantina, domina la relevancia que se da a los incendios forestales como principal catástrofe que puede afectar a los sujetos a lo largo de su vida: el 21% de los consultados así lo opinan. Pero también hay que resaltar, en comparación con el resto del país, la demanda de protección de accidentes industriales o químicos, que el 6% señala como riesgo probable a lo largo de su vida. Por otro lado, la exposición a un accidente

en un transporte colectivo llega al 28% de las respuestas.

En la Comunidad Autónoma de Madrid, la percepción del riesgo de incendio forestal desciende considerablemente. Por su parte, el riesgo de que un atentado terrorista afecte a sus ciudadanos a lo largo de su vida es señalado por un 30%, siendo también importante el peso relativo de los que señalan el accidente por transporte colectivo: 23%.

La relativamente elevada proporción de residentes en la Comunidad de Madrid que señalan el atentado terrorista como principal fuente de riesgo tiene, como en el caso de todas las catástrofes, su base en la experiencia, habiendo sido afectada repetidamente esta región por los ataques terroristas. Y ello, más allá del atentado de marzo de 2004. Hay que tener en cuenta que de los 44 casos recogidos en el estudio de noviembre de 2007 de personas que se autodefinen como víctimas directas de atentado terrorista, 21 residen en Madrid. La sensación de proximidad y la proximidad real al riesgo de atentado terrorista parecen alimentarse mutuamente, lo que hace que este tipo de catástrofe esté muy presente tanto en la conciencia de riesgo de su población, como en sus discursos sobre riesgos y catástrofes, como se ha podido constatar en la producción discursiva de los grupos realizados en Madrid durante los primeros meses de 2008, que transcribimos a continuación:

L: Mi pareja vivía en Pacífico durante el atentado y cuando se escuchó uno de los bombazos, porque fue un poco más arriba de su casa... y escuchó el trasiego de ambulancias y coches de policías y efectivamente sintió la psicosis con todo el barrio.

P: Sí. Si... pero todo... ibas a comprar y esa sensación extraña como si se hubiese parado así un poco, pero además no fue un mes sino dos y... luego poco a poco, empezó... empezó a seguir el ritmo pero todavía era...

JD: Además lo medios de comunicación estaban sacando temas relacionados con el 11-M y yo creo que también contribuyeron a... era todo. Yo creo que la ciudad, porque yo, llevaba un par de años en Madrid o sea que lo viví muy de cerca... y sí que noté, incluso yo, que estaba muy lejos del lugar dentro de Madrid donde sucedieron los atentados, yo me encontré durante unos días apagado. Durante diez días, once días, apagado, o sea, quizás era como una reacción a la pregunta ¿y si yo hubiera estado... porque lo mismo que pusieron la bomba en Atocha, la podían haber puesto en Moncloa, y si la hubieran puesto en Moncloa me hubiera afectado a mí, entonces yo creo que en conjunto la gente de Madrid pensaba un poco eso.

(GD Madrid 1)

A la vista de esta distribución territorial, podría concluirse que el área geográfica que representa Andalucía demanda una especial protección contra los terremotos; la que representa Asturias, contra las inundaciones y los incendios forestales; la que representa Cataluña, contra los accidentes en transporte colectivo y los incendios forestales; y la que representa Madrid, contra los atentados terroristas. Se trata de una especificación de las demandas de protección según territorio o modelo regional.

También hay otra determinación territorial que tiene que ver con el hábitat y, por lo tanto, con la ubicación de la localidad en el continuo rural-urbano y, por supuesto, el tamaño de la misma. Podemos ver en

la **Tabla** siguiente (**1.16**) cómo hay exposiciones o riesgos personales a catástrofes vinculados con las pequeñas localidades ubicadas en hábitat rural, de menos de 2.000 habitantes, como es el caso de los incendios forestales: el 35% de los que residen en este tipo de localidad lo señalan como preferente riesgo personal de catástrofe. En el otro polo, se encuentra el riesgo de accidente por desplazamiento en transportes colectivos, pues mientras queda reducido al 12% de las elecciones de quienes residen en localidades de menos de 2.000 habitantes, supera el 28% de las respuestas de quienes residen en localidades que tienen más de 400.000 habitantes.

Tabla 1.16. Exposición personal a catástrofes según Tamaño de hábitat

	Tamaño de hábitat						
	Menos o igual a 2.000 hab.	2.001 a 10.000 hab.	10.001 a 50.000 hab.	50.001 a 100.000 hab.	100.001 a 400.000 hab.	400.001 a 1.000.000 hab.	Más de 1.000.000 hab.
Terremoto	6,8%	5,8%	6,5%	4,3%	5,3%	10,3%	2,6%
Maremoto, tsunami (ola gigante)	,9%	,8%	,9%	1,5%	,7%		
Inundaciones (no domésticas)	1,8%	9,7%	8,9%	12,0%	6,3%	10,3%	3,2%
Erupción volcánica			1,6%		1,1%	,4%	,3%
Temporal marítimo		,6%	1,3%	1,8%	3,4%	4,1%	1,3%
Temporal terrestre: vendavales, huracanes, etc.	10,0%	10,3%	10,3%	4,5%	9,0%	2,5%	3,4%
Incendios forestales	35,0%	18,1%	15,1%	11,8%	8,2%	5,4%	5,3%
Incendios urbanos (no del hogar)	1,8%	4,4%	4,6%	5,0%	6,0%	9,1%	9,0%
Accidente nuclear	2,7%	,8%	,7%	1,3%	,7%	1,2%	,5%
Accidente industrial o químico	,9%	1,2%	3,0%	3,0%	2,7%	,8%	3,2%
Accidente de transporte de mercancías peligrosas	13,2%	8,9%	6,9%	10,3%	7,2%	12,4%	2,4%
Atentado terrorista	1,8%	4,0%	5,7%	8,5%	9,6%	5,0%	24,1%
Accidente o aplastamiento por pánico colectivo	,9%	1,6%	,9%	1,3%	3,0%	2,1%	1,1%
Revolución, conflicto bélico o guerra		,8%	1,4%	2,0%	2,3%	,4%	,5%
Accidente por desplazamiento en transportes colectivos	11,8%	10,7%	18,2%	21,5%	20,1%	28,1%	28,6%
Otras respuestas	5,0%	2,8%	4,4%	2,3%	5,7%	6,6%	6,3%
Ninguna	1,8%	11,3%	4,3%	4,3%	2,0%	,8%	3,2%
N.S.	5,5%	8,1%	4,9%	4,5%	6,6%	,4%	4,0%
N.C.			,3%	,5%			1,1%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

La preocupación por los accidentes al desplazarse en transporte colectivo está muy presente entre los residentes en ciudades grandes y capitales, como se pone de manifiesto en los grupos de discusión; incluso cuando se realizan en localidades adyacentes a la gran ciudad, como es el caso del grupo de Benimodó. El siguiente fragmento discursivo permite reconocerlo:

Más seguridad en el transporte público porque es una cosa primordial. Creo que es una cosa que tendría que estar más ade-

cuada a las nuevas tecnologías porque aquí mismo me dirás el metro este no está en condiciones. Pero es que coges un autobús en Valencia y los conductores van desenfrenados. Yo un día me caí sin... y fue culpa de él, porque dan unos giros que no sé que creen que llevan, y llevan personas a su cargo y falla mucho eso. Y se dice que lo utilicemos, pero la verdad es que no hacen para que podamos estar seguros en ese medio de transporte, que podría evitar muchas de las cosas que traen consecuencia.

(GD Benimodó)

LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA EN EL SISTEMA DE PROTECCIÓN

Para satisfacer la demanda de protección de los sujetos no basta con la existencia de instituciones, organizaciones o agencias que la ofrezcan, sino que se precisa además que los individuos se sientan efectivamente protegidos. Buena parte del valor de las instituciones de protección está en su capacidad de generar tal sentimiento de protección, incluso más allá de la eficiencia en la intervención y la gestión en los momentos de catástrofes. De hecho, podría interpretarse que ambas dimensiones pueden alimentarse: los sujetos se sentirán más protegidos en la medida que califican de buena la actuación de las instituciones en caso de catástrofe; y, al contrario, la actuación de estas instituciones en caso de catástrofe se verá facilitada por la confianza de los sujetos en la protección que brindan. La confianza en el sistema de protección forma parte sobresaliente del mismo sistema.

Por otro lado, los sujetos pueden tener una mayor o menor disponibilidad para coadyuvar en la protección. Será alta si son duchos en auto-protección que hay que concebir como una especie de preparación para ser protegido y, en su caso, ayudar a proteger a los demás.

Son, pues, los propios ciudadanos los que forman parte del sistema de protección de una sociedad: en unos casos, otorgando su confianza; en otros, auto-protegiéndose; en otros ayudando en labores de protección. La conclusión es obvia: la producción socio-institucional de protección será consistente en la medida en que incluya a los ciudadanos.

Son varios los indicadores que nos hablan, de una manera más o menos directa, de la participación de los ciudadanos en el sistema de protección. Tiene un amplio espectro: va desde la vía fiscal a la preparación para actuar en caso de emergencia, pasando por la búsqueda y recepción de información.

El primero de los indicadores de la participación de los ciudadanos en el sistema de protección es seguramente el grado de conocimiento que se tiene de cómo protegerse y proteger a los demás en caso de catástrofe o emergencia. En la siguiente **Tabla (1.17)**, se constata un ligero descenso general del grado de conocimiento acerca de cómo deben comportarse los sujetos en una situación de emergencia, entre 1997 y 2007, siendo más moderado entre 2006 y 2007; pero, sobre todo, se observa una polarización de este tipo de participación en el sistema de protección. Por un lado, aumenta muy ligeramente, con respecto a 2006, el porcentaje de los que en 2007 dicen tener un cono-

cimiento muy alto; pero, sobre todo, aumenta seriamente en 2007, si se compara con 2006 y 1997, el porcentaje de quienes señalan un conocimiento nulo, es decir, de quienes, desde este punto de vista, no participan activamente en el sistema de protección. Se trata de un notable aumento de la respuesta de conocimiento nulo que podría interpretarse, dada la densidad social de la categoría de respuesta, como cierta queja por estar fuera del sistema social de protección.

	1997	2006	2007
Muy alto	3.1	2.1	2.6
Alto	27.9	26.4	25.1
Bajo	49.9	46.6	42.3
Muy bajo	10.1	14.0	8.9
Nulo	7.0	8.1	20.3
N.C.	2.1	3.0	0.8
TOTAL	(2456)	(2472)	(3468)

Tabla 1.17. Grado de conocimiento acerca de cómo debe comportarse en una situación de emergencia (comparación porcentajes 2006-2007)

Fuente: CIS noviembre 1997, febrero 2007 y noviembre 2007

Parecería de esta manera que el sistema de protección estuviera en una evolución hacia la exclusión o, al menos, la no inclusión de los ciudadanos, en lo que respecta a la difusión y cumplimiento conocimiento de las formas de actuar.

Pero analicemos otras formas de participación de la ciudadanía en el estudio de noviembre de 2007 (**Tabla 1.18**). La mayor participación se da en simulacros de emergencia, que puede considerarse una manera muy directa de participación en el sistema de protección: un 4% de la población ha participado muchas veces en los mismos; el 19% lo ha hecho alguna vez. Sigue la búsqueda de información sobre prevención o preparación en caso de catástrofe: un 2% de la población lo ha hecho muchas veces y el 13% alguna vez. Las otras acciones alcanzan grados de participación bastante menores y plantean, más que la preparación para la catástrofe, la acción durante una situación de emergencia (prestar primeros auxilios e intervenir en la extinción de un incendio).

Tabla 1.18. Realización de distintas acciones de colaboración en catástrofes en los últimos cinco años (porcentajes en horizontal)

	Muchas veces	Alguna vez	Nunca	N.C.
Ha participado como voluntario en labores de ayuda, salvamento, etc.	2.2	8.6	88.6	.7
Ha intervenido en la extinción de un incendio	1.8	9.7	88.1	.5
Ha buscado información sobre prevención o preparación en caso de catástrofe	2.4	13.0	84.1	.5
Ha prestado "primeros auxilios" para ayudar a alguien que estaba inconsciente en la calle	2.0	15.5	82.1	.4
Ha participado en algún simulacro de emergencia	3.6	18.7	77.3	.4

Fuente: CIS noviembre 2007

¿Qué proporción de adultos han participado, al menos alguna vez, en cualquiera de estas actividades? Ello nos indicaría la participación más directa de la ciudadanía en el sistema de protección. Pues bien,

el 43% de la población ha participado en alguna de las actividades de la tabla anterior al menos alguna vez. El 23% del total de la población sólo ha participado en una de estas actividades, lo que supone el 53% de los que han participado en alguna actividad. Sólo el 1% del total de la población ha realizado las cinco actividades referidas.

Casi la mitad de la población ha participado en el sistema de protección durante los cinco años anteriores, si tomamos como indicador la realización de algunas de las actividades referidas. Como la misma pregunta se realizó también en febrero de 2006, puede observarse la evolución, aun cuando sea en este corto plazo, de las formas de participación más directa de la ciudadanía en el sistema de protección. Para ello, nos centramos en los porcentajes de quienes han participado, al menos alguna vez, en cada una de las acciones referidas. Hay un aumento de la participación en algún simulacro de emergencia, que pasa de haber sido realizada al menos alguna vez por el 20% a haberlo sido por el 22%. Sin embargo, en las otros tipos de acción –búsqueda de información sobre prevención o preparación en caso de catástrofe o prestación de primeros auxilios para ayudar a alguien que estaba inconsciente en la calle- la evolución ha sido escasa o incluso negativa, llegándose a reducir el porcentaje de quienes dicen haber realizado tales acciones, como ocurre en los casos de la participación en tareas de ayuda, salvamento, etc., o en la extinción de un incendio, que descienden respectivamente en 1,5 y 2,4 puntos porcentuales.

Tabla I.19. Realización de distintas acciones de colaboración en catástrofes en los últimos cinco años, según momento del estudio (comparación porcentajes 2006-2007)

	Feb. 2006 (2472)	Nov. 2007 (3468)
Ha participado como voluntario en tareas de ayuda, salvamento, etc.	12.3	10.8
Ha intervenido en la extinción de un incendio	13.9	11.5
Ha buscado información sobre prevención o preparación en caso de catástrofe	15.0	15.4
Ha prestado unos primeros auxilios para ayudar a alguien que estaba inconsciente en la calle	17.8	17.5
Ha participado en algún simulacro de emergencia	20.1	22.3

Fuente: CIS febrero 2006 y noviembre 2007

Teniendo en cuenta el conjunto de acciones que hemos considerado de directa participación en el sistema de protección, parece que la evolución camina en el mismo sentido que el grado de conocimiento de la gente sobre cómo comportarse en caso de emergencia. Es decir, hay un ligero descenso, que casi puede considerarse un mantenimiento, de esta participación directa, pues el balance nos daría una diferencia de 1,6 puntos porcentuales entre la participación en el total de las actividades en 2006 y el mismo total en 2007. Tal descenso afecta a las actividades que cabe considerar de participación más directa, como son la intervención como voluntario en tareas de ayuda y la intervención directa en la extinción de un incendio.

Junto a estas participaciones directas en el sistema de protección, cuya función básica es la preparación de los sujetos para el caso de emergencia o su intervención efectiva, hay que considerar los casos

en los que la participación es menos directa y acontece claramente tras el suceso. Son acciones que, en principio, pueden ser consideradas más vinculadas a la solidaridad que a la protección. Nos referimos a la donación de dinero, bienes o incluso sangre. Sin embargo, en la medida que se conciba la solidaridad como una respuesta dependiente del vigor de los lazos sociales o, tal vez dicho con mayor precisión, societarios, se puede convertir en una fuente de protección a medio o largo plazo, cuando ocurra (si es que ocurre) que los donantes de hoy se conviertan en víctimas. No se trata de un cálculo egoísta de utilidades, sino de la lógica de la reciprocidad que informa la dinámica del don. Como puso de manifiesto Marcel Mauss, todo don queda integrado en un círculo social de obligaciones, presidido por el *do ut des*, que hace que el donante de hoy sea el receptor de mañana. Pues bien, desde tal punto de vista, el grado en que los sujetos participan en tales donaciones puede entenderse también como una participación, ahora indirecta, en el sistema de protección, para el que ayudar hoy a los demás, aun cuando sea a través de bienes o de la donación de sangre, señala a un mañana en el que se puede necesitar ayuda.

Se observa que desde el punto de vista de esta participación indirecta, la sociedad española presenta una participación en el sistema de protección que puede considerarse bastante alta. Ahora bien, la comparación de los datos de las encuestas de febrero de 2006 y noviembre de 2007 (**Tabla 1.20**) invita a una reflexión más matizada.

Tabla 1.20. Realización de distintas acciones de donación tras catástrofes en los últimos cinco años, según momento del estudio (comparación porcentajes 2006-2007)

	Febrero 2006 (2472)		Noviembre 2007 (3468)	
	Muchas veces	Alguna vez	Muchas veces	Alguna vez
Ha donado alguna cantidad de dinero	5.4	41.5	5.2	33.7
Ha donado ropa, alimentos, etc.	12.9	55.1	11.3	52.3
Ha donado sangre	5.3	19.6	4.3	17.6

Fuente: CIS febrero 2006 y noviembre 2007

Volvemos a encontrar una evolución de la participación ciudadana en el sistema de protección que va en el mismo sentido de las anteriores, marcándose un descenso en la misma. En esta ocasión, los tres tipos de acción experimentan un descenso en los porcentajes, tanto en las participaciones de mayor intensidad o frecuencia (las establecidas bajo la categoría de respuesta “muchas veces”), como las de menor intensidad o frecuencia (“alguna vez”). Así, la donación de sangre, que puede considerarse la participación más directa entre las tres establecidas -más si se tienen en cuenta las connotaciones que sigue arrastrando la sangre en nuestras sociedades- pasa de haber sido realizada, al menos alguna vez, por el 25% de los ciudadanos adultos a serlo por el 22%.

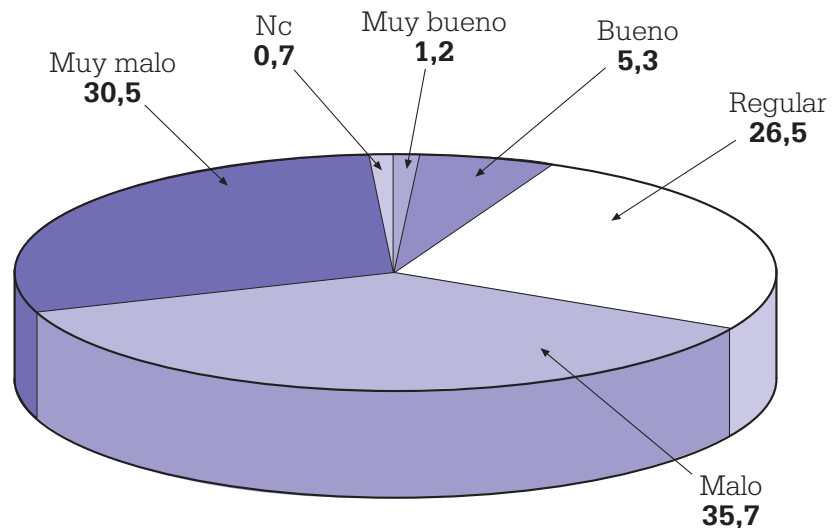
El descenso es aún de mayor calado en la acción que, a su vez, puede considerarse de menor implicación personal entre las consideradas, como es la donación de alguna cantidad de dinero. Se pasa de un 46% que la ha realizado al menos alguna vez en los últimos cinco años, a un 39%. En poco más de veinte meses, se ha descendido en siete puntos porcentuales. Si, como se veía en el Estudio anterior, los jóvenes eran los menos comprometidos con este tipo de acciones, podría avanzarse

la sospecha de que no se trataba de un dato coyuntural sino que la juventud parece resistirse a este tipo de participación. No está clara la razón: parece más probable que porque no pueden (o pueden menos que sus mayores); pero no es descartable que sea simplemente porque no quieren.

En cuanto a la donación de ropa, alimentos, etc., el descenso se sitúa en el paso de un 68% que lo habría realizado al menos alguna vez en los últimos cinco años, a un 64%. Aún sigue siendo la actividad mayormente realizada por la población, pero también experimenta un notable descenso.

¿Los sujetos que viven en zonas claramente de riesgo, como las nucleares, tienen una mayor implicación en el sistema de protección? No parece ser así a la luz de los resultados de un estudio que se hizo en estas zonas en 2004 (**gráfico 1.3**): sólo el 6,5% considera que tiene un nivel de preparación bueno o muy bueno frente a una catástrofe, mientras que la gran mayoría, que representa el 66%, manifiesta tener un nivel de preparación malo o muy malo.

Gráfico 1.3. Nivel de preparación ante una catástrofe en zonas cercanas a centrales nucleares



Fuente: Investigación sociológica entre la población establecida en los municipios comprendidos en las zonas I y II de los distintos planes específicos del Plan Básico de Energía Nuclear (2004)

Por último, en este apartado, vamos a ver cómo imaginan los sujetos su participación en el proceso de protección en una hipotética situación de emergencia.

Ahora bien, antes hay que hacer algunas precisiones sobre la semántica de la catástrofe tal como se acota en los discursos que se hacen a la luz en los grupos de discusión: ¿cuál es el significado que dan al significativo catástrofe? Casi todos los indicios parecen apuntar una tendencia a situarse “en lo peor”, en la peor de las catástrofes posibles. Se puede hablar de un movimiento de la imaginación que, yendo más allá de la experiencia, se convierte en fuente de pánico. Desde este punto de vista, la carga connotativa del término catástrofe arrastra hacia la peor de las situaciones y la pérdida de control, como se refleja en el siguiente fragmento discursivo de uno de los grupos de discusión realizado en Madrid:

... todo ese tipo de consecuencias nunca las he vivido, pues, pues realmente sí que me da miedo que llegue a tener que enfrentarme a ella.

(GD Madrid 1)

Dado el tipo de catástrofe imaginada, el margen para la participación de los sujetos en el sistema de protección parece escaso. Así quedan legitimadas respuestas en clave de pánico o miedo irrefrenable, en las que ni se piensa en la propia protección (parálisis, incapacidad de reaccionar). Una respuesta que, además, va en aumento (**Tabla 1.21**): desde el 20% de las respuestas en febrero de 2006 al 23,5% en noviembre de 2007; se ha pasado de un quinto de población adulta que se excluye de la participación del sistema de protección, dificultando, además, la propia recepción de protección, a casi un cuarto. Los otros tipos de respuesta apenas experimentan importantes cambios. Cabe señalar el ligero aumento de la proporción de quienes dicen que reaccionarían de manera valerosa, sin medir el riesgo (respuesta minoritaria), que pasa del 3% al 4%, y de quienes dicen que reaccionarían con una conducta razonable (respuesta mayoritaria), que pasan del 33% al 34%.

Tabla 1.21. Reacción ante una hipotética situación de catástrofe (comparación porcentajes 1997-2006-2007)

	1991	2006	2007
De pánico o miedo irrefrenable, con reacciones que pueden ser peligrosas, con reacciones histéricas y descontroladas, de parálisis, incapaz de reaccionar	36.8	20.3	23.5
De miedo o temor más moderadas, con conducta razonable	27.9	33.3	34.3
De desconcierto, intranquilidad, cierta sensación de miedo	13.9	22.0	21.6
De tranquilidad	7.2	6.9	6.8
De indiferencia	0.8	0.5	0.9
Reacción intrépida/ valerosa, sin medir el riesgo	3.9	2.9	3.6
N.S.	9.4	12.8	9.0
N.C.	-	0.6	0.3
TOTAL	(1262)	(2472)	(3468)

Nota: en el estudio de 1991, hecho público en 2004, no se incluyen los afectados por alguna catástrofe en los cuatro años anteriores

Los estudios anteriores al de 2006 señalan ya la legitimación que tiene la reacción de pánico cuando se está en una situación de catástrofe. En el estudio de 1989 sobre el embarrancamiento del buque Casón⁸ se pone de manifiesto que el 88% está de acuerdo con que: “es fácil de perder la calma cuando pasa algo importante que nos afecta a todos”, y el 76% con que, en tales situaciones se suele practicar el “sálvese quien pueda”, lo que implica que el vínculo social queda a un lado⁹ a favor de la propia supervivencia y se anula la relación con el sistema colectivo de protección.

⁸ Estudio de Ángel López, “Investigación distributiva sobre las conductas de la población en el caso del embarrancamiento del buque Casón”, DATA Información, en Estudios y conferencias sobre gestión social y política de situaciones de emergencia, crisis y catástrofes mayores en España, 1987-2003, Centro Europeo de Investigación Social en Situaciones de Emergencia (CEISE), 2004, p.33.

⁹ Algún estudio parece incluso apuntar que una proporción importante de la población (31%), en el caso de una catástrofe como un terremoto en 1989 en la isla de Tenerife, opta por buscar un lugar más seguro, saliendo a la calle (Estudio de Metra 6). Como apunta Canetti, las relaciones sociales se desintegran en la masa, véase Elias Canetti, Masa y Poder, Barcelona. Muchnik Editores, 1981, p. 20 y siguientes.

¿Hasta qué punto la participación en el sistema de protección, principalmente a través del conocimiento sobre lo que hay que hacer en las situaciones de emergencia, cambia la distribución de las respuestas sobre cómo se reaccionaría y, por lo tanto, cómo se participaría en tal sistema de protección si se diese tal caso? La respuesta ya se encontraba recogida en el anterior Estudio (**tabla 3.10 del mismo**), resultando que un conocimiento nulo sobre lo que hay que hacer en caso de emergencia lleva a creer que se responderá con pánico: así lo señala el 41% de los que confiesan conocimiento nulo sobre qué hacer. Sin embargo, un conocimiento elevado llevaba a conductas más razonables o moderadas, lo que daba un mayor margen para la participación en el sistema de protección, ya sea utilizándolo para sí, ya para otros.

Centrándonos ahora en el estudio de 2007, se pone de manifiesto que la participación en el sistema de protección vía simulacros, como forma de participación más implicada, sin llegar a la propia experiencia de catástrofe, hace creer que la reacción en caso de hipotética catástrofe será más moderada, razonable y, en definitiva, más integrada en la dirección correcta de la protección, de sí mismo o de los demás (**Tabla 1.22**). El relativamente escaso número de personas que ha participado muchas veces en simulacros de emergencia se destaca porque dicen que reaccionarían, en mucha mayor medida que los demás, con tranquilidad: el 19% lo haría así. Pero lo más sobresaliente es que, aun en el caso de que sólo se hubiera participado en los últimos cinco años alguna vez en algún simulacro de emergencia, desciende notablemente el porcentaje de los que dicen que reaccionarían con pánico o miedo irrefrenable en caso de catástrofe. Es decir, la participación en este tipo de acciones formativas, que hay que considerar como participación en el sistema de protección, facilita, normaliza y racionaliza la participación en el proceso de protección en caso efectivo de catástrofe.

Tabla 1.22. Reacción ante una hipotética situación de catástrofe según participación en algún simulacro de emergencia en los últimos cinco años

	Ha participado en algún simulacro de emergencia en los últimos cinco años			
	Muchas veces	Alguna vez	Nunca	Total
De pánico o miedo irrefrenable	15,9%	16,2%	25,6%	23,5%
De miedo o temor más moderadas, con conducta razonable	33,3%	36,3%	34,0%	34,4%
De desconcierto, intranquilidad, cierta sensación de miedo	22,2%	23,8%	20,9%	21,5%
De tranquilidad	19,0%	9,6%	5,6%	6,8%
De indiferencia	,8%	,8%	,9%	,9%
Reacción intrépida, valerosa, sin medir el riesgo	7,1%	5,4%	3,0%	3,6%
N.S.	1,6%	7,7%	9,7%	9,0%
N.C.		,2%	,3%	,3%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Entre los que han participado en algún simulacro de emergencia, se es consciente de que es difícil no sentir miedo en caso de catástrofe, pero, a la vez, se considera que es necesario controlarlo para facilitar la propia protección y la de los demás. Así, el 24% de quienes han participado en algún simulacro de emergencia dicen que reaccionarían con desconcierto, intranquilidad y sensación de miedo –pero no con pánico.

Volviendo al potencial comportamiento del conjunto de la población en caso de catástrofe, el 23,5% del estudio de 2007 se manifestaba fuera del sistema de protección, ya que decían que su reacción sería de pánico paralizante. Hay que apuntar que una parte de esta respuesta se debe a la falta de preparación, es decir, al hecho de adoptar una posición externa al sistema de protección, es decir, a sentirse exclusivamente objeto de protección, en lugar de sujeto de protección. ¿A qué se debe esta posición externa? Apuntaremos algunas respuestas en éste y el siguiente apartado.

Siguiendo a Luhmann, hay que concebir el pánico como una alternativa a la confianza: “si el caos y el temor paralizante son las únicas alternativas para la confianza, hay que concluir que el hombre por naturaleza tiene que otorgar confianza, aun cuando esto no se haga ciegamente y solo en ciertas direcciones”¹⁰. La respuesta de pánico sería consecuencia de sentirse fuera del sistema de protección por falta de confianza en el mismo. Por lo tanto, serían los menos confiados los que en mayor medida deberían responder en términos pánicos, a resultas de una desconfianza que los ha llevado a estar fuera del sistema de protección, cerrándose así el círculo.

Pues bien, en el estudio de 2007, encontramos que no son los desconfiados los que en mayor medida responden que reaccionarían con pánico sino, al contrario, los más confiados (**tabla 1.23**). Así, de los tres grupos de sujetos construidos a partir de las respuestas sobre el grado de confianza en las distintas instituciones y agencias de protección, el 19% de los menos confiados o desconfiados aseguraba que respondería con pánico o miedo irrefrenable en una situación de catástrofe, mientras que tal porcentaje ascendería al 27,5% entre los muy confiados. La diferencia es significativa. La desconfianza, sobre la que se volverá en varias ocasiones a lo largo de este Estudio, parece inclinarse diferencialmente a respuestas opuestas: un 24,5% (frente al 21,5% del total de la población) reaccionaría con desconcierto, intranquilidad, cierta sensación de miedo; y un 11,5% (frente al 6,8% del total de la población) reaccionaría con tranquilidad. En todo caso, hay que destacar la fuerte reducción de la respuesta de pánico o miedo irrefrenable que se hace a la luz en las respuestas de los que desconfían de las instituciones.

Ante tales resultados, una de las conclusiones que se puede alcanzar es que la desconfianza en las instituciones y agencias insertas en el sistema de protección no es sinónimo de situarse en una especie de frontera exterior al sistema. Más bien podría llegarse a la interpretación opuesta, según la cual la desconfianza sería sinónimo de voluntad de estar más implicado en el sistema de protección, con mayor participación en el mismo, y mayor confianza en uno mismo. En definitiva, se trataría de una demanda de mayor participación. De hecho, en los discursos de los grupos de discusión se apunta tal relación: las manifestaciones más críticas con algunos de los aspectos del sistema de protección, especialmente con los relativos a la gestión política en el mismo, coinciden con los sujetos colectivos (grupos) que más acentúan el argumento de la necesidad de la participación ciudadana en el sistema de protección.

¹⁰ N. Luhmann, *Confianza*, Barcelona: Anthropos, 1996, p.6.

Tabla 1.23. Reacción ante hipotética situación de catástrofe según grado de confianza en las instituciones ¹¹

	Grado de confianza en instituciones		
	Confiados	Desconfiados	Muy confiados
De pánico o miedo irrefrenable	22,8%	19,0%	27,5%
De miedo o temor más moderadas, con conducta razonable	38,4%	29,3%	34,1%
De desconcierto, intranquilidad, cierta sensación de miedo	22,4%	24,5%	18,1%
De tranquilidad	5,4%	11,5%	8,6%
De indiferencia	,7%	2,4%	,8%
Reacción intrépida, valerosa, sin medir el riesgo	3,2%	4,8%	3,5%
N.S.	7,0%	8,5%	7,2%
N.C.	,1%		,2%
Total	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

LA DEMANDA DE PARTICIPACIÓN EN EL SISTEMA DE PROTECCIÓN

La participación en el sistema de protección aparece condicionada especialmente por dos factores fuertemente relacionados entre sí: la motivación que tengan los sujetos para participar y las oportunidades que brindan las instituciones para hacerlo. El primero de estos factores podemos considerarlo como la demanda de participación en el sistema de protección. En la experiencia española de la perspectiva cuantitativa de la investigación social, no es fácil encontrar indicadores más o menos directos de tal demanda. Como se ha señalado un poco más arriba, se recoge la demanda satisfecha de tal participación: conocimiento sobre cómo actuar en caso de catástrofe, realización de ciertas actividades, etc. Tal ausencia es explicable por los obstáculos que encuentra esta perspectiva de investigación social, más apta para recoger conductas u opiniones, a la hora de abordar el campo de los procesos motivacionales. Por el contrario, la perspectiva cualitativa permite cierta aproximación a la reconstrucción de las motivaciones. Tal es el caso de la información que brindan los grupos de discusión, en cuyo transcurso esa demanda de participación se ha hecho a la luz:

Sí, que tiene que... nosotros hemos escuchado por ahí: "pues sí en este caso de accidente, eh, no le muevas, que puede provocar." Te ves en el caso y es que no sabes cómo actuar. Dices: ¿Cómo dejo yo a esta persona? ¿La toco o no la toco? Yo qué sé si tiene la columna rota o tiene las cervicales o quizás lo mismo peco en exceso, o peco en defecto. Esa información es que no la tenemos, no la tienen.

(GD Madrid 2)

¹¹ Aun cuando el orden lógico de esta variable, por ser de carácter ordinal, podría ser desconfiados-confiados-muy confiados o, dando un orden inverso, muy confiados-confiados-desconfiados, se ha expuesto otro orden consistente en dar prioridad al grupo ampliamente mayoritario, más numeroso, que es el de los confiados, que es el que ocupa el lugar dominante entre la población.

Si pero aparte de eso de cómo estén preparados los otros, también de cómo estamos preparados nosotros. Porque realmente sabríamos nosotros qué hacer en caso de que hubiera aquí un terremoto o un incendio, a dónde correr...

(GD Palencia)

Yo me refería, me refería a cuando ya ha sucedido la catástrofe que debe estar... la sociedad debe tener gente preparada para eso.

(GD Galicia)

Incluso en este último grupo de discusión, el realizado en Galicia, la inclusión/exclusión de los ciudadanos en el sistema de protección se convierte en uno de los ejes centrales por los que circula buena parte de la dinámica, como se recoge en los siguientes fragmentos discursivos, tomados de distintas partes de la misma:

Yo... perdona, ya que ha salido esto de los ataques, lo de los camiones de grandes cisternas... llevan un código que sólo lo saben los especialistas, esas que dicen "peligro", si pone peligro, pero CH27, bueno, no sé, yo no sé las siglas que emplean, yo sí sé que voy detrás de un vehículo que lleva un ácido de esos o un tal, quizá tendría más cuidado que si sé que lo que lleva es gasóleo...

(GD Galicia)

... hoy si hay una persona que se desfallece en la calle y quiere uno voluntariamente hacer una colocación correcta de esa persona... scht, scht, no lo toques que viene ahora mismo la ambulancia y te cargas todo el muerto... o sea... ésa es la opinión general cuando... si formase parte de nuestro sistema educativo cómo enseñar a la gente en caso de, de... pues algo...

(GD Galicia)

... De todas formas, yo opino de lo que estás diciendo...es que...creo que los ciudadanos, en general, tenemos que dotarnos de una gente que nos dirija de tal manera que sean ellos...que sea la sociedad la que les diga a ellos lo que la sociedad necesita...porque si estamos pendientes de que ellos nos den...que sería lo ideal...que ellos nos den lo que necesitamos...y estamos viendo que no...

GD Galicia

Yo creo... ummm... que las primeras personas que actúan en una situación de catástrofe es el ciudadano y lo hace muy bien. A mí me ha tocado, es mi opinión.

GD Galicia

Como puede observarse en los fragmentos presentados, existe cierta demanda de participación en el sistema de protección. Una demanda que aparece fundamentada en los resultados que se consigue –“en una situación de catástrofe es el ciudadano y lo hace muy bien”- y que tiene su principal vía de referencia en la formación: hasta el punto que se sitúa como horizonte –“si formase parte de nuestro sistema educativo”- una imbricación entre el sistema de enseñanza más formal y el sistema de protección.

Volvamos ahora a las encuestas cuantitativas. Las fuentes que los sujetos consideran más adecuadas para conseguir una buena formación sobre cómo comportarse en caso de catástrofe o emergencia puede también ser un buen indicador de las demandas de participa-

ción en el sistema de protección que hacen los ciudadanos. Con ese fin, empezamos ubicando dónde sitúan preferentemente los sujetos la potencial fuente de tal formación en los dos estudios cuantitativos más recientes (**Tabla 1.24**).

Tabla 1.24. ¿A través de qué medios cree Ud. que podría mejorarse la formación de los ciudadanos para afrontar situaciones de emergencia? (máximo dos respuestas) (comparación porcentajes 1997-2006-2007)

	Nov. 1997	Feb. 2006	Nov. 2007
De la televisión	69.6	60.8	54.9
De la radio	21.6	19.2	20.8
De periódicos y revistas	7.0	5.7	5.5
De la familia	3.1	3.6	2.7
De la escuela	34.9	27.8	26.1
De los centros de trabajo	9.1	12.5	12.7
De participación en simulacros	-	14.9	10.8
De asociaciones de vecinos y ciudadanos voluntarios (Cruz Roja, ecologistas, voluntariado social, ONGs, etc.)	9.4	10.4	4.6
Otros medios	1.4	1.9	.4
De la Administración Pública (Bomberos, Policía, Protección Civil, Ejército, etc.)	18.1	-	17.6
De centros de formación especializados	-	-	9.9
De Internet	-	-	4.4
De los libros	-	-	.7
Del cine	-	-	.2
N.S.	-	3.3	2.6
N.C.	1.4	0.6	.4
TOTAL (N)	(2487)	(2472)	(3468)

Fuente: CIS noviembre 1997, febrero 2006 y noviembre 2007

La comparación directa entre los tres estudios, de noviembre de 1997, de febrero de 2006 y noviembre de 2007, no es del todo posible, puesto que sus preguntas no coinciden; aunque se parecen bastante, incluyen categorías distintas. Con gran diferencia, la fuente preferente de formación en este ámbito se ubica en un medio de comunicación masiva como es la televisión, medio preferido por el 70%, 61% y 55% de los ciudadanos, en los tres momentos recogidos. Parece que lo que pierde este medio entre 1997 y 2007 lo recogen otros medios de comunicación, como Internet, los libros o el cine (2007). Son sintomáticos otros cambios importantes como el descenso en la preferencia formativa de las asociaciones de vecinos y de ciudadanos voluntarios, que pasan de recoger el 9% y 10% de los encuestados en 1997 y 2006, respectivamente, al 5% en 2007. Este descenso podría interpretarse como cambio en la dirección de la preferencia hacia otras instituciones, como la Administración Pública o los centros especializados.

Pero ¿cómo establecer la relación entre estas preferencias para la formación y la demanda de implicación en el sistema de protección? En primer lugar, y teniendo en cuenta el descenso en el papel mediador del asociacionismo, a través de una relación más directa entre los individuos y las instituciones. Por otro lado, precisamente a través de la diferencia entre la preferencia diferencial por fuentes formativas que exigen más o menos implicación, tomando la preferencia por las fuentes que exigen mayor implicación como un indicador de una demanda de participación en el sistema de protección.

Consideramos como tales fuentes de mayor implicación las que sitúan a sus potenciales receptores en una situación que va más allá de la de mera audiencia mediática. Se trata, pues, de fuentes de formación distintas de los medios de comunicación. Para ello, nos centramos en el estudio de noviembre de 2007, atendiendo a la proporción de sujetos que han seleccionado al menos algunas de las siguientes categorías: familia, escuela, centros de trabajo, asociaciones de vecinos y ciudadanos voluntarios, participación en simulacros, Administración Pública y centros especializados. Pues bien, el 41,2% de la población ha optado por, al menos, una de estas opciones como más apta para conseguir una formación adecuada sobre comportamiento en situación de catástrofe o emergencia.

Poco antes de la fecha de estos resultados, en 2004, se obtuvo la siguiente distribución sobre organismos e instituciones, centrales en el sistema de protección, que podrían desarrollar la formación y, por lo tanto, inducir a una mayor implicación (**Tabla 1.25**). Son los ayuntamientos a los que en mayor medida se atribuía la responsabilidad de aumentar la preparación de la ciudadanía para afrontar las catástrofes. Siguen después la Administración Central de una manera general (Gobierno central y Ministerios diferentes: 18%) y Protección Civil (12%). Pero lo más a destacar en esta tabla 1.25, leída como indicador de una demanda de participación más directa e implicada en el sistema de protección, son precisamente las huellas dejadas por la escasez de tal demanda. Huellas dejadas a través de la señalización de los

Tabla 1.25. Organismo responsable de aumentar la preparación sobre afrontar catástrofes

	TOTAL
Base Total	(1200)
ORGANISMO	%
Ayuntamientos	13,5
Gobierno central - Ministerios diferentes	11,7
Protección Civil	11,6
Bomberos	8,7
Gobierno autonómico	8,5
Autoridades / Gobierno sin especificar	5,3
Centros de Enseñanza	4,9
Policía Nacional	4,7
Cruz Roja	4,3
Policía Municipal	4,0
Medios de Comunicación	3,4
Guardia Civil	2,5
Relacionado con sanidad, centros de salud	1,0
Ejército	1,0
Otros	0,7
ONG y sindicatos	0,6
Asociaciones de vecinos	0,5
Respuestas no significativas	1,0
Ninguno	4,9
NS/NC	36,4

Fuente: GIMARK 2004

medios de comunicación (3%), respuestas no significativas (1%), ninguno de los organismos propuestos (5%) y los que no han sabido o no han querido contestar (36%), lo que alcanza un porcentaje del 46% de población que, al menos, concibe la preparación para afrontar catástrofes en un no lugar (NS/NC) o por fuera de instituciones que impliquen un mayor esfuerzo de la mano de vínculos más fuertes.

REACCIONES A LA PARTICIPACIÓN EN EL SISTEMA DE PROTECCIÓN EN SITUACIÓN DE CATÁSTROFE

Hasta ahora se ha considerado al conjunto de la población como potencial demandante de protección. Seremos a continuación más selectivos, indagando las demandas de quienes han tenido alguna experiencia de catástrofe (**Tabla 1.26**). Lo que inicialmente más llama la atención es la fuerte estabilidad del porcentaje de población adulta que ha señalado haber experimentado –personalmente o por cercanía– algún tipo de catástrofe. Una estabilidad que cubre diez años. Así se constata que los porcentajes que arrojan los estudios del CIS de noviembre de 1997 y del mismo mes de 2007 son idénticos: un 15% de los entrevistados ha vivido personalmente alguna catástrofe. Tampoco se alejan quienes han señalado la vivencia de la catástrofe por proximidad, 9% (1997) y 9,2% (2007); como tampoco lo hacen los porcentajes que proporciona el estudio de febrero de 2006.

A partir de este resultado, podría hablarse de la existencia de una probabilidad constante en el tiempo de experimentar una catástrofe en la sociedad española, que se sitúa tercamente entre el 14% y el 15% en el caso de la experiencia directa, y del 9% de la indirecta o por proximidad. Quiere decir esto que alrededor de uno de cada siete españoles experimenta personalmente una catástrofe y alrededor de uno de cada once la experimenta por proximidad; dicho de otra manera, uno de

Tabla 1.26. Experiencia de catástrofe en distintos estudios

	nov. 2007	feb. 2006	nov. 1997
Sí, personalmente	14,7	14,0	14,7
Sí, por cercanía	9,2	8,4	9,0
No, nunca	75,9	77,5	76,4
N.C.	0,2	0,1	0,2
TOTAL	(3468)	(2472)	(2455)

Fuente: CIS noviembre 1997, febrero 2006 y noviembre 2007

cada cuatro españoles vive una catástrofe, en alguna de sus variantes (directamente o por proximidad). Este es el marco general y, a la vez, concreto, de la demanda de protección en nuestro país.

¿Tienen información o formación previa de cómo comportarse en caso de catástrofe quienes experimentan directa o indirectamente una catástrofe? En el estudio llevado a cabo por MF en 1991 (2004) se destacaba que la mayor parte, el 80%, consideraba que no tenía formación previa. En noviembre de 2007, el 61% de los que han vivido personalmente una catástrofe señalan que su conocimiento de cómo

comportarse en caso de emergencia es escaso (44%) o nulo (17%) (**Tabla 1.27**). Aun cuando no pueden considerarse sinónimos conocimiento sobre lo que hacer y formación, podría apuntarse que entre los que viven alguna catástrofe hay un ligero mayor conocimiento -que tal vez sea derivado de la propia experiencia de catástrofe.

La reacción de pánico parece la más directa en el caso de catástrofes. Se considera la más lógica o normal y es la que espera la mayoría de la población. También ocupa un lugar entre quienes han experimentado alguna catástrofe: *“tienes la sensación de impotencia, porque por ejemplo un accidente de carretera que te puede ocurrir pero también tienes medios para poder evitarlo pero en esto es pánico, es sensación de no poder hacer nada”*¹². Sin embargo, la reacción efectiva ante la catástrofe real, a diferencia de la esperada o imaginada, parece ser más moderada. Se siente temor, pero se actúa razonablemente, lo que

Tabla 1.27. Grado de conocimiento de cómo comportarse en caso de catástrofe según experiencia de catástrofe

	Conocimiento				Total
	Elevado	Escaso	Nulo	NS/NC	
Sí, personalmente	38,4%	44,2%	16,8%	,6%	100,0%
Sí, por cercanía	41,4%	47,6%	10,3%	,6%	100,0%
No, nunca	23,9%	53,1%	22,2%	,8%	100,0%
N.C.	42,9%	28,6%	28,6%		100,0%
Total	27,7%	51,2%	20,3%	,8%	100,0%

Fuente: CIS nov. 2007

facilita la protección. En los tres estudios, alrededor del 30% de quienes han vivido alguna catástrofe dicen haber reaccionado con una conducta razonable, en el marco de un temor moderado (**Tabla 1.28**).

Hay que destacar el importante aumento relativo, en el estudio de noviembre de 2007, de las conductas menos temerosas, como son las de tranquilidad (18%) o incluso la de reacción intrépida, que llega al 6%, quintuplicando el porcentaje de 1991. Tal vez una mayor confian-

Tabla 1.28. En general, ante esta situación por la que se vio afectado, ¿cuál fue su reacción? (afectados en los últimos cuatro años en el estudio de 1991)

	Nov. 1991	Feb. 2006	Nov. 2007
De pánico o miedo irrefrenable, con reacciones que pueden ser peligrosas, miedo paralizante, con reacciones histéricas y descontroladas	17.7	8.9	13.7
De miedo o temor más moderadas, con conducta razonable	30.8	32.5	28.8
De desconcierto, intranquilidad, cierta sensación de miedo	38.0	31.2	27.8
De tranquilidad	7.7	15.9	17.6
De indiferencia	2.4	1.3	1.2
Reacción intrépida, valerosa, sin medir el riesgo	1.2	4.5	6.3
N.S.	2.1	2.7	2.6
N.C.	-	3.1	2.0
TOTAL (N)	(152)	(554)	(830)

Fuente: CIS noviembre 1997, febrero 2006 y noviembre 2007

¹² En Elena Puertas: *“Información a la población y análisis psicosocial de prevención de respuestas. Investigación en el caso de diversos movimientos sísmicos en el sureste de España (Diciembre 1993 – Enero 1994)”* (2004 [1993-94])

za en el sistema social de protección o una cierta experiencia de los riesgos llevan a actuar de una manera más mesurada, lo que, a su vez, facilita la protección, tanto para recibirla, como para darla.

La valoración de la protección recibida hay que situarla en el marco de la protección que se busca realmente en situación de catástrofe. Así, a pesar de la elevada confianza general en las instituciones formales de protección (véase el Estudio anterior), en la situación concreta de catástrofe se busca a los cercanos. Como se refleja en una entrevista recogida hace quince años: “*en seguida traté de contactar con mi mujer a ver en qué situación se encontraba*”¹³. Lo primero que se hace en la catástrofe es reunirse con la familia. ¿Para qué? Seguramente más para proteger, que para ser protegido, ya que, como tendremos oportunidad de volver a ver, la confianza en la capacidad de los familiares o vecinos en caso de catástrofe no es de las más altas. Al menos, no lo es la confianza depositada en su eficacia. Más bien parece operar la necesidad de afianzar los vínculos socialmente más próximos, tan cargados de afectividad. Tal vez así no se logre la salvación, sobre todo en caso de muy grave apuro, pero se hace efectiva la *solidaridad de sangre* (Moscovici) y el vínculo social.

Tabla 1.29. ¿Qué fue lo primero que hizo, en la catástrofe que más le afectó?
(comparación porcentajes 2006-2007)

	Feb. 2006	Nov. 2007
Seguir mi vida cotidiana	15.3	17.8
Reunirme con la familia/ estar en casa/ estar pendiente de las noticias en casa/ refugiarme en casa	25.6	29.8
Buscar refugio en algún lugar seguro fuera del hogar	12.5	11.3
Salir a la calle en busca de información	11.7	19.5
Ayudar a familiares, vecinos y/u otra gente afectada	21.8	6.9
Otra situación	7.9	10.4
No recuerda	1.6	2.3
N.C.	3.4	2.1
TOTAL (N)	(554)	(830)

Fuente: CIS febrero 2006 y noviembre 2007

Al comparar los datos de los dos estudios, se ponen de manifiesto importantes diferencias que hacen dudar de la estabilidad de la pregunta. La mayor diferencia es el preocupante descenso de la frecuencia de la acción más solidaria de entre las consideradas. Y así ayudar a familiares, vecinos u otra persona afectada pasa de recoger casi el 22% de las respuestas a recoger tan sólo el 7%. Es como si el potencial de solidaridad inmediata con los afectados se hubiera reducido a su tercera parte. Sin embargo, aumentan las opciones de salir en busca de información (19,5% frente al 12% de 2006) y seguir mi vida cotidiana (18% frente al 15%). Claro está que las variaciones pueden deberse a las características de las catástrofes concretas vividas; pero, también, cabe tomarlas como un indicador.

¹³ En Elena Puertas: “*Información a la población y análisis psicosocial de prevención de respuestas. Investigación en el caso de diversos movimientos sísmicos en el sureste de España (Diciembre 1993 – Enero 1994)*” (2004 [1993-94])

CAPÍTULO 2

LA CONFIANZA EN LOS ORGANISMOS E INSTITUCIONES

LAS INSTITUCIONES DEL SISTEMA SOCIAL DE PROTECCIÓN

- EL LUGAR DE LOS MEDIOS EN EL SISTEMA DE PROTECCIÓN
- LA CONFIANZA EN LAS INSTITUCIONES Y AGENCIAS DE PROTECCIÓN
- EVOLUCIÓN DE LA CONFIANZA EN INSTITUCIONES
- LA IDENTIDAD TERRITORIAL DE LA CONFIANZA
- HACIA LA ESTRUCTURA DE LA CONFIANZA EN LAS INSTITUCIONES
- LA CONFIANZA QUE SE OTORGA A LAS INSTITUCIONES

EL LUGAR DE LOS MEDIOS EN EL SISTEMA DE PROTECCIÓN

El papel que la población asigna a los medios de comunicación en el caso de catástrofes en particular y en el sistema social de protección a lo largo de los distintos estudios analizados puede calificarse de complejo. Parece depender en buena medida de la relación que se tenga con los medios (ya como receptores activos en busca de formación e información, ya como receptores pasivos o espectadores) y de la propia situación en el sistema de protección. De hecho, el estudio del papel que cumplen los medios de comunicación en el sistema de protección ha sido una constante en la investigación social en este campo de indagaciones.

La relación de la población con los medios muestra su complejidad al oscilar entre la confianza que se deposita en ellos como instituciones y la desconfianza que se muestra frente a sus informaciones. Son varios los ejemplos que permiten dibujar esta aparente paradoja. Así, en el estudio de 1989 sobre la catástrofe del buque Casón¹⁴ se obtiene un desacuerdo, que supera el 60%, en frases como: “Me tranquiliza lo que dicen los medios de comunicación cuando hay peligro” y “Hay que fiarse de lo que digan los periódicos, la televisión y la radio, porque ellos saben realmente lo que ocurre”. Se les acusa de amarillismo en su actuación concreta al seleccionar las informaciones sobre la catástrofe del embarrancamiento. Pero, a la vez, y pese al desprestigio de los medios, los entrevistados tienen más confianza en ellos que en lo que dicen otras personas, incluso más o menos cercanas.

Los medios, además, no sólo son fuentes de información directa sobre lo que pasa en situaciones de emergencia colectiva. También son el soporte a través del cual las autoridades y las instituciones pueden ponerse en contacto con la población en tales situaciones. La paradoja, sea o no aparente, continúa: mientras los estudios cualitativos tienden a reflejar cierta desconfianza frente a las acciones de las autoridades y los medios de comunicación en la gestión de las catástrofes, el acuerdo se hace unánime a la hora de demandar información en tales circunstancias de esas mismas fuentes criticadas. Por ejemplo, en el mismo estudio sobre el buque Casón, tan crítico en sus resultados con los medios de comunicación, se ofrece que el 98% está de acuerdo con la frase: “me gusta que las autoridades informen de lo que pasa”¹⁵.

A pesar de las dudas, para la mayor parte de la población no vinculada directa o profesionalmente con instituciones del sistema de protección, no hay más remedio que confiar en los medios cuando se busca información. Pero, además y a pesar de la desconfianza en su cobertura de los acontecimientos, los medios son señalados como los canales más eficaces para la información sobre prevención o preparación para catástrofes. Los medios resultan situados en el centro del sistema de protección: antes de la catástrofe, asumiendo un papel de divulgación de medidas educativas o preventivas; después de la catástrofe, informando, orientando, ayudando.

¹⁴ Estudio de Ángel López, “Investigación distributiva sobre las conductas de la población en el caso del embarrancamiento del buque Casón”, DATA Información, en *Estudios y conferencias sobre gestión social y política de situaciones de emergencia, crisis y catástrofes mayores en España, 1987-2003, Centro Europeo de Investigación Social en Situaciones de Emergencia (CEISE)*, 2004, p.33.

¹⁵ Informe citado, p.63.

Personalmente		Población General	
TV	(75,8%)	Centros escolares	(91,2%)
Participación en simulacros	(75,8%)	Participación en simulacros	(85,1%)
Radio	(73,3%)	TV	(84,0%)
Centros escolares	(71,4%)	Radio	(82,0%)

Fuente: GIMARK, 2004 [1987]

Tabla 2.1. Canales más eficaces para la formación o preparación para catástrofes

La información sobre riesgos dada por los medios de comunicación llega a la población, pero no se valora como útil para afrontar la situación de catástrofe¹⁶. El seguimiento de la información sobre catástrofes orientada hacia la educación o la prevención tiene mayor calado simbólico que práctico. Se recibe porque, como se veía en el anterior informe, la mayor parte de los que tienen conocimiento sobre qué hacer en caso de emergencia lo han adquirido a través de los medios de comunicación; pero, a la vez, esa posición relevante es diferencialmente mucho mayor para el caso de quienes creen que ese conocimiento poseído es escaso, que entre quienes consideran disponer de un conocimiento elevado. Los medios de comunicación masiva son los que tienen mayor capacidad de dar esa información sobre riesgos; pero, a la vez, la información que dan es considerada de escasa relevancia y, lo que es más importante, de poca proyección práctica, sobre el cómo actuar en situaciones reales de riesgo. El conocimiento adquirido por los medios de comunicación masiva se reconoce como escaso; pero, a pesar de la crítica y en razón de su capacidad de llegar a todos, son situados en el centro del sistema de protección. Ello invita a pensar que se les reserva para la información sobre catástrofes, dejándolos en un lugar subordinado en lo que se refiere a la formación o la consecución de conocimiento útil para actuar en hipotéticas situaciones catastróficas. Sin embargo, como veremos, también reciben agudas críticas por esta función informativa, lo que nos lleva a la pregunta sobre las razones por las que la población sitúa a los medios en un lugar central del sistema de protección pero muestra escaso entusiasmo con la actividad que realizan. ¿Por qué esa aparente distancia entre lo que se espera de los medios de comunicación y el juicio que merece la concreción de sus actuaciones?.

Las críticas son especialmente agudas cuando se aborda la cobertura informativa de las catástrofes que realizan los medios, como se pone de relieve en los discursos de los grupos de discusión. Puede decirse que tal crítica es una constante en el conjunto de los discursos, de los que aquí sólo tomamos unos fragmentos:

Chico 1: Los medios de comunicación son...

Chica 1: Manipuladores

Chico 1: Sí y lo exageran para que haya más audiencia, el morbo

Chica 3: Ponen las imágenes que a ellos les interesan

(GD Torrelavega)

Es como si los medios supeditaran a su lógica comunicativo-mercantil –“buscando el morbo”, buscando la audiencia- su función en el campo de la protección. Es algo que se condena en los grupos de discusión donde no se acepta que el sistema social de protección, que evidencia los vínculos de las personas en y con la sociedad, quede subordinado a los intereses de la dinámica estratégico-comunicativa

de los medios de comunicación. En alguno de los grupos de discusión, se llega incluso a acusar a los medios de producir catástrofes imaginarias, que crean alarma y generan con sus artificios una demanda de protección por parte de la población:

- Ahora en invierno. O sea, nunca el invierno ha dado tanto miedo como ahora. De repente ¡qué horror! Que viene un frío, una temperatura bajo cero. Toda la vida ha habido temperaturas bajo cero y a nadie se le ha ocurrido poner alarmas.

- Aquí ya entramos en lo que es el tema mediático ¿no?

- Claro.

- Desde lo que viste o lo que vende o lo que sea y no hay otra cosa más... Contra más grande sea, más catastrófica sea, más tal.

(GD Madrid 2)

Según se deriva de los discursos analizados, es como si la lógica de los medios, que tiende a convertirlo todo en espectáculo, fuera necesaria para su reproducción ampliada, sobredeterminando de esta manera la reproducción ampliada del sistema social de protección. Esta lógica lleva a la continua alarma y, como consecuencia, a la continua extensión de la demanda de protección y a la naturalización de los riesgos, hasta convertirlos, por saturación, en triviales y cansinos:

Yo sí que quería por lo de las grandes catástrofes, es que a veces nos sentimos ya delante de las imágenes, ya pasamos, ¿no? Eh, por ejemplo, el día a día que tenemos en las carreteras, que es una gran catástrofe que al año caigan 3.000 muertos, es una gran catástrofe. Pero es que lo vemos ya como natural, como algo natural, es que ni nos inmutamos. Es que cae alguien de una moto, o un coche, y de no ser algún familiar o alguien muy cercano, es que lo encuentras ya... Y son 3.000 al año, 3.000 españoles al año. ¡Ojo, eh!

(GD Benimodó)

De paradoja en paradoja, alcanzamos ahora otra: si antes se señalaba cómo los riesgos naturales se habían transformado en riesgos producidos por el ser humano, ahora nos encontramos con que los riesgos más propiamente antropogénicos, como puede ser el accidente en carretera, se "naturalizan", se convierten en un pedazo de naturaleza gracias a la lógica comunicativa de los medios de comunicación. Por lo tanto, los medios no sólo alarman, sino que incorporan los riesgos sociales a la naturaleza, trazando el círculo de la paradoja de modo que la catástrofe natural que había sido socializada (todo es producto de la acción humana) se re-naturaliza a resultas de la lógica social de la comunicación.

Hasta ahora nos hemos referido a los medios como un conjunto, como el sistema de medios de comunicación en sentido amplio. Podemos ir ahora hacia un estudio más concreto y matizado. Una parte de la investigación empírica ha indagado las preferencias mediáticas de la población a la hora de conseguir información en situaciones de catástrofe. Estas preferencias, como se pudo apreciar en el anterior informe, se orientaban hacia los medios audiovisuales de masas, como la radio y la televisión: el 39% y el 37% respectivamente los consideran los medios más fiables en caso de catástrofe (**Tabla 2.2**). Estos resultados presentaban algunas variaciones cuando se consideraba la edad, ya que los más jóvenes aparecen más abiertos al uso de Internet, en detrimento de la radio.

La radio	38.8
La televisión	36.9
Los periódicos y revistas	3.8
Internet	9.6
Otras respuestas	1.2
Ninguno	4.7
N.S.	4.5
N.C.	.5
(N)	(3468)

Tabla 2.2. Medio más fiable en caso de catástrofe (distribución porcentual de respuestas)

Fuente: CIS noviembre 2007

A la luz de la información que proporcionan los estudios, cabe volver a plantear una pregunta de calado metodológico: ¿los sujetos eligen *para el seguimiento de la información sobre la catástrofe* un medio o se sitúan más bien en un proceso en el que se va sucediendo y articulando el uso de los distintos medios propios de la sociedad multimediática? Creemos que la respuesta está más del lado de la segunda alternativa, de manera que cada medio cumpliría una función diferenciada y propia a lo largo del proceso catastrófico. Así, por ejemplo, parece que la radio es el primer medio al que se acude, como ocurrió en la noche de los movimientos sísmicos en la isla de Tenerife en 1989: tres de cada cuatro personas (76%) que recibieron información o instrucciones aquella noche citan (espontáneamente) como medio su transmisor o la radio¹⁷. Pasados esos primeros momentos, se abre un proceso en cuyo transcurso la radio es sustituida por otros medios. Esta idea del proceso mediático queda apuntada en el siguiente fragmento:

Y luego, yo qué sé, por ejemplo la, la primera información que llega normalmente a través de las catástrofes siempre suele ser por las, por las emisoras de radio y, y antes de que salgan las imágenes de televisión suele ser a través de radio, del corresponsal que llama por teléfono que es mucho más rápido. También, también a veces es una percepción diferente, a que alguien por la radio te esté narrando cómo es la catástrofe a posteriormente ver, ver las imágenes en televisión... ¿no? Y al día siguiente pues verlo reflejado en los periódicos con otro tipo de, de lenguaje, etcétera, pues no sé... la percepción de la catástrofe es diferente cuando la escuchas por la radio, cuando la ves en la televisión, o cuando al día siguiente o a los dos días después la ves en los periódicos, ¿no? Al fin y al cabo es la misma catástrofe, pero por la forma de verlo es distinto, es que cambia, cambia la manera de percibirlo.

(GD Palencia)

En todo caso y en cualquiera de las fases en las que se encuentre la catástrofe, el valor que se reconoce a los medios de comunicación es el que les proporciona el directo: la presencia en la catástrofe; el contar lo que va ocurriendo desde la catástrofe.

- Pero la manera que tienen de informarlo no es lo real. Te enseñan lo que ellos quieren más que a ti te impacte y que...

E: Las imágenes están ahí y eso no se pueden manipular porque están ahí, pero la manera de decírtelo...

Ra: Hoy en día hasta es una catástrofe en directo. Que hoy en día

¹⁷ *Metra 6 (2004 [1989])*

es que la vives en directo. Está ocurriendo y la cámara ya está allí en el mismo momento.

F: ... lo de las torres, que estaba pasando y estaba la gente mirando cómo estaban las torres cayendo... y era real, estábamos mirándolo.

(GD Benimodó)

Tan en directo, que convierten en realidad la catástrofe, haciéndola formar parte de la realidad compartida socialmente. Tan en directo, a través de sus imágenes –lo que explica el lugar preferente y clave de los medios audiovisuales en el despliegue informativo de las catástrofes- que lo que sucede se hace plenamente real o incluso hiperreal a los ojos del espectador. Baudrillard dio la clave: los *media* realizan ejercicios de hiperrealidad, pues, traducida en imágenes impactantes, hacen más real la realidad misma.

LA CONFIANZA EN LAS INSTITUCIONES Y AGENCIAS DE PROTECCIÓN

En principio, y siguiendo con la metáfora del modelo de mercado, puede decirse que a las demandas de protección corresponde ofertas de protección. Sin embargo, la metáfora muestra enseguida su escasa pertinencia, pues ni los distintos entes, instituciones, agentes o dispositivos encargados de satisfacer tal demanda están en competencia unos con otros -o, al menos, no debieran estarlo, como requeriría la metáfora del mercado-, ni la protección dada por unos suple la dada por otros, sino que tienden o han de tender a complementarse, ni, además, -y salvo que analíticamente se fueren mucho las cosas, asimilando abusivamente la carga fiscal al precio por servicios públicos- cabe hablar de precios en este sistema, ni, por último, los demandantes de protección escogen individualmente las entidades que quieren que les protejan. En definitiva, el sistema de protección dista en su funcionamiento de un sistema de mercado. Ello no es obstáculo para que podamos seguir utilizando el concepto de demanda de protección en la medida que se asume que la ciudadanía quiere ser protegida por las instituciones.

El ciudadano quiere ser protegido por las instituciones, de una manera general. Parece que la pregunta sobre qué instituciones prefiere que le protejan, como si pudiera elegir las libremente, es poco pertinente. Pero cuando la pregunta se realiza en clave de confianza, las cosas cambian, puesto que nos permite, como analistas, que concretemos tal confianza y, sobre todo, consideremos la confianza de los ciudadanos en el conjunto del sistema de protección. De esta manera, el hecho de que los distintos elementos del sistema de protección sean partes más o menos articuladas de un sistema, y no elementos en competencia mutua, no entra en contradicción con la evidencia de que los individuos depositen su confianza más en unos que en otros.

A diferencia de lo realizado en el Estudio anterior, nos centraremos aquí en la confianza en el conjunto del sistema de protección. Para arrancar su análisis, debemos partir de una tabla utilizada entonces, que volvemos a presentar. En ella figura la distribución de las respuestas a la pregunta sobre la institución a la que se dirigirían los sujetos

para buscar información (sobre lo que pasa y lo que hay que hacer) en caso de catástrofe (**Tabla 2.3**). En esa circunstancia, los ciudadanos tienden a seleccionar instituciones que consideran próximas, como son los Bomberos y la Guardia Civil. Son instituciones que parece que los individuos consideran accesibles; entre ambas acumulan más de la mitad de las repuestas: el 51,5% de los individuos ha seleccionado, al menos, una de estas dos categorías. Desde esta perspectiva, puede concluirse que en su demanda de protección, al menos en su variante informativa, los ciudadanos buscan un perfil de proximidad y accesibilidad más o menos directa. Requieren una protección de visibilidad cotidiana y muy presente en la sociedad.

En el tercer lugar de las preferencias se encuentra el Gobierno Central, que escoge el 15% de los individuos. Teniendo en cuenta que se pregunta por la información, cabe interpretar que se adjudica a esta institución la función de coordinar la información en el sistema de protección, por ser la institución que tiene por cometido estar al tanto de lo que pasa en cada momento a lo largo del proceso, así como coordinar las acciones de todos los elementos del sistema de protección, incluyendo a los propios ciudadanos; por esto se le demanda información.

Tabla 2.3. Institución a la que acudiría en busca de información en caso de catástrofe (distribución porcentual de repuestas)

Gobierno Central	15,4	Los Servicios Sanitarios	10,5
Gobierno Autonómico	9,5	Policía Nacional	5,7
Gobierno Municipal	6,6	Policía Municipal	3,7
Protección Civil Municipal	10,4	Policía Autonómica	1,4
Protección Civil Autonómico	7,6	La UME (Unidad Militar de Emergencia)	2,5
Protección Civil Estatal	8,6	El 112	6,8
Centros de Enseñanza y/o trabajo	1,6	Otras repuestas	1,8
Guardia Civil	21,10	Ninguno	2,8
Bomberos	30,4	N.S.	3,4
Las asociaciones de voluntarios y ONGs	4,1	N.C.	1,0
Las Fuerzas Armadas o Ejército	6,8	(N)	(3468)

Fuente: CIS noviembre 2007

Desde el punto de vista de la información, el sistema de protección parece configurarse según dos dimensiones. Por un lado, y con un carácter dominante, se halla la que puede denominarse la dimensión de proximidad-accesibilidad, con la que se vincula y a la que atiende una demanda de protección cercana y visible. Por otro lado, aparece una dimensión de racionalidad y cierta autoridad, que enfatiza el buen funcionamiento del conjunto del sistema de protección y de los elementos especializados en coordinar, recibir y distribuir la información. En el marco de esta propuesta, podemos hacer la conjetura de que la concepción del sistema de protección variará en función de cuál de los elementos o dimensiones que lo configuran resulte enfatizado. Unos individuos conciben el sistema considerando especialmente los elementos más próximos y visibles; otros tienden a tener una visión más global o abstracta que enfatiza los elementos de especialización y eficacia.

Para valorar la estabilidad que tienen estas concepciones del sistema de protección hay que realizar comparaciones en el tiempo. Enfrentamos de nuevo el problema de que un mismo tema es abordado con preguntas diferentes. En los estudios de febrero de 2006 y noviembre de 2007 (**Tabla 2.4**) se ha operacionalizado de manera distinta la manera de saber las preferencias a la hora de buscar información en caso de catástrofe: en el primero de los estudios se contempla una sola respuesta, mientras que en el segundo el encuestado puede llegar a dar hasta dos respuestas. Además, protección civil parece dividida en tres niveles territoriales (central, autonómico y local) en el estudio de 2007, mientras que se concentra en una sola categoría en el de 2006.

Tabla 2.4. En caso de catástrofe, ¿a quién se dirigiría Ud. para obtener información acerca de lo que ocurre y de lo que hay que hacer?
(comparación porcentajes 2006-2007)
(UNA SOLA RESPUESTA en 2006; MÁXIMO DOS RESPUESTAS EN 2007)

	Feb. 2006	Nov. 2007
Gobierno central/ Ministerios diferentes	4.5	15.4
Gobierno autonómico	4.1	9.5
Ayuntamientos	18.7	6.6
Protección Civil	26.0	26.6
Centros de enseñanza y/o de trabajo	0.3	1.6
Guardia Civil	10.8	21.0
Bomberos	11.0	39.4
Cruz Roja (y otras asociaciones de voluntarios y ONGs)	2.1	4.1
Policía Nacional	45.0	57.0
Policía Municipal	5.4	3.7
Policía Autonómica	1.7	1.4
Servicios sanitarios	-	10.5
Ejército, Fuerzas Armadas y UME	-	9.3
Teléfono 112	-	6.8
Otras respuestas	3.8	1.8
Ninguno	0.8	2.8
N.S.	5.3	3.4
N.C.	0.4	1.0
TOTAL	(2472)	(3468)

Fuente: CIS febrero 2006 y noviembre 2007

Para intentar la comparación, es necesaria una reelaboración de los datos, consistente en hacer como si cada una de las respuestas del estudio de 2007 correspondiera a un individuo que no ha tenido posibilidad de otra elección de respuesta, en lugar de lo que se planteaba realmente, es decir, que cada respuesta se limitaba a ser sólo una de las dos opciones a su disposición. El resultado de esta operación se presenta en la **Tabla 2.5**.

Las instituciones que han ganado cierto peso relativo en las opciones de los encuestados, entre febrero de 2006 y noviembre de 2007, son: Gobierno Central y Ministerios (de 4,5% a 9%), Guardia Civil (de 11% al 12%) y Bomberos (de 11% al 23%). Han ganado peso relativo las instituciones que, salvo que se acumulen las respuestas dirigidas a los distintos niveles de Protección Civil, más apoyo de los ciudadanos han conseguido en 2007. Han perdido peso relativo los Ayuntamientos o Gobiernos Municipales (19% al 9%) y Protección Civil (26% al 15%). Hay que situar estas pérdidas en el contexto metodológico de una

comparación que es desigual, ya no sólo porque las posibilidades de respuesta son distintas, sino porque se utilizan términos y categorías diferentes. En 2006, la categoría que aparece en el cuestionario es la de Ayuntamiento, que tal vez genere mayor sensación de proximidad que el término “Gobierno Municipal”, utilizado en el estudio de 2007. En el caso de Protección Civil, al pasar de una sola categoría a tres tal vez se hayan generado dudas en los encuestados sobre la propia identidad de la institución, perdiendo claridad sobre el nivel de la Administración al que pertenece aquella “Protección Civil” que pudiera conocer o de la que tiene alguna imagen.

	Feb. 2006	Nov. 2007 (ponderado)
Gobierno central/ Ministerios diferentes	4,5	9,0
Gobierno autonómico	4,1	5,6
Ayuntamientos	18,7	3,9
Protección Civil	26,0	15,6
Centros de enseñanza y/o de trabajo	0,3	0,9
Guardia Civil	10,8	12,3
Bomberos	11,0	23,1
Cruz Roja (y otras asociaciones de voluntarios y ONGs)	2,1	2,4
Policía Nacional	5,0	3,3
Policía Municipal	5,4	2,2
Policía Autonómica	1,7	0,8
Servicios sanitarios	-	6,2
Ejército, Fuerzas Armadas y UME	-	5,5
Teléfono 112	-	4,0
Otras respuestas	3,8	1,1
Ninguno	0,8	1,6
N.S.	5,3	2,0
N.C.	0,4	0,6
TOTAL	(2472)	[5916]

Fuente: CIS febrero 2006 y noviembre 2007, y elaboración propia

Tabla 2.5. En caso de catástrofe, ¿a quién se dirigiría Ud. para obtener información acerca de lo que ocurre y de lo que hay que hacer?
(comparación porcentajes 2006-2007)
(UNA SOLA RESPUESTA en 2006; PONDERADOS RESULTADOS DE 2007 COMO SI FUERAN UNA SOLA RESPUESTA)

Dejemos a un lado estas importantes precisiones metodológicas, aun sabiendo que hacen altamente problemática la comparación entre un estudio y otro. ¿Cómo interpretar los cambios? Parece que se habría operado una concentración tanto en la dimensión de proximidad, encarnada en las instituciones que actúan en proximidad (Ayuntamiento, Bomberos y Guardia Civil), como en la dimensión más racional (Protección Civil, Gobierno Central como coordinador). Es decir, se trata de un doble movimiento que iría hacia una mayor acentuación de las dos dimensiones apuntadas: hacia las agencias caracterizadas por la proximidad a los ciudadanos y los hechos; y hacia las instituciones que, a pesar de su mayor distancia, se caracterizan por su competencia y fiabilidad en las labores de coordinación y de información.

EVOLUCIÓN DE LA CONFIANZA EN INSTITUCIONES

Dadas las dificultades metodológicas para la comparación del conjunto del sistema de protección, en razón de las diferencias en sus respectivas categorizaciones de las instituciones, nos centraremos en la evolución de las que son recogidas en los tres estudios del Centro de Investigaciones Sociológicas de noviembre de 1997 (**Tabla 2.6**), febrero de 2006 (**Tabla 2.7**) y noviembre de 2007 (**Tabla 2.8**). Se trata de los bomberos, la policía, el ejército, los voluntarios, la familia y los vecinos.

Tabla 2.6. Grado de confianza en la acción de distintas instituciones en caso de catástrofe (1997)

	Mucho	Bastante	Poco	Nada	N.S.	N.C.	(N)
En los bomberos	47.0	43.6	6.2	1.4	1.8	0.1	(2467)
En la policía	33.0	45.2	16.6	3.2	2.0	0.2	(2465)
En el ejército	30.7	42.4	17.1	6.0	3.8	0.0	(2461)
En la Cruz Roja	46.4	45.1	5.4	1.2	1.9	0.0	(2464)
En voluntarios	40.5	46.9	9.0	1.2	2.3	0.1	(2463)
En sus vecinos	37.8	43.6	13.9	2.7	1.9	0.1	(2460)
En sus familiares directos	57.4	37.3	3.2	0.6	1.3	0.1	(2464)
En Ud. mismo	56.0	34.0	6.2	0.7	2.8	0.1	(2459)

Fuente: CIS noviembre 1997

Tabla 2.7. Grado de confianza en la acción de distintas instituciones en caso de catástrofe (2006)

	Mucho	Bastante	Poco	Nada	N.S.	N.C.	(N)
En los bomberos	56.3	40.6	2.2	0.4	0.4	0.1	(2472)
En la policía	35.5	46.5	14.3	2.7	0.8	0.2	(2472)
En la Guardia Civil	38.2	44.5	12.7	3.7	0.7	0.2	(2472)
En las Fuerzas Armadas	34.2	44.2	13.7	5.4	2.1	0.4	(2472)
En los servicios sanitarios	52.4	42.4	3.7	0.8	0.3	0.4	(2472)
En Protección civil	46.5	44.1	5.8	1.0	2.3	0.4	(2472)
En la Cruz Roja	51.1	43.6	3.8	0.7	0.6	0.2	(2472)
En voluntarios	33.4	50.8	12.3	1.3	1.7	0.5	(2472)
En sus vecinos	23.1	43.8	24.2	6.1	2.5	0.4	(2472)
En sus familiares directos	47.5	44.4	5.7	0.9	1.1	0.4	(2472)
En Ud. mismo	46.5	43.4	6.7	0.9	2.2	0.4	(2472)

Fuente: CIS febrero 2006

Tabla 2.8. Grado de confianza en la acción de distintas instituciones en caso de catástrofe (2007)

	Mucho	Bastante	Poco	Nada	N.S.	N.C.
Protección Civil Municipal	23,3%	52,7%	15,5%	3,9%	3,7%	,9%
Protección Civil Autonómica	21,1%	54,4%	14,4%	3,1%	6,2%	,8%
Protección Civil Estatal	21,7%	53,0%	15,4%	3,7%	5,5%	,7%
Centro de enseñanza y/o trabajo	11,6%	42,7%	27,3%	8,6%	8,4%	1,5%
Guardia Civil	33,0%	51,6%	9,5%	3,6%	1,7%	,7%
Bomberos	52,5%	43,3%	2,5%	,4%	,6%	,7%
Las Asociaciones de Voluntarios y ONGs	18,7%	48,6%	21,9%	5,3%	4,6%	1,0%
Las Fuerzas Armadas o Ejércitos	31,6%	50,4%	11,7%	3,1%	2,6%	,6%
Los Servicios Sanitarios	43,1%	48,9%	5,5%	1,1%	,7%	,8%
La Policía Nacional	28,4%	53,1%	12,9%	3,3%	1,5%	,7%
La Policía Municipal	23,3%	51,6%	16,8%	5,6%	1,7%	1,1%
La Policía Autonómica	18,8%	50,3%	15,5%	5,0%	5,9%	4,5%
La UME (Unidad Militar de Emergencias)	26,7%	44,5%	7,1%	3,2%	16,6%	1,8%
Sus familiares	47,9%	42,2%	6,3%	1,6%	1,2%	,8%
Sus vecinos y conocidos	26,1%	48,8%	17,0%	4,3%	2,6%	1,2%
Otras respuestas	,5%	,9%	,0%	1,3%	4,6%	92,6%

Fuente: CIS noviembre 2007

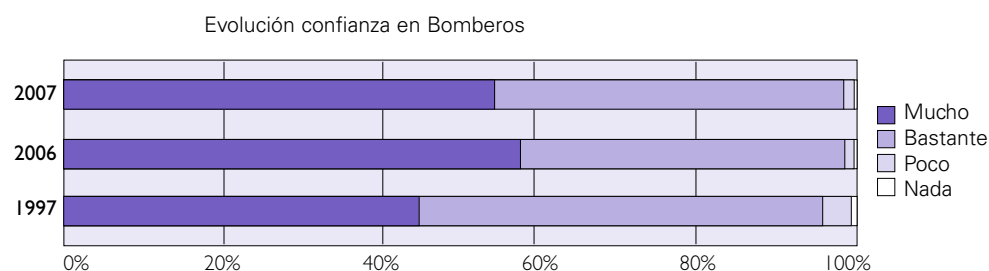
Bomberos

En los tres estudios, el grado de confianza en los Bomberos ha estado entre los más altos. En ninguno de ellos, el porcentaje de desconfiados (poca o ninguna confianza) alcanza el 10%. Es más, en los estudios más recientes (2006 y 2007) parecen haber ganado incluso más confianza. La imagen de los Bomberos, dentro del sistema social de protección, no sólo es de las mejores sino que se encuentra muy consolidada (**Tabla 2.9 y Gráfico 2.1**).

Tabla 2.9. Grado de confianza en la actuación de los Bomberos en caso de catástrofe en estudios sucesivos (comparación porcentajes 1997-2006-2007)

	Mucho	Bastante	Poco	Nada	N.S.	N.C.	(N)
1997	47,0	43,6	6,2	1,4	1,8	1,1	(2467)
2006	56,3	40,6	2,2	0,4	0,4	0,1	(2472)
2007	52,5	43,3	2,5	0,4	0,6	0,7	(3468)

Fuente: CIS noviembre 1997, febrero 2006 y noviembre 2007

Gráfico 2.1. Grado de confianza en los Bomberos en estudios sucesivos.

Policía

Para la comparación, se atenderá tan sólo a la confianza en la Policía Nacional -en el estudio de 2007 se preguntaba también por el grado de confianza en las policías locales y autonómicas. Decisión que se ha adoptado suponiendo que en la sociedad española el genérico de policía es ocupado fundamentalmente por la Policía Nacional.

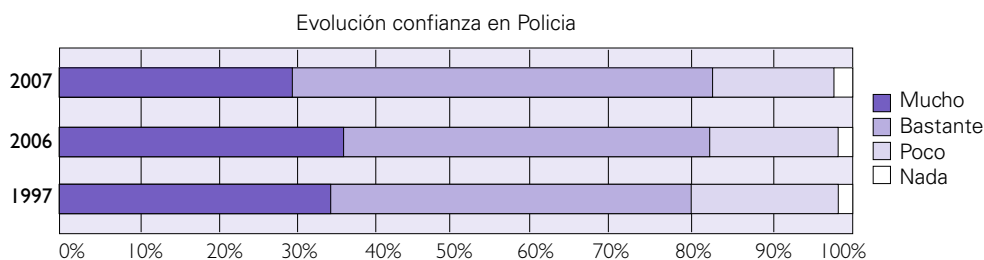
En líneas generales, la confianza social depositada en la Policía Nacional de cara a su actuación en situación de catástrofe es alta. Alrededor del 80% de la población encuestada le ha ido otorgando durante estos diez años de observación mucha o bastante confianza. No obstante, se percibe cierta variación a la baja de esa confianza, al constatar el paso de un 35,5% de encuestados que señalaban mucha confianza en su actuación en 2006, al 28% en 2007. Como el porcentaje de desconfiados (poca o ninguna confianza) no aumenta sino que disminuye (del 17% al 16%), manteniendo una evolución continua en tal descenso, puede decirse que la Policía, en este ámbito de sus actuaciones, ha perdido algo de la confianza que se depositaba en ella, sin que eso suponga el aumento de la desconfianza.

Tabla 2.10. Grado de confianza en la actuación de la Policía en caso de catástrofe según estudios sucesivos (comparación porcentajes 1997-2006-2007)

	Mucho	Bastante	Poco	Nada	N.S.	N.C.	(N)
1997	33,0	45,2	16,6	3,2	2,0	0,2	(2467)
2006	35,5	46,5	14,3	2,7	0,8	0,2	(2472)
2007	28,4	53,1	12,9	3,3	1,5	0,7	(3468)

Fuente: CIS noviembre 1997, febrero 2006 y noviembre 2007

Gráfico 2.2. Grado de confianza en la actuación de la Policía en caso de catástrofe según estudios sucesivos.



Ejército

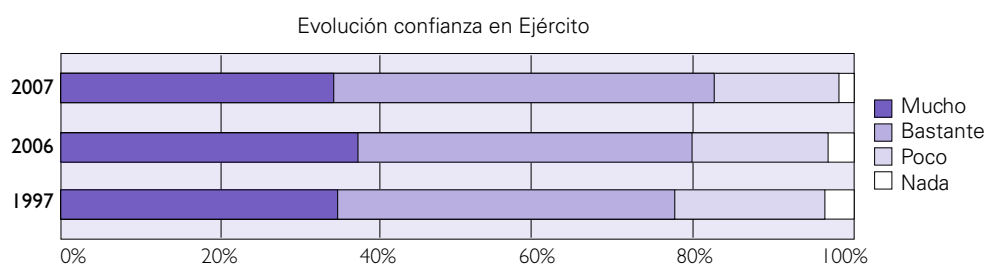
La actuación del Ejército en caso de catástrofe ha ido ganando confianza durante los últimos años, lo que seguramente está vinculado al cambio de imagen experimentado por la institución en general a lo largo del período democrático. Sus avances en términos de confianza hay que situarlos principalmente en la disminución del porcentaje de los que desconfían de la institución. Así, se ha pasado de un grado de desconfianza del 23% en 1997, a un 19% en 2006 y un 15% en 2007.

Tabla 2.11. Grado de confianza en la actuación del Ejército en caso de catástrofe
(comparación porcentajes 1997-2006-2007)

	Mucho	Bastante	Poco	Nada	N.S.	N.C.	(N)
1997	30,7	42,4	17,1	6,0	3,8	0	(2467)
2006	34,2	44,2	13,7	5,4	2,1	0,4	(2472)
2007	31,6	50,4	11,7	3,1	2,6	0,6	(3468)

Fuente: CIS noviembre 1997, febrero 2006 y noviembre 2007

Gráfico 2.3. Grado de confianza en la actuación del Ejército en caso de catástrofe en estudios sucesivos.



Voluntarios

A la hora de analizar la evolución de la confianza en la institución del voluntariado en servicios de protección de los ciudadanos, hay que tener en cuenta que no aparece Cruz Roja en 2007 como categoría diferenciada, sino sólo como una posible concreción implícita en el apartado de las Asociaciones de Voluntarios. Como se pudo apreciar en las tablas 2.6 y 2.7, la Cruz Roja constituye una categoría claramente diferenciada en los estudios de noviembre de 1997 y de febrero de 2006, además de la categoría de voluntarios.

Centrándonos sólo en la categoría de voluntarios, se observa un notable descenso en el grado de la confianza que recibe, especialmente al pasar del estudio de febrero de 2006 al de noviembre de 2007. Los que confían mucho pasan del 40,5% en 1997 a un 19% en 2007. Por el contrario, el grado de desconfianza (poco o nada) pasa en esos diez años del 10% al 27%, triplicándose casi. Este proceso podría interpretarse al menos de dos maneras diferentes:

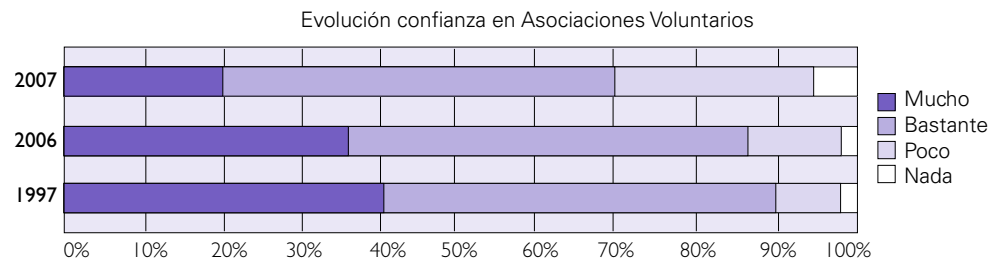
a) Teniendo en cuenta lo dicho sobre la ubicación en el cuestionario de instituciones como Cruz Roja, puede estar indicándonos que la sociedad española confía en instituciones concretas, como la propia Cruz Roja, con relativa independencia de que se sirvan en su acción de voluntarios, y no de asociaciones de voluntarios de una manera indefinida. En esta interpretación, se asume que la evaluación de la Cruz Roja impregna la que se concede al conjunto de asociaciones de voluntarios, ya que en el cuestionario sólo se pregunta por ella integrada en ese conjunto. Es decir, la valoración de las asociaciones de voluntarios estaría recibiendo en parte la buena evaluación que obtiene Cruz Roja.

b) Dejando a un lado la anterior reflexión de carácter metodológico y centrándonos sólo en la sustancial distribución de las respuestas sobre la confianza en la actuación de los voluntarios, hay que hablar de pérdida de confianza de la sociedad española en las actuaciones de la sociedad civil, tal como se plasman en el voluntariado.

Tabla 2.12. Grado de confianza en la actuación de voluntarios/Asociaciones de voluntarios en caso de catástrofe (comparación porcentajes 1997-2006-2007)

	Mucho	Bastante	Poco	Nada	N.S.	N.C.	(N)
1997	40,5	46,9	9,0	1,2	2,3	0,1	(2467)
2006	33,4	50,8	12,3	1,3	1,7	0,5	(2472)
2007	18,7	48,6	21,9	5,3	4,6	1,0	(3468)

Fuente: CIS noviembre 1997, febrero 2006 y noviembre 2007

Gráfico 2.4. Grado de confianza en la actuación de voluntarios/Asociaciones de voluntarios en caso de catástrofe.

Vecinos

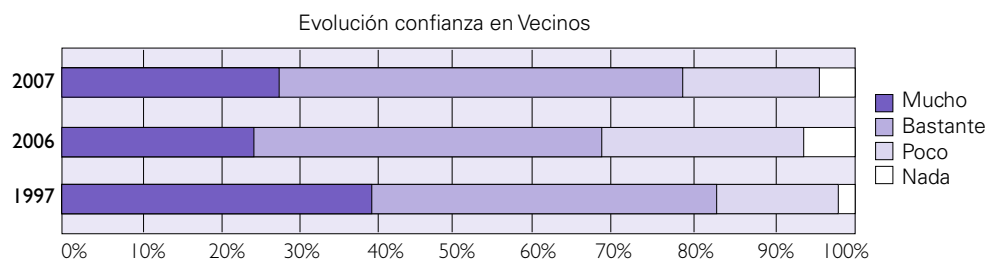
La evolución del grado de confianza en la actuación de los vecinos en caso de catástrofe ha experimentado vaivenes. En 1997 obtiene el grado de confianza más intenso, con casi un 38% de las respuestas que dicen tener mucha confianza en su actuación. En 2006, se observa un importante aumento de la desconfianza: el 30% de los encuestados dice confiar poco o nada en esta institución cercana, frente al 17% de 1997 y, posteriormente, el 21% de 2007, año en el que se recupera parte de la confianza perdida.

Hay que tener en cuenta que, en el grado de confianza social en la actuación de esta institución, se refleja de una manera especial la imagen que tiene la propia sociedad del sistema social de confianza. Las variaciones en los niveles de confianza apenas pueden considerarse producto o efecto de lo que "los vecinos" hagan o dejen de hacer en situaciones de emergencia; no pueden considerarse producto de la experiencia, inmediata o mediada, de la actuación concreta de la institución, sino resultado de la manera de concebir y valorar socialmente las relaciones sociales cercanas, marcadas por la proximidad. Las alzas y bajas en la valoración de lo próximo/lejano repercuten sobre la valoración de los vecinos en cualquier ocasión o eventualidad; también en la confianza que despiertan en caso de catástrofe. ¿Cómo fiarse de unos vecinos que apenas se saludan en unos medios urbanos adelgazados, además, socialmente por el proceso de individualización?

Tabla 2.13. Grado de confianza en la actuación de los vecinos en caso de catástrofe (comparación porcentajes 1997-2006-2007)

	Mucho	Bastante	Poco	Nada	N.S.	N.C.	(N)
1997	37,8	43,6	13,9	2,7	2,9	0,1	(2467)
2006	23,1	43,8	24,2	6,1	2,5	0,4	(2472)
2007	26,1	48,8	17,0	4,3	2,6	1,2	(3468)

Fuente: CIS noviembre 1997, febrero 2006 y noviembre 2007

Gráfico 2.5. Grado de confianza en la actuación de los vecinos en caso de catástrofe.**Familia**

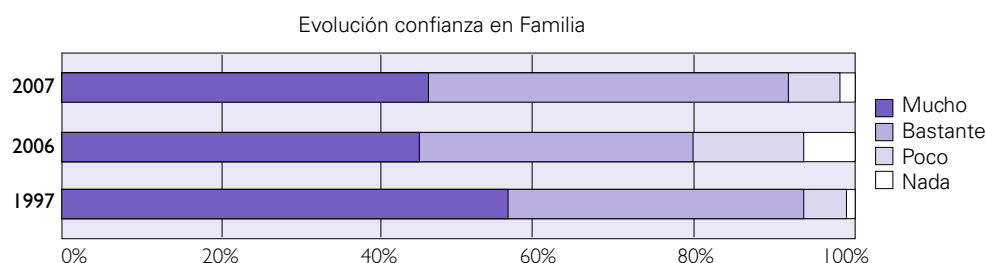
La evolución de la confianza en la actuación de la familia en caso de catástrofes puede reflejar en parte la evolución de la concepción general de la familia por parte de la sociedad española. En tal caso, y a la luz de los datos, habría que certificar una notable pérdida de imagen de la familia en nuestra sociedad, pues se habría pasado de un porcentaje del 57% de la población adulta que señala mucha confianza en 1997 a un 47,5% y 48% en 2006 y 2007, respectivamente. Se pierden casi diez puntos porcentuales. Pero lo que parece más constante es la evolución de la desconfianza (poco o nada), ya que se pasa del 4% en 1997 al 7% en 2006 y el 8% en 2007.

Si la evolución de tales resultados se interpreta sólo en lo que se refiere a su capacidad para actuar en caso de catástrofe (que es la pregunta que se realiza a los encuestados), cabría inferir que, confiando menos en la familia, lo que en realidad se demanda es una actuación más especializada -tal vez menos próxima afectiva y emocionalmente que la de la familia, pero sin duda más eficiente.

Tabla 2.14. Grado de confianza en la actuación de la familia en caso de catástrofe (comparación porcentajes 1997-2006-2007)

	Mucho	Bastante	Poco	Nada	N.S.	N.C.	(N)
1997	57,4	37,3	3,2	0,6	1,3	0,1	(2467)
2006	47,5	44,4	5,7	0,9	1,1	0,4	(2472)
2007	47,9	42,2	6,3	1,6	1,2	0,8	(3468)

Fuente: CIS noviembre 1997, febrero 2006 y noviembre 2007

Gráfico 2.6. Grado de confianza en la actuación de la familia en caso de catástrofe.

LA IDENTIDAD TERRITORIAL DE LA CONFIANZA

El sistema de protección español se encuentra atravesado transversalmente por las particulares características de la organización política del Estado, especialmente por la configuración de los tres escalones

territoriales de la Administración Pública: Central, Autonómico y Local. ¿Hasta qué punto la imagen que los ciudadanos tienen de las distintas instituciones del sistema de protección y, por lo tanto, la confianza que depositan en ellas está atravesada por los procesos identitarios adscritos a cada uno de esos niveles de la Administración?

Para ello, centramos la atención en la distribución de la confianza en la actuación de las distintas instituciones en las Comunidades Autónomas que, en páginas anteriores, han servido para configurar los modelos territoriales de exposición a riesgos (**Tabla 2.15**). Sólo nos fijamos en los que dicen tener mucha confianza en cada una de las instituciones. Los resultados más destacados son los siguientes:

- La sociedad civil tiene un importante peso relativo en Asturias, donde se presentan los mayores porcentajes de mucha confianza en: Asociaciones de Voluntarios (21,5%) y Centros de Enseñanza (17%)
- Cataluña destaca por la escasa frecuencia del grado de “mucha confianza” que se da a la mayor parte de las instituciones. Presenta una confianza más bien fría en el conjunto del sistema de protección. Tal frialdad es mayor con respecto a: los distintos niveles de Protección Civil, la Guardia Civil, el Ejército y las Policía Nacional y Municipal, que alcanzan porcentajes bastante por debajo de los porcentajes medios.
- A diferencia de lo que ocurre en Cataluña, el grado general de la confianza que proyecta Madrid tiende a ser superior a la media nacional. Los porcentajes de quienes confían mucho son especialmente altos con respecto a: Protección Civil del Estado, Guardia Civil, Bomberos y Ejército.

Tabla 2.15. Confianza en la actuación de las instituciones en caso de catástrofe en distintas CCAA.

	Territorios				
	Andalucía (688)	Asturias (678)	Cataluña (688)	Madrid (667)	Otras (747)
Protección Civil Municipal	25,1%	21,4%	13,1%	29,7%	24,4%
Protección Civil Autonómica	23,8%	21,2%	10,9%	25,8%	22,2%
Protección Civil Estado	24,9%	22,7%	10,3%	30,6%	21,8%
Confianza Centro Enseñanza	13,4%	16,8%	7,0%	15,7%	11,0%
Confianza Guardia Civil	29,1%	36,4%	19,6%	41,1%	36,3%
Confianza Bomberos	44,0%	51,9%	49,1%	62,2%	54,0%
Confianza Asociaciones Voluntarios	18,2%	21,5%	15,7%	17,5%	20,0%
Confianza Ejército	27,9%	29,9%	19,9%	35,2%	35,7%
Confianza Servicios Sanitarios	35,0%	48,1%	37,6%	49,8%	45,5%
Confianza Policía Nacional	27,2%	30,2%	15,3%	38,1%	30,4%
Confianza Policía Municipal	21,7%	24,2%	13,5%	31,2%	24,8%
Confianza Policía Autonómica	19,0%	16,4%	16,0%	23,4%	18,5%
Confianza UME	23,0%	23,9%	19,8%	30,3%	29,4%
Confianza familia	34,6%	34,4%	54,5%	54,6%	49,3%
Confianza vecinos	20,9%	18,3%	25,3%	28,3%	28,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

HACIA LA ESTRUCTURA DE LA CONFIANZA EN LAS INSTITUCIONES

En el Estudio anterior, y sirviéndonos del análisis multivariable de componentes principales, se obtenía un mapa del sistema social de protección como el que se recoge en el **Gráfico 2.7**. Aquí no se trata de analizar nuevamente las distintas "regiones" o áreas del mapa y el lugar de cada institución en él, sino de intentar profundizar en las bases conceptuales que lo hacen posible, es decir, en las dimensiones que lo constituyen.

Por un lado, aparece una dimensión (horizontal) que nos parece indicar la percepción que tienen los sujetos sobre la eficiencia en la actuación, en caso de catástrofe, de las distintas instituciones. Distribuye a lo largo de su espacio a las distintas instituciones a partir de la imagen que tienen los ciudadanos de aspectos como su profesionalidad, su preparación para la intervención, su capacidad de actuación, su eficacia, etc. Los individuos se sienten protegidos por las instituciones al confiar en la racionalidad (organizacional, funcional, calculable, etc.) de sus acciones.

Por otro lado, hay una dimensión (vertical) que parece distribuir las instituciones en función de la proximidad que los individuos sienten en relación a ellas: familiares y vecinos, en primer lugar, bomberos, etc. Se confía en que, al actuar, estas instituciones tendrán en cuenta esa proximidad, dando prioridad a los más cercanos a la hora de desplegar su protección. Los individuos sienten su protección por el fuerte vínculo social que les une con ellas, lo que seguramente es independiente de su valoración de la capacidad y eficacia reales de su actuación en coyunturas catastróficas.

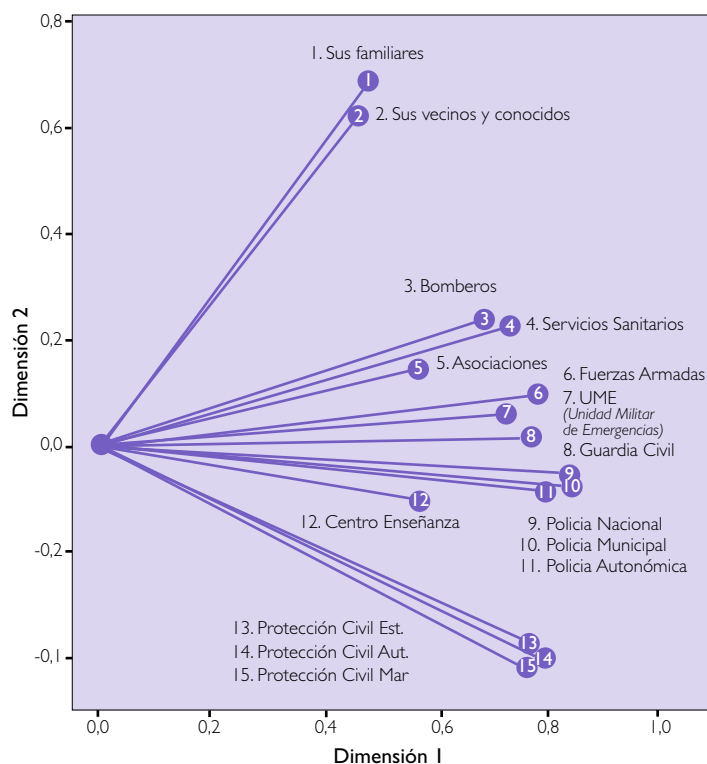
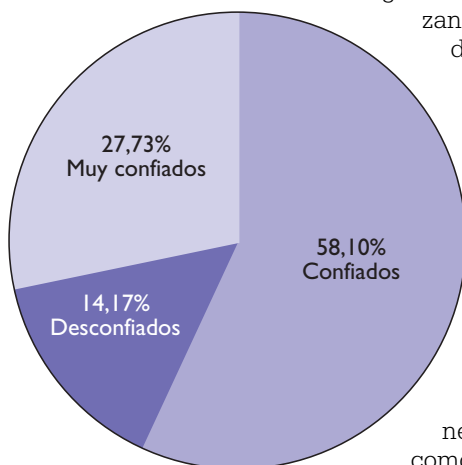


Gráfico 2.7.
Distribución bidimensional de la confianza en las distintas instituciones.

Expuesto nuevamente el mapa de la distribución de confianza en las distintas instituciones, cabría cuestionarse por la pertinencia sociológica de la propia pregunta sobre el grado de confianza institucional. ¿Se preguntan, en verdad, los actores sociales quién o qué institución es la responsable de ofrecer protección y confianza? La gente se cuestiona si está bien o suficientemente protegida o, en todo caso, si hay recursos –humanos, materiales o de cualquier otro tipo– para garantizar la protección. Pero la pregunta por el quién o qué institución debiera realizar labores de protección sólo surge en el momento en que se exigen responsabilidades, cuando algo ha fallado o ha habido deficiencias en la respuesta a una crisis. Hasta entonces, la confianza está ahí, de un modo general, inscrita en todas y cada una de las instituciones. Aún cuando se confía más en unas que en otras, como se ha visto, puede hablarse de una confianza global y compartida por la mayoría.

Más allá del cuestionamiento de la pregunta sobre la confianza en cada una de las instituciones, su formulación puede convertirse en la base para el establecimiento, más o menos indirecto, del grado de confianza social depositado en el conjunto del sistema de protección –o al menos, en el conjunto de los elementos institucionales orgánicos del sistema, más allá de la confianza depositada en cada uno de sus elementos. ¿De qué disponemos para alcanzar esa base? Por un lado, disponemos de la articulación de dos dimensiones o factores que parecen estar detrás del conjunto de atribuciones de confianza, tal como resultan del propio análisis de componentes principales presentado. Por otro lado, podemos distinguir específicos segmentos sociales en función del grado de confianza que los individuos que agrupamos en ellos han depositado en las distintas instituciones. Para ello, nos servimos de un análisis de conglomerados a partir de la misma pregunta sobre el grado de confianza en las distintas instituciones. En función de cómo los individuos cuestionados distribuyen su confianza en el conjunto de las instituciones cuestionadas, podemos distinguir tres grupos distintos: los confiados, que son mayoría y alcanzan un 58% de la muestra en el estudio de 2007; los muy confiados, con un 27,7% de la población; los desconfiados, con un 14,2%.

Gráfico 2.8. Distribución de la confianza en las instituciones.



Los confiados se caracterizan por un patrón de respuestas a la pregunta sobre la confianza en cada una de las instituciones con una proyección de mucha o bastante confianza en casi todo el conjunto de instituciones cuestionado, aun cuando, como veremos, no todas reciben el mismo grado de confianza, dentro de una confianza general. El patrón de respuestas de los muy confiados se caracteriza por dar una alta confianza (mucha o bastante) en mayor grado que los anteriores y a todo el conjunto de instituciones cuestionadas. Por último, el patrón de los desconfiados se caracteriza por el menor grado de confianza depositado en el conjunto de instituciones, especialmente en aquéllas que los otros grupos sitúan como más dignas de confianza.

Hay que señalar que estos tres grupos en los que dividimos la población encuestada tienen un carácter bastante lineal, derivado de que la mayor parte de las categorías evaluadas se refieren a instituciones formales, que podrían llegar a representar socialmente lo mismo (la especialización o profesionalización en la actuación ante catástrofes). Afortunadamente para las posibilidades del análisis destinado a conformar grupos con pautas de respuestas similares, ni se pregunta sólo por instituciones de protección formales, ni tal linealidad es completa.

Los que desconfían o confían en mayor grado en unas instituciones o en un tipo de instituciones tienden a desconfiar o confiar en menor grado en otro tipo de instituciones. Así, como puede verse en la tabla siguiente (**Tabla 2.16**), el porcentaje de muy confiados que dice confiar mucho en cada una de las instituciones sobre las que se pregunta es siempre superior al porcentaje de los confiados y los desconfiados, en relación con las mismas; pero tal pauta estable, que sólo diferencia el grado de confianza en el conjunto de las instituciones cuestionadas, se quiebra cuando se compara la columna de los confiados y los desconfiados. Es entonces cuando reaparecen distinciones según tipos de instituciones. Con respecto a las instituciones formales, las diferencias de porcentaje de mucha confianza a favor de los confiados se mantiene con respecto a los desconfiados; pero no ocurre lo mismo cuando se analiza la confianza en la familia y los vecinos, las instituciones menos formales entre las evaluadas. En estos casos, mientras que los porcentajes de desconfiados que señalan tener mucha confianza en ellas son el 42%, para el caso de la familia, y el 19% para el de los vecinos, descienden al 33% y al 15,5% respectivamente entre los confiados. Por lo tanto, nuestros tres grupos no sólo difieren en el grado de confianza que dan al conjunto de instituciones sino que la dan a distintos tipos de instituciones.

La aclaración matiza bastante las connotaciones que arrastran los denominados desconfiados. Su desconfianza es relativa: confían menos que los otros grupos en instituciones formales, pero en el marco de una dominante confianza general. En realidad, se caracterizan por una menor confianza en el núcleo central (formal) del sistema social de protección, pero confían más que el grupo de los confiados en las otras instituciones, las próximas. Lo que nos lleva a concluir que su desconfianza es con respecto a ese núcleo formal del sistema social de protección, y que no se trata de una desconfianza generalizada, que haría bastante difícil y angustiosa la vida.

Tabla 2.16. Porcentajes de quienes señalan mucha confianza en cada una de las instituciones de protección según nivel general de confianza.

Mucha confianza en instituciones	Confiados	Desconfiados	Muy confiados
Confianza Protección Civil Municipal	6,8%	3,3%	70,0%
Confianza Protección C Autonómica	6,6%	1,3%	68,1%
Confianza Protección Civil Estado	6,7%	2,1%	67,8%
Confianza Centro Enseñanza	3,5%	1,9%	38,6%
Confianza Guardia Civil	14,3%	5,7%	82,8%
Confianza Bomberos	35,8%	30,0%	95,8%
Confianza Asociaciones Voluntarios	9,4%	7,5%	47,8%
Confianza Ejército	12,0%	9,4%	86,5%
Confianza Servicios Sanitarios	25,8%	14,8%	90,0%
Confianza Policía Nacional	6,9%	2,9%	83,4%
Confianza Policía Municipal	3,4%	,2%	77,1%
Confianza Policía Autonómica	2,5%	,5%	71,6%
Confianza UME	12,9%	4,3%	85,0%
Confianza familia	32,8%	41,8%	77,7%
Confianza vecinos	15,5%	19,1%	54,0%

Fuente: CIS noviembre 2007 y elaboración propia

La ausencia de linealidad en la estructuración formulada (instituciones formales versus instituciones informales) se observa más claramente cuando los tres grupos que hemos diferenciado en función de la confianza se ponen en relación con la búsqueda de información sobre lo que pasa o qué hacer en caso de catástrofe, lo que también puede tomarse como indicador de la confianza en las instituciones (**Tabla 2.17**). Lo que ocurre entonces es que el grupo mayoritario (los confiados) opta preferentemente, como todos los grupos, por buscar la información en los Bomberos; pero si se compara con los otros grupos, destaca el lugar preferente que ocupa la búsqueda de información en el Gobierno Central y Autonómico. Es decir, se singulariza por una mayor tendencia a buscar la información en organismos cuya especialización funcional es justamente la de coordinar. Se trata, en consecuencia, de una apuesta por una concepción y unas actitudes más racionales (frías, calculadoras, eficientes) hacia el sistema social de protección.

El grupo de los que hemos denominado desconfiados destaca por el alto porcentaje relativo de quienes señalan que ninguna de las instituciones les merece confianza para buscar en ellas la información: esta respuesta alcanza el 12% de las opiniones. La desconfianza en la actuación de las instituciones se extiende, por lo tanto, a su potencial información. Más indicaciones sobre las características de la base de su confianza las obtenemos al observar la mayor inclinación diferencial por las instituciones cercanas, como los Bomberos (42%) y los

Tabla 2.17. Fuentes en las que se busca información sobre lo que pasa y qué hacer en caso de catástrofe, según grupos de confianza

	Confiados	Desconfiados	Muy confiados
Gobierno Central	18,3%	8,9%	16,2%
Gobierno Autonómico	12,5%	5,1%	9,4%
Gobierno Municipal	6,0%	6,3%	6,7%
Protección Civil Municipal	11,3%	7,5%	11,9%
Protección Civil Autonómica	8,3%	9,8%	7,9%
Protección Civil Estatal	9,0%	4,9%	11,2%
Centros de enseñanza y/o trabajo	2,1%	1,9%	,9%
Guardia Civil	18,6%	14,4%	28,3%
Bomberos	37,1%	42,4%	40,0%
Las Asociaciones de Voluntarios y ONGs	4,0%	7,3%	3,0%
Las Fuerzas Armadas o Ejército	7,0%	7,6%	7,7%
Los Servicios Sanitarios	9,1%	13,7%	10,3%
Policía Nacional	6,3%	2,2%	6,1%
Policía Municipal	3,5%	1,7%	4,6%
Policía Autonómica	2,1%	1,0%	1,2%
La UME (Unidad Militar de Emergencias)	3,2%	3,8%	3,6%
El 112	6,3%	5,9%	5,7%
Otras respuestas	1,3%	,7%	2,5%
Ninguno	,8%	11,6%	,5%
N.S.	3,6%	2,1%	2,7%
N.C.	1,1%	1,0%	,0%

Fuente: CIS noviembre 2007 y elaboración propia

Servicios Sanitarios (14%) a la hora de informarse sobre lo que pasa y qué hacer.

Entre los que denominamos “muy confiados” destaca la mayor inclinación relativa por la búsqueda de la información en dos instituciones: la Guardia Civil (28%, es decir, el doble que los desconfiados) y la Protección Civil del Estado (11% frente al 5% de los desconfiados). Parece que, a diferencia de los confiados, optan por instituciones o dispositivos operativos, orientados a la acción; en otras palabras, buscan la información entre quienes actúan más que entre quienes coordinan. Se diferencian de los desconfiados por buscar la información en instituciones menos cercanas, con las que se tienen menos vínculos afectivos.

LA CONFIANZA QUE SE OTORGA A LAS INSTITUCIONES

Los datos anteriores indican que el grado de confianza otorgada a las instituciones permite distinguir a los individuos según el lugar que ocupan en el sistema de protección: los más desconfiados estarían en su periferia, buscando en mayor medida refugio en las instituciones más próximas, más informales y de tipo comunitario, como la familia y los vecinos; mientras que los muy confiados se ubicarían en el centro del sistema formal de instituciones especializadas en la protección. Resulta así que la desconfianza busca compensación y refugio en lo informal y comunitario, mientras que según se va ahondando en la confianza tanto más se busca el apoyo profesional de las organizaciones formales.

En cualquier caso, puede decirse que la confianza de la sociedad española en las instituciones y agencias de protección en particular y, por extensión, en el conjunto del sistema social de protección, es elevada a la luz de los datos de que disponemos. La sociedad española se siente, en líneas generales, bastante protegida, como queda reflejado también en alguno de los fragmentos discursivos de los grupos de discusión:

No, pero yo lo que sí estoy un poco de acuerdo con él es que todos los ciudadanos tenemos la percepción de que los diferentes poderes públicos tienen organizado algo por sí a..., no sabemos exactamente qué nivel de organización y todos los servicios que nos pueden prestar, pero yo creo que, que en general sí, que hasta cierto punto nos sentimos un poco protegidos. A lo mejor más en las, en las grandes ciudades o en los núcleos más poblados, pues no sé, las fuerzas de seguridad y otro tipo de, de organismos pueden organizar en un momento, pues una evacuación o una distribución...

(GD Palencia)

Catástrofes depende donde se den. Las de nivel social en España, yo creo que están controladitas o podrían evitarse...las de los países estos que tal...yo creo que no.

(GD Galicia)

La confianza parece clara y con ella la exigencia de protección allí y cuando sea menester. Pero también es posible otra lectura, que matiza en algo esta afirmación: no es que haya confianza, sino que se ha reducido la desconfianza. Se pone así de manifiesto la necesidad de confiar, o más bien la imposibilidad de desconfiar mucho y de todo, en sociedades tan complejas en las que la angustia ante un mundo opaco e incierto ha de ser compensada por una confianza genérica o una desconfianza descafeinada en las instituciones. Es demasiado arriesgada una desconfianza absoluta; de ahí que disminuya o se atempe-re. El lujo del escepticismo sólo alcanza a temperamentos fuertes.

La elevada confianza (o la baja desconfianza) en el conjunto del sistema social de protección tiene también sus grietas y sus sombras. Lo muestra la investigación cualitativa, en la que se hace a la luz un rosario de quejas que pasamos a enunciar de forma resumida:

- Crítica a los políticos por el uso partidista de las catástrofes
- Crítica a los medios de comunicación por su tendencia al alarmismo, la manipulación informativa o la espectacularización morbosa de las catástrofes.
- La falta de recursos. Ciertamente, España estaría situada entre los países avanzados que cuentan con un sistema social de protección que hace que la experiencia de las catástrofes sea muy distinta a la que se vive en países menos desarrollados. No obstante, se piensa que los recursos todavía son pocos, dado nuestro nivel de desarrollo, y se exige una mayor inversión en el sistema social de protección.
- La desorganización o descoordinación para enfrentarse a la gestión de las catástrofes. Este aspecto se deriva de una doble presión del sistema político sobre el sistema social de protección: por un lado, de la estructura orgánico-administrativa del Estado español en tres niveles (central, autonómico y local); por el otro, de las disputas entre (y en el interior de) los partidos políticos ¹⁸. La escasa participación directa de los ciudadanos en el propio sistema de protección, resaltándose la falta de cultura y formación en este apartado, así como la escasa mentalidad de protección, de la que también se hace responsable a la propia Administración por no fomentarla ¹⁹.

¹⁸ La descoordinación entre administraciones es una constante en los discursos de los grupos de discusión: *"Y eso, que muchas veces hay duplicidad e incluso competencias entre CCAA y el estado, que a veces pues a lo mejor en algunos casos faltarán y en otros sobran ¿no? Porque cada Comunidad autónoma se hace su chiringuito con sus competencias y sus cosas y eso... Pero pasa igual con los policías ¿no? Llega la policía nacional y aquí mando yo. Luego llega la guardia civil y dice: "yo"; y los bomberos: "yo". Entonces, sí supongo que hay una ausencia de un mando único para esto que diga bueno, pues esto es lo que hay sea Zamora, Guadalajara, La Coruña o lo que sea ¿no?"/ "Yo lo que, bajo mi punto de vista e insisto otra vez en lo mismo, pero aquí falta y a nivel nacional. ¿No hay un gobierno nacional? Pues lo mismo, un plan nacional y luego lo demás son... que tiene que estar dirigido por un solo lugar pues (¿) la descoordinación, en este caso, eh. Hablo de temas así graves, lo otro mira, no quiero entrar" (GD. Madrid 2); "Pero es que pasa como lo de yo no te ayudo porque no te puedo ni ver, o sea es que al final es una cuestión de organización de dejar esto que este por encima de disputas entre ayuntamientos o comunidades autónomas" (GD Palencia)*

¹⁹ Como se dice en un grupo de discusión: *"A mí me parece que recaería en gran parte...aunque todos formamos parte...gran parte recaería en la Administración, yo creo que es la que le toca protegernos...de las catástrofes...por lo menos poner los medios...exactamente, poner los medios, cambiar mentalidades..." (GD Galicia)*

CAPÍTULO 3

LAS BASES DE LA PERCEPCIÓN SOCIAL DEL RIESGO Y LA CATÁSTROFE.

- EXPERIENCIA E INFORMACIÓN.
- SITUACIÓN EN LA ESTRUCTURA SOCIAL.

En el capítulo inicial del Primer Estudio propusimos que la cambiante preocupación mostrada ante la eventualidad de catástrofes podría ser considerada un buen indicador de las actitudes más profundas y arraigadas ante el riesgo. Nos interesaba la preocupación porque tenía la virtud de cubrir un campo semántico en el que conjugaban componentes cognitivos y emocionales fuertemente implicados en la percepción del riesgo. En efecto, la preocupación denota el estado cognitivo de una persona que se ocupa en lo que, no habiendo todavía ocurrido, pudiera ocurrir, recogiendo uno de los planos de significación del riesgo que se refiere siempre a la eventualidad de acontecimientos futuros a considerar antes de adoptar una decisión. Por otra parte, la preocupación denota un estado emocional que se concreta en un cierto temor o aprensión ante lo que pueda ocurrir; no se supone que lo que acabará ocurriendo en un futuro contingente sea malo o dañino, sino que puede serlo (una catástrofe) y de ahí la preocupación. En esto se aproxima a la semántica del riesgo que también contempla la eventualidad de acontecimientos potencialmente dañinos que provocan temor (o al menos precisan arrojo para conjurarlo). Mezcla de previsión del futuro y de temor ante lo que pueda ocurrir, la preocupación por la que se pregunta en el cuestionario (recuérdese: preocupación "ante la posibilidad de verse afectado por una catástrofe") es un buen indicador de la propia conciencia de vulnerabilidad y, por ello, de la propia exposición a riesgos que pueden comportar graves daños.

Lo que acabamos de argumentar permite la utilización de la preocupación como un indicador de la percepción del riesgo. A esto se suma lo que comprobamos en el capítulo inicial del Primer Estudio y ha sido ya objeto de atención también en los inicios de esta Segunda Parte. En efecto, hemos podido comprobar que los grados variables de preocupación que, siguiendo las posibilidades ofrecidas por el cuestionario, hemos diferenciado mostraban afinidades sistemáticas con la actitud general ante el progreso científico-técnico, las expectativas sobre los riesgos futuros que produce y la valoración (positiva o negativa) de tales eventualidades. Alcanzamos por ello la conclusión de que quien se muestra especialmente preocupado es también probable que sea más sensible a los inconvenientes del progreso, espere que el número de riesgos que haya que enfrentar en el futuro sea creciente y tema que los inconvenientes de esos riesgos superen sus beneficios. En consecuencia, podemos suponer que la preocupación ante las catástrofes es un buen termómetro de las actitudes más arraigadas ante el riesgo (partidarios vs adversos).

Fijada esta hipótesis, lo que ahora se pretende analizar es cómo se pueden explicar su variación, es decir, por qué los sujetos sienten grados distintos de preocupación y por lo tanto se sienten más o menos expuestos a situaciones de riesgo. Tomando en consideración la información que proporciona el cuestionario que analizamos, podemos aventurar tres hipótesis fundamentales que vamos a ir desgranando paso a paso.

La primera hipótesis adelanta que la preocupación varía en función de la experiencia e información con las que cuenta la persona, lo que es lógico y plausible si consideramos a esa persona un actor racional que conjetura y siente en función de lo que experimenta y sabe.

La segunda hipótesis propone que la preocupación dependerá más bien de la confianza que se deposite en las instituciones a las que se puede recurrir en caso de catástrofe, suponiendo que una persona así no es sólo un actor racional (que se informa, calcula y decide) sino también un actor moral que está ligado emocionalmente al mundo y que, en razón de esto, concibe sus riesgos y peligros.

La tercera hipótesis, por su parte, indica que la razón fundamental se halla en la posición de las personas en la estructura social, de forma que se estará tanto más o menos preocupado según se ocupen posiciones de sub- o supra-ordinación; en este caso, se supone que la persona que se preocupa o despreocupa, que ciertamente es un ser racional y moral, es también un ser que define su mundo en función de su situación y su capacidad (potencia) en las relaciones sociales de poder.

EXPERIENCIA E INFORMACIÓN

Una explicación sobre la distribución general de las actitudes y conductas de los sujetos de una sociedad, que los considerara individuos cuyo comportamiento se guiase de manera exclusiva por criterios de cálculo racional, mantendría que es el diferencial en la experiencia que se tiene del mundo y especialmente en la información a disposición de los actores lo que habría de explicar el grado de preocupación que sienten ante la eventualidad de enfrentar una catástrofe; en consecuencia, se sentirían más o menos vulnerables según la experiencia que hayan tenido, las reacciones que han vivido y el nivel de información de que dispongan sobre el mundo en el que ocurren efectivamente catástrofes.

Si la información es la fuente principal para la elección racional, de manera que una elección racional sólo puede considerarse en cuanto tal con respecto a la información disponible, hemos de establecer cuáles son las principales fuentes de información de que pueden disponer los sujetos con respecto a los riesgos y los comportamientos en casos de catástrofe. Pues bien, los dos principales tipos de información que pueden establecerse son: por un lado, la propia experiencia personal o vivencia, en este caso de algún suceso catalogado como catástrofe; y, por el otro, la información más indirecta, obtenida a través de sistemas de formación o de información, de los medios de comunicación. Abordaremos sucesivamente ambas fuentes.

Del conjunto de encuestados, el porcentaje de quienes han vivido personalmente alguna situación de catástrofe alcanza el 15% en el estudio del CIS de noviembre de 2007 -una proporción muy similar a la ofrecida por estudios anteriores. Quienes dicen haber tenido una experiencia biográfica de catástrofe por cercanía (estaban en las proximidades de donde ocurrió, pero no les afectó directamente) alcanzan un porcentaje del 9%. Por su parte, quienes no han experimentado a lo largo de su vida catástrofe alguna suman la gran mayoría, alcanzando el 76%. Por lo tanto, desde la perspectiva tomada aquí, podemos diferenciar inicialmente tres grupos:

- el grupo de los que podemos suponer que disponen de una información de primera mano, por haber vivido directamente la situación de catástrofe, lo que se constituiría en el fundamento de su percepción del riesgo en general y, de manera especial, de su forma de enfrentarse a potenciales nuevas situaciones de catástrofe;
- el grupo de los que han vivido esa situación de catástrofe simplemente en su proximidad, lo que, aunque sólo sea en tanto que espectadores, les proporcionará un conocimiento no desdeñable de las catástrofes y será lógicamente el fundamento de su percepción general del riesgo;
- y, por último, el grupo restante y mayoritario formado por los que,

careciendo de una experiencia directa o indirecta de una situación catastrófica, están faltos lógicamente de la información de que disfrutaban los otros dos grupos y por lo tanto han de encontrar otros fundamentos para sus actitudes ante el riesgo.

Entre los que han experimentado directamente alguna catástrofe (**Tabla 3.1**) hay una muy ligera mayor proporción de quienes atribuyen las catástrofes al azar (25%, frente al 23% del total de la población) y a la falta de planificación (37% frente a 36%). En menor medida, las imputan causalmente a las consecuencias del desarrollo socio-industrial (25% frente a 27%). Hay que resaltar asimismo cómo el 16% de los que atribuyen las catástrofes a la fatalidad han experimentado personalmente alguna catástrofe, frente al 15% de la población en general (**Tabla 3.2**).

Como puede verse, se trata, en general, de pequeñas diferencias que indican que el haber experimentado personalmente una catástrofe apenas cambia la concepción sobre a qué o quién atribuírsela. Todo lo más se apunta una muy ligera vinculación entre creencia en la fatalidad como causa y la experiencia directa de una catástrofe. Pero lo relevante es el hecho de que no parece que la experiencia directa tenga una proyección relevante sobre las distintas maneras de imputar causalmente catástrofes y desgracias. La teodicea de fondo (cómo explicar el mal; a qué o quién atribuirlo) no resulta conmovida por la experiencia directa.

Tabla 3.1. Atribución de causa de catástrofes según experiencia de catástrofe.

	Experiencia de catástrofe				Total
	Sí personalmente	Sí por cercanía	No, nunca	N.C.	
Azar	24,7%	18,2%	22,9%	42,9%	22,8%
Falta planificación	37,4%	42,0%	35,4%	28,6%	36,3%
Desarrollo	25,2%	26,6%	27,8%		27,3%
Otras causas/NS/NC	12,7%	13,2%	13,9%	28,6%	13,7%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Tabla 3.2. Experiencia de catástrofe según su imputación causal.

	Imputación causal de catástrofes				Total
	Azar	Falta planificación	Desarrollo	Otras causas NS/NC	
Sí, personalmente	15,9%	15,2%	13,7%	13,7%	14,7%
Sí, por cercanía	7,3%	10,7%	9,0%	8,8%	9,2%
No, nunca	76,3%	74,0%	77,4%	77,1%	75,9%
N.C.	,4%	,2%		,4%	,2%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Las diferencias son mayores con quienes integran esa categoría un tanto difusa de los que han experimentado algún suceso catastrófico por cercanía, que atribuyen una mayor responsabilidad a la falta de planificación de las autoridades públicas (42% frente al 36% del total de la población) y un menor peso a la fatalidad (18% frente 23%). Parece así que, a diferencia de la experiencia directa, la indirecta

aumenta la medida en que se es crítico con la actuación de los poderes públicos, en detrimento de la fatalidad.

Estos datos muestran, pues, que la mayor divergencia se da, no entre los que han tenido algún tipo de experiencia (directa o indirecta), por un lado, y los que no han tenido ninguna, por el otro, como sería de esperar, sino entre quienes han tenido una experiencia directa y quienes la han tenido de forma indirecta, es decir, entre los que tienen grados distintos de experiencia con la catástrofe, pero la tienen. El patrón resultante parece ser sólido. Si recibiera ulteriores confirmaciones, se podría concluir que la mera experiencia personal es insuficiente para explicar el sistema de opiniones y actitudes de los sujetos frente al riesgo, en general, y las situaciones de riesgo catastrófico, en particular. Es la posición en otro marco de referencia –ya no de la experiencia, sino ideológico, moral, de poder, etc.- el que explicaría mejor las diferencias (se haya experimentado o no una catástrofe).

Como antes se anunciaba, hay otras maneras en las que los sujetos pueden conseguir alguna experiencia en este campo. En el cuestionario se ha atendido a otras dos: en un caso se ha preguntado por su participación como voluntario en labores de ayuda o salvamento; en otro, por su participación en labores de extinción de incendios; en ambos casos se restringe el ámbito de la acción a los últimos cinco años. La distribución de respuestas a cada una de estas preguntas es la siguiente (**Tabla 3.3**):

	Muchas veces	Alguna vez	Nunca	N.C.
Ha participado como voluntario en labores de ayuda, salvamento, etc.	2,2	8,6	88,6	0,7
Ha intervenido en la extinción de un incendio	1,8	9,7	88,1	0,5

Fuente: CIS noviembre 2007

Tabla 3.3. Frecuencia de alguna de las siguientes acciones de participación en los últimos cinco años.

Como puede observarse en esta tabla estadística 3.3, son relativamente pocos los que han participado alguna vez en las acciones sobre las que se pregunta; apenas sobrepasa uno de cada diez en cada caso. Aún menor es la proporción de quienes manifiestan haber realizado tales acciones muchas veces: 2% en el caso de la participación en labores de ayuda, salvamento, etc.; otro 2% en el de la intervención en la extinción de un incendio. Son pocos, pues, los que han tenido alguna experiencia de catástrofe en cualquiera de estas modalidades.

En cuanto a la información propiamente dicha (e independiente de la experiencia) de que se dispone, su distribución se puede reconstruir a partir de dos fuentes: una más directa y explícita; la otra, algo más indirecta e implícita.

La fuente más directa es la que nos proporciona el cuestionario cuando se pregunta por el conocimiento de que se dispone sobre cómo comportarse en una situación de emergencia. Las respuestas se distribuyen de la siguiente manera, concentrando las cinco categorías del cuestionario original (conocimiento a. muy alto, b. alto, c. bajo, d. muy bajo y e. nulo) en tres (a. elevado=muy alto+alto; b. escaso=bajo+muy bajo; c. nulo=nulo). La **tabla 3.4** proporciona los datos:

Tabla 3.4. Nivel de conocimiento acerca de cómo comportarse en situación de emergencia

	Frecuencia	Porcentaje
Elevado	961	27,7
Escaso	1776	51,2
Nulo	705	20,3
NS/NC	27	,8
Total	3468	100,0

Fuente: CIS noviembre 2007

La mayoría de la población (51%) declara un conocimiento escaso; es más, hay un 20% que confiesa que su grado de conocimiento es nulo. De hecho, sólo al 28% se le puede atribuir un grado de conocimiento adecuado como para pensar que se dan las condiciones que hacen posible una acción propiamente racional. Bien es cierto que la mayor parte de este conocimiento ha sido adquirido a partir de los medios de comunicación de masas: televisión, radio, periódicos, etc., especialmente por parte de quienes han señalado un conocimiento escaso. Sin embargo, hay que resaltar que quienes declaran un grado de conocimiento elevado (alto o muy alto), señalan como unas de sus principales fuentes los centros de formación especializados y los propios centros de trabajo, lo que indica una actitud más activa en la búsqueda y obtención de la información.

La otra fuente de información la proporciona la pregunta que inquiriere sobre las relaciones que se han tenido en los últimos cinco años, ya sea con las fuentes de información sobre prevención o preparación en caso de catástrofes, ya sea con prácticas de actuación, como es el caso de la participación en simulacros de emergencia. En ambos casos podemos inferir que las personas que han recabado información o han participado en simulacros poseen un nivel de información superior a las demás, lo que ha de repercutir sobre su nivel de preocupación, su sensibilidad al riesgo y su manera de actuar. La distribución de las respuestas a esas preguntas es la que sigue (**tabla 3.5**):

Tabla 3.5. Frecuencia de personas con actividad formativa-informativa en los últimos cinco años

	Muchas veces	Alguna vez	Nunca	N.C.
Ha buscado información sobre prevención o preparación en caso de catástrofe	2,4	13,0	84,1	0,5
Ha participado en algún simulacro de emergencia	3,6	18,7	77,3	0,4

Fuente: CIS noviembre 2007

La participación esporádica (alguna vez) en las respectivas acciones no es desdeñable (13% y 19% respectivamente), siendo bastante menor la participación frecuente (muchas veces). En cualquier caso, aparecen como fuentes destacadas de información para, en caso de que surja la catástrofe, actuar de manera distinta a quien no ha pasado por tales experiencias, mostrar distintas actitudes y desarrollar distintas sensibilidades al riesgo.

Tras este recorrido por las fuentes de experiencia e información, y con el fin de alcanzar un mayor nivel analítico, vamos a retomar la información de base, para articular, si fuera posible, las dos grandes familias de información que hipotéticamente pudieran estar detrás de las actitudes y comportamientos hacia el riesgo. Conseguiríamos así

recomponer el conjunto de la muestra en función de su grado de información, ya sea a partir de experiencias, ya a través de informaciones y acciones de formación, incluyendo la participación en simulacros.

Para alcanzar este objetivo, la estrategia más adecuada consiste en articular las respuestas a los distintos ítems que nos interesan a través de un análisis de conglomerados en dos fases, que parta de las distribuciones de respuestas a las preguntas del cuestionario aquí referidas:

- experiencia biográfica de catástrofe (pregunta 19 del cuestionario),
- participación como voluntario en labores de ayuda o colaboración en los últimos cinco años (pregunta 20.3),
- intervención en la extinción de algún incendio en los últimos cinco años (pregunta 20.5),
- grado de conocimiento de cómo actuar en una situación de emergencia (agrupación de categorías a partir de la pregunta 14),
- búsqueda de información sobre prevención o preparación en caso de catástrofe en los últimos cinco años (pregunta 20.6)
- y participación en algún simulacro de emergencias en los últimos cinco años (pregunta 20.8).

Pues bien, la salida del análisis que tiene mayor grado de pertinencia es la constituida por dos conglomerados, con la siguiente distribución (**Tabla 3.6**):

		N	% de combinados
Conglomerado	1	1558	45,6%
	2	1858	54,4%
Combinados		3416	100,0%

Tabla 3.6. Distribución de conglomerados según tipo de información

De esta articulación sólo queda excluido el 1,5% de los casos del total de la muestra. En cualquier caso, su pertinencia deriva del sentido en el que se cruza con las distintas categorías de información, ya sea vivencial o mediada. Así, los perfiles de los conglomerados resultantes, para cada una de las preguntas que intervienen en su formación, son los siguientes (**Tablas 3.7 a; 3.7 b; 3.7 c; 3.7 d; 3.7 e y 3.7 f**):

		Conglomerado		
		1	2	Combinados
Sí, personalmente	Frecuencia	451	0	451
	Porcentaje	100,0%	,0%	100,0%
Sí, por cercanía	Frecuencia	297	0	297
	Porcentaje	100,0%	,0%	100,0%
No, nunca	Frecuencia	806	1858	2664
	Porcentaje	30,3%	69,7%	100,0%
N.C.	Frecuencia	4	0	4
	Porcentaje	100,0%	,0%	100,0%

Tabla 3.7 a. Salida de análisis de conglomerados por experiencia biográfica de catástrofe

Tabla 3.7 b. Salida de análisis de conglomerados por grado de conocimiento

		Conglomerado		
		1	2	Combinados
Elevado	Frecuencia	618	325	943
	Porcentaje	65,5%	34,5%	100,0%
Escaso	Frecuencia	728	1021	1749
	Porcentaje	41,6%	58,4%	100,0%
Nulo	Frecuencia	175	512	687
	Porcentaje	25,5%	74,5%	100,0%
N.C.	Frecuencia	37	0	37
	Porcentaje	100,0%	,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Tabla 3.7 c. Salida de análisis de conglomerados por participación como voluntario en labores de ayuda, salvamento, etc.

		Conglomerado		
		1	2	Combinados
Muchas veces	Frecuencia	62	0	62
	Porcentaje	100,0%	,0%	100,0%
Alguna vez	Frecuencia	285	0	285
	Porcentaje	100,0%	,0%	100,0%
Nunca	Frecuencia	1211	1858	3069
	Porcentaje	39,5%	60,5%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Tabla 3.7 d. Salida de análisis de conglomerados por la intervención en la extinción de un incendio

		Conglomerado		
		1	2	Combinados
Muchas veces	Frecuencia	48	0	48
	Porcentaje	100,0%	,0%	100,0%
Alguna vez	Frecuencia	261	0	261
	Porcentaje	100,0%	,0%	100,0%
Nunca	Frecuencia	1249	1858	3107
	Porcentaje	40,2%	59,8%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Tabla 3.7 e. Salida de análisis de conglomerados por búsqueda de información sobre prevención o preparación en caso de catástrofe

		Conglomerado		
		1	2	Combinados
Muchas veces	Frecuencia	71	0	71
	Porcentaje	100,0%	,0%	100,0%
Alguna vez	Frecuencia	389	0	389
	Porcentaje	100,0%	,0%	100,0%
Nunca	Frecuencia	1098	1858	2956
	Porcentaje	37,1%	62,9%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

		Conglomerado		
		1	2	Combinados
Muchas veces	Frecuencia	115	0	115
	Porcentaje	100,0%	,0%	100,0%
Alguna vez	Frecuencia	601	0	601
	Porcentaje	100,0%	,0%	100,0%
Nunca	Frecuencia	842	1858	2700
	Porcentaje	31,2%	68,8%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

A partir de los perfiles retratados en las tablas anteriores, podemos ya caracterizar nuestros dos conglomerados, en función del grado de información del que disponen:

- Conglomerado 1: Compuesto por el 45% del total de la muestra, caracterizado por ser el que concentra la experiencia biográfica de catástrofe, ya sea vivida personalmente o por proximidad, siendo, además, el que contiene aquellos que han participado, al menos alguna vez, en las acciones cuestionadas (como voluntario en ayuda, extinción de incendios, búsqueda de información, simulacros) en los últimos cinco años. También es el conglomerado que reúne a los que dicen tener el mayor grado de conocimiento sobre cómo actuar en caso de emergencia. Puede decirse que es el conglomerado que agrupa a los INFORMADOS, habiendo adquirido tal información ya sea por la vía de la experiencia directa, ya sea a través de una formación intensa y especializada.

- Conglomerado 2: Reúne al 54% de la muestra, contando con los que carecen de información directa (experiencia) o, a lo sumo, muestran alguna experiencia indirecta de conocimiento. Forman parte de él tan sólo el 34,5% de los que declaran un elevado conocimiento. Dada la falta de experiencia, su conocimiento o escasea o ha sido obtenido de forma mediada, es decir, a través de los medios de comunicación. En contraposición a los anteriores, denominamos a los miembros de este conglomerado los DESINFORMADOS.

Siendo inversa la situación de ambos conglomerados respecto de la información con que cuentan, también habría de serlo respecto de las posibilidades de activar conductas, actitudes y opiniones dotadas de una mayor o menor racionalidad. Cabe, en consecuencia, esperar de ambos grupos actitudes y comportamientos significativamente distintos.

La opinión de unos y otros con respecto a las consecuencias de distintos aspectos del desarrollo tecnológico difiere algo (**Tabla 3.8**): los informados tienden a ver más ventajas en todos los aspectos que los desinformados; pero se trata casi siempre de diferencias mesuradas, entre los tres y cinco puntos porcentuales. Diferencias que se encuentran, por la vía de la compensación, en el saco de quienes se adhieren a la categoría de “no sabe”, de manera que son los desinformados los que mayores porcentajes de “no sabe” acumulan: entre tres y cinco puntos porcentuales sobre los informados. En cualquier caso, parece claro que el optimismo prometeico está más del lado de los que acumulan información sobre riesgos que de los que denominamos desinformados. En razón de esto, podríamos decir que la información, en este caso, aboga a favor de una visión positiva y confiada del futuro.

Tabla 3.7 f.
Salida de análisis de conglomerados por participación en algún simulacro de emergencia

Tabla 3.8. Ventajas e inconvenientes de distintos aspectos de desarrollo según informados y desinformados. (% columnas)

	Conglomerado según información	
	Informados	Desinformados
La calidad de vida de la sociedad		
Más bien ventajas	82,0%	76,3%
Más bien inconvenientes	10,8%	12,4%
N.S.	6,2%	11,0%
N.C.	1,0%	,4%
La conservación del medio ambiente y la naturaleza		
Más bien ventajas	41,7%	37,7%
Más bien inconvenientes	49,7%	50,4%
N.S.	7,4%	11,1%
N.C.	1,2%	,8%
El desarrollo económico		
Más bien ventajas	76,0%	71,3%
Más bien inconvenientes	14,8%	15,2%
N.S.	7,9%	12,1%
N.C.	1,3%	1,3%
La seguridad y protección de la vida humana		
Más bien ventajas	64,2%	60,4%
Más bien inconvenientes	24,7	24,8%
N.S.	9,6%	13,8%
N.C.	1,6%	1,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Sobre las expectativas de riesgos derivados del desarrollo científico y tecnológico para los próximos veinte años, las diferencias entre informados y desinformados siguen resultando limitadas (**Tabla 3.9**). Los informados tienden a percibir algunos riesgos más: el 16% ve muchos riesgos, frente al 13% de los desinformados. Sin embargo, el 43% de los desinformados ve bastantes riesgos, frente al casi 38% de los informados. En este capítulo, pues, las diferencias son más bien menores, nunca radicales. Tampoco se podría calificar a los desinformados de mucho más pesimistas. Podría incluso ser lo contrario, ya que si sumamos las categorías de “muchos riesgos” y “bastantes riesgos”, es decir, las categorías más pesimistas con respecto a las consecuencias del desarrollo científico y tecnológico, se obtiene que la suma alcanza casi al 57% de los desinformados, mientras que entre los informados se queda en el 54%. No parece que en este capítulo la información discrimine seriamente ni desemboque en una segregación clara entre optimistas y pesimistas del riesgo.

Tabla 3.9. Evaluación de los riesgos del desarrollo científico y tecnológico en los próximos veinte años, según grupo de información % de Conglomerado según información

	Conglomerado según información		Total
	Informados	Desinformados	
Muchos riesgos	16,3%	13,4%	14,8%
Bastantes riesgos	37,6%	43,2%	40,5%
Pocos riesgos	31,9%	26,7%	29,2%
Ningún riesgo	5,5%	5,2%	5,3%
N.S.	8,2%	11,4%	9,9%
N.C.	,5%	,2%	,3%
Total	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

La tendencia a que aparezca un mayor peso de las posiciones optimistas con relación al futuro entre los informados -basada en una mayor capacidad de respuesta a la pregunta (menor porcentaje de “no sabe”)- la volvemos a encontrar cuando se pide que se evalúe el desarrollo científico y tecnológico de los próximos veinte años en clave de sus eventuales beneficios (**Tabla 3.10**). Unos y otros creen mayoritariamente que los beneficios superarán a los riesgos, pero tal asunción alcanza un mayor grado entre los informados (52,5% frente al 47%), lo que se puede explicar, en parte, por el peso que alcanzan los que dicen “no saber” entre los desinformados (22% frente al 16% entre los informados). Resulta, además, que la incidencia de las posiciones pesimistas es muy semejante en ambos casos, pues se aproxima a un tercio: 30 % entre los informados; 29% entre los desinformados. Hay, pues, un sesgo hacia la aceptación del riesgo en función de la información, pero no se trata de una diferencia profunda.

	Conglomerado según información		Total
	Informados	Desinformados	
Los beneficios superarán los riesgos	52,5%	47,0%	49,7%
Los riesgos superarán los beneficios	30,1%	29,1%	29,6%
N.S.	16,1%	22,4%	19,4%
N.C.	1,3%	1,5%	1,4%
Total	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Tabla 3.10. Valoración de las ventajas e inconvenientes de los riesgos del desarrollo científico y tecnológico según grupo de información
% de Conglomerado según información

Tras la constatación de este conjunto de datos, podemos alcanzar una primera conclusión. El recorrido realizado muestra que la información cuenta, aunque no introduzca diferencias radicales: cuenta porque los informados tienen sistemáticamente una visión más positiva del futuro de la civilización científico-técnica, pues la ven más ventajosa y menos abierta a riesgos; pero esto no introduce diferencias radicales, ya que en la mayoría de los capítulos la diferencia entre las posiciones de informados y desinformados no es grande. En cualquier caso, la conjetura que se podría realizar es que, dado el optimismo propio de las personas que tienen experiencia y están informadas, habría que esperar, si fueran actores racionales, que mostraran una especial confianza en el mundo en el que viven y sintieran menos preocupaciones que los menos informados, que, según se ha comprobado, son menos optimistas y deberían ser más desconfiados y estar más abiertos a la preocupación. Hay algunos datos favorables a la conjetura, pero, como veremos, los datos más duros no permiten al final corroborarla.

En efecto, la información va de la mano de conductas más racionales. Un indicador lo hallamos en las reacciones reales y esperadas ante catástrofes cuando se tiene o no experiencia (y la consiguiente información). La **Tabla 3.11** proporciona la distribución de la conducta esperada en caso de catástrofe entre quienes se pueden considerar con conocimiento e informados y entre los que no. Muestra, que disponer de información, conduce a reacciones más sosegadas y racionales, lejanas de las explosiones irracionales de pánico: nueve puntos separan el porcentaje de desinformados que suponen reacciones de pánico (28%) del porcentaje de informados que propone lo mismo (19%). Estos datos son congruentes con lo que cabe esperar si adoptamos el modelo de un actor racional: a mayor información, menos pánico, o miedo en general, y más moderación en las respuestas a la catástrofe. El sujeto informado y racional se muestra como un sujeto menos abierto a dejarse arrastrar por estados emocionales autodestructivos e irracionales.

Tabla 3.11. Reacción ante una hipotética catástrofe según grado de información
% de Conglomerado según información

	Conglomerado según información		Total
	Informados	Desinformados	
De pánico o miedo irrefrenable	18,8%	27,9%	23,5%
De miedo o temor más moderadas, con conducta razonable	36,0%	33,0%	34,5%
De desconcierto, intranquilidad, cierta sensación de miedo	22,6%	20,3%	21,4%
De tranquilidad	8,6%	5,1%	6,8%
De indiferencia	1,3%	,6%	,9%
Reacción intrépida, valerosa, sin medir el riesgo	5,2%	2,1%	3,6%
N.S.	7,3%	10,6%	9,0%
N.C.	,2%	,3%	,3%
Total	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Ahora bien, si vamos más allá y calibramos, no ya las reacciones emocionales a la catástrofe, sino la confianza que se deposita en las instituciones que administran los riesgos, la conclusión que se alcanza es la inversa de la apuntada por la conjetura. En efecto, entre los informados es ligeramente mayor el porcentaje de desconfiados (17% frente a un porcentaje medio del 14%) (**Tabla 3.12**). No resulta que una mayor información –que hemos visto va de la mano de un mayor optimismo tecno-científico y más autocontrol emocional- apareje una mayor confianza, como parece razonable esperar. Por el contrario, entre los desinformados aumenta la proporción de confiados (61% frente a una proporción media de 58%), lo que parece significar que la falta de información, que va de la mano de un mayor pesimismo en relación con el futuro, lleva a una mayor confianza en los sistemas expertos: cuanto menos se sabe y menos se espera del futuro, más se confía en que los otros sabrán; cuanto más se sabe y más se espera del futuro, menos se confía en la competencia de los demás: lo que aflora es un mundo mental que habría que considerar más bien incongruente.

Tabla 3.12. Confianza en las instituciones según grupo de información.
% de Conglomerado según información

	Conglomerado según información		Total
	Informados	Desinformados	
Confiados	55,5%	61,1%	58,4%
Desconfiados	16,8%	11,7%	14,1%
Muy confiados	27,7%	27,2%	27,5%
Total	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Por otro lado, y también en contra de la conjetura, la información parece aumentar la sensación de riesgo y la demanda de protección, mientras que la desinformación las rebaja. Para calibrar y poner a prueba esta propuesta tomamos en consideración los niveles o grados de preocupación de los entrevistados ante la eventualidad de una catástrofe. Pues bien, entre los informados el porcentaje de preocupados aumenta hasta el 73%, mientras que entre los desinformados desciende al 66% (**Tabla 3.13**). La información parece un bien que en vez de sosegar y producir confianza en sí mismo, en las instituciones y en el mundo, produce el efecto contrario de intranquilizar y arrastrar hacia la preocupación. Sería sensato que así fuera si, al modo de la heroína Casandra, el informado tuviera una información privilegiada sobre el futuro que le asegurara males sin cuento, pero, como se ha visto, la información se acomoda más bien a actitudes optimistas sobre el porvenir. De ahí la extrañeza de los datos: creyendo que las cosas van a ir

bien, sintiéndome informado, me preocupo más que quienes creen que las cosas van a ir mal y no están informados. ¡Bienaventurados los ignorantes porque vivirán sintiéndose invulnerables!

Tipo de preocupación	Conglomerado según información		Total
	Informados	Desinformados	
Despreocupados	26,8%	33,7%	30,3%
Preocupados por un único tipo de riesgos	21,7%	19,0%	20,3%
Preocupados por dos tipos de riesgo	18,8%	16,2%	17,4%
Preocupados por tres tipos de riesgo	16,1%	16,2%	16,1%
Preocupados por todo	16,7%	15,0%	15,8%
Total	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

El resultado final que alcanzamos tras este recorrido no habla, pues, a favor del modelo del actor racional como especialmente apto para dar cuenta de las actitudes ante el riesgo. Si, por un lado, comprobamos que a más información más autocontrol racional de las reacciones ante situación de catástrofe, hemos comprobado también que la información no casa, como sería de esperar, con la preocupación ya que son los que más experiencia tienen, mayor información sobre cómo comportarse y con más sosiego esperan reaccionar a las catástrofes los que muestran un grado mayor de preocupación, cuando cabría esperar justo lo contrario. Si entendemos por racionalidad –en una aproximación de mínimos- congruencia en las creencias, entonces el actor que se enfrenta al riesgo no es un actor subsumible en ese modelo pues lo que cree carece de consistencia. Muestra de ello es que está preocupado a pesar de tener información sobre el mundo y ser optimista sobre su deriva. Pangloss y Prometeo no deberían vivir preocupados, sino esperando siempre el mejor de los mundos posibles y despreciando las desgracias. En consecuencia, y utilizando categorías clásicas, no podemos explicar las variaciones de la cura (preocupación, *sorge*) a partir del *logos*.

CONFIANZA INSTITUCIONAL

Hemos hecho ya múltiples referencias a la confianza como uno de los ingredientes fundamentales del sistema social de protección ante riesgos. Suponemos que, para que funcione adecuadamente, la gente ha de confiar en él como sistema capaz de prever, prevenir y actuar eficazmente en el caso de que la catástrofe ocurra. Y no se trata tan sólo de que para que el sistema de protección funcione es condición necesaria que la gente le otorgue su confianza, sino también de que la única manera de que la misma gente calme y someta a control su potencial de angustia ante un mundo nunca plenamente previsible y en ocasiones nada amable consiste justamente en confiar en los demás, en los grupos, en las instituciones o en el sistema social en su conjunto. La confianza es cemento de los sistemas sociales, pero también condición de vida y salud para los sujetos.

La experiencia y la información sobre la manera de actuar de las instituciones en el momento en que se necesita su ayuda son sólo algunos de los ingredientes que sirven para cimentar la confianza. No se podría, por lo tanto, explicar por qué se confía en los otros o en las instituciones a partir de un modelo que atendiera en exclusiva a las características del actor racional: un ser que se informa, contrasta

Tabla 3.13. Grado de preocupación según grupo de información

% de Conglomerado según información

pros y contras, beneficios y costes, ventajas y desventajas y decide o no depositar su confianza en lo que tan fríamente ha analizado. La confianza es algo más: un estado de vinculación moral y emocional al mundo social que hace que suspendamos el temor, la duda y el escrutinio racional y contable hasta nuevo aviso. En consecuencia, las estructuras de confianza son más resistentes al tiempo y a los desengaños que las estructuras de conocimiento. Como apunta Luhmann, las estructuras cognitivas están siempre abiertas a su rectificación (y es ésta la razón de que haya aprendizaje), mientras que las estructuras normativas no, ya que justamente su cometido es mantenerse firmes frente al desmentido de los comportamientos reales de los seres humanos, reafirmandose, pues, contra-fácticamente. Como las estructuras de confianza hay que concebirlas como estructuras más bien normativas (basadas en vínculos morales ligados a la idea del bien y el deber), entonces podemos concluir que no se pueden explicar tan sólo a partir de la experiencia y la información que sustenta al actor racional. En definitiva, quien confía o desconfía es básicamente un actor moral.

La relación entre confianza y riesgo es ciertamente compleja. Con todo, se pueden concretar algunas hipótesis a contrastar con la evidencia empírica que se ha ido acumulando. Si esas hipótesis estuvieran bien construidas y encontrarán corroboración en los datos de que disponemos, entonces podríamos proponer que la confianza en las instituciones es la clave para comprender las variaciones que hemos destacado en la percepción del riesgo.

Las tres hipótesis fundamentales se pueden presentar de la siguiente manera. A mayor nivel de confianza en las instituciones que actúan en situaciones de catástrofe es tanto más probable que:

- Aumente el optimismo ante los riesgos del futuro
- Se confíe en reacciones más bien sosegadas en situaciones de catástrofe
- Se esté menos preocupado sobre la propia vulnerabilidad.

La conexión entre confianza en las instituciones y optimismo en relación al porvenir de los riesgos tecno-científicos está claramente marcada (**Tabla 3.14**). Son los muy confiados los que en menor medida (11,5%, frente a 13% de los confiados y 20% de los desconfiados) creen que en el futuro habrá que enfrentar muchos riesgos y los que en mayor medida consideran que habrá pocos o ningún riesgo (39% frente a 37% de los confiados y 30% de los desconfiados). La pauta es, pues clara: a más confianza en las instituciones, tanto mayor optimismo sobre un futuro para el que se atisban menos riesgos.

Tabla 3.14. Expectativas de riesgo según confianza

	Número inicial de casos			Total
	Confiados	Desconfiados	Muy confiados	
Muchos riesgos	12,7%	19,6%	11,5%	13,4%
Bastantes riesgos	41,0%	44,0%	39,4%	41,0%
Pocos riesgos	31,7%	24,7%	32,0%	30,8%
Ningún riesgo	5,2%	5,7%	6,9%	5,8%
N.S.	9,1%	6,0%	10,0%	8,9%
N.C.	,3%		,2%	,2%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Ese optimismo encuentra corroboración cuando de las expectativas sobre el futuro se pasa a la valoración de lo que va a ocurrir. En este caso se trata de sopesar los riesgos temidos con los beneficios esperados, decidiéndose por una de las dos categorías que diferencian los comportamientos de riesgo: adversos y partidarios del riesgo. Los datos (**Tabla 3.15**) muestran que cuanto mayor confianza se deposite en las instituciones que administran las catástrofes, tanto más se cree que los beneficios en el futuro serán superiores a las desventajas (55% de los muy confiados frente a 54% de los confiados y 40% de los que desconfían) y, por lo tanto, tanto más se tiende a compartir las posiciones de los que son partidarios de asumir riesgos. Lo contrario queda claro: a menos confianza, más se cree que los riesgos superarán los beneficios (45% de los que no confían frente a 28% de los que confían y 26% de lo que confían mucho) y tanta más cercanía a las posiciones adversas al riesgo.

	Número inicial de casos			Total
	Confiados	Desconfiados	Muy confiados	
Los beneficios superarán los riesgos	53,6%	40,4%	54,7%	52,0%
Los riesgos superarán los beneficios	27,5%	44,6%	26,0%	29,5%
N.S.	17,4%	14,5%	18,7%	17,3%
N.C.	1,5%	,6%	,6%	1,2%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Tabla 3.15. Valoraciones del desarrollo futuro según confianza

Tras considerar estos datos, parece que la primera hipótesis queda corroborada: la confianza en las instituciones va de la mano de la confianza en el futuro de nuestra sociedad, tanto en el sentido de optimismo sobre el número de riesgos a enfrentar, como en el de sus eventuales beneficios.

La situación cambia cuando se acomete la segunda hipótesis. Es lógico conjeturar que quien confía en las instituciones espere también tener reacciones mesuradas y más cercanas al auto-control en el caso de enfrentar una catástrofe. La razón es obvia: quien confía siente que alguien se preocupará por él e intervendrá en su ayuda; por ello no debería abandonarse al pánico en mayor medida que quien confía menos o nada. Los datos sin embargo muestran lo contrario (**Tabla 3.16**). Son los muy confiados en las instituciones los que más esperan tener reacciones de pánico (27,5% frente a 23% de los confiados y 19% de los desconfiados). Resulta, además, que, según vamos desplazándonos hacia actitudes de menor confianza, en igual medida va disipándose el pánico: entre los simplemente confiados va disminuyendo a favor del miedo o temor moderado (38% frente a 34% de los muy confiados y el 29% de los desconfiados) y se van extendiendo cada vez más las posiciones de mayor autocontrol; éstas sobresalen especialmente en el caso de los que han declarado desconfianza en las instituciones: 24,5% esperan sólo reacciones de desconcierto; el 19% (suma de los porcentajes de quienes esperan tranquilidad, indiferencia y arrojo) reacciones de alto auto-control. Los datos son, pues, contra-intuitivos (el miedo crece con la confianza y no al revés) y contrarios a la hipótesis (el crecimiento de la confianza institucional va de la mano del incremento de reacciones emocionales más irracionales). En consecuencia, no parece que a partir de las variaciones de la confianza se pueda dar cuenta de las variaciones de la percepción del riesgo.

Tabla 3.16. Expectativas de riesgo según confianza

	Grupo según confianza en instituciones			Total
	Confiados	Desconfiados	Muy confiados	
De pánico o miedo irrefrenable	22,8%	19,0%	27,5%	23,6%
De miedo o temor más moderadas, con conducta razonable	38,4%	29,3%	34,1%	35,9%
De desconcierto, intranquilidad, cierta sensación de miedo	22,4%	24,5%	18,1%	21,5%
De tranquilidad	5,4%	11,5%	8,6%	7,1%
De indiferencia	,7%	2,4%	,8%	,9%
Reacción intrépida, valerosa, sin medir el riesgo	3,2%	4,8%	3,5%	3,5%
N.S.	7,0%	8,5%	7,2%	7,3%
N.C.	,1%		,2%	,1%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Las dificultades que se acaban de encontrar se hacen aun más insalvables cuando se enfrentan las relaciones entre confianza institucional y preocupación ante la catástrofe. Es evidente que cuanto más se confíe en el sistema de protección o en la gran mayoría de las instituciones que lo conforman, tanto más tenderá uno a sentirse a resguardo de los peligros del mundo, más protegido de sus riesgos y menos vulnerable. En consecuencia, habría que esperar una correlación firme entre el nivel de confianza institucional y el sentimiento de protección. Los datos muestran que tal cosa no ocurre (**Tabla 3.17**). En efecto, el 19,5% de los muy confiados se muestran (mucho o bastante) preocupados por las cuatro categorías de riesgo propuestas, mientras que el porcentaje desciende al 16% en el caso de los confiados y se aleja aun más, al 11%, entre los desconfiados. Los muy preocupados son, pues, más frecuentes entre los que confían mucho en las instituciones. En el polo opuesto, casi un tercio (32%) de los que confían poco o nada en ellas declaran que no están preocupados por ninguna de las categorías de riesgos; por su parte, el porcentaje de esos despreocupados disminuye en el caso de los que declaran confianza (30%) y mucha confianza (29%) institucional. Parece, por lo tanto, que la desconfianza declarada no va de la mano del incremento del sentimiento de desprotección, sino más bien lo contrario. Ciertamente, las diferencias porcentuales son pequeñas, pero no dejan de ser significativas, dado su marcado contraste con lo que es de esperar. No sólo se muestra algo contrario al tópico que hace de la confianza medicina paliativa contra la preocupación, sino que también se pone en cuestión la lógica (y la base de legitimidad) del sistema de protección. En efecto, si los sujetos que más confían en las instituciones que han de proporcionar socorro y ayuda en las catástrofes se sienten tanto o más preocupados y desprotegidos que los sujetos que no depositan su confianza en esas mismas instituciones, entonces algo no funciona bien en el sistema en su conjunto y, desde luego, en las relaciones con sus usuarios.

Tabla 3.17. Tipo de preocupación por las catástrofes según grado de confianza en instituciones

Tipo de preocupación	Grupo según confianza en instituciones		
	Confiados	Desconfiados	Muy confiados
Despreocupados	30,2%	31,9%	28,9%
Preocupados por un único tipo de riesgos	21,2%	20,5%	19,7%
Preocupados por dos tipos de riesgo	18,2%	20,5%	17,1%
Preocupados por tres tipos de riesgo	14,6%	15,7%	14,8%
Preocupados por todo	15,8%	11,4%	19,5%
Total	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

El resultado final es que, en lo sustantivo, la confianza, aunque relacionada con una visión más bien optimista del riesgo, no se relaciona de la manera esperable con la percepción y las actitudes del riesgo. No lo hace porque los datos con los que contamos ponen en cuestión que la confianza en las instituciones proporcione un mayor sosiego ante la expectativa de sufrir una catástrofe y generen un nivel menor de preocupación ante su eventualidad. Si son los sujetos que confían en las instituciones los que en mayor medida esperan reacciones de pánico en el caso de que ocurran catástrofes y viven con preocupación esa eventualidad, entonces parece que la confianza no es la clave para hacer inteligible la dispar distribución de las actitudes y percepciones del riesgo. Dicho de otra manera y recuperando las categorías clásicas, si antes proponíamos que la cura (preocupación, *sorge*) no se explica a partir del *logos*, ahora comprobamos que tampoco lo consigue atendiendo a la *fides*.

SITUACIÓN EN LA ESTRUCTURA SOCIAL

Las evidencias que hemos obtenidos se pueden resumir así: ni la información ni la confianza parecen incidir en el sentido que suponíamos sobre la preocupación. Como la hemos adoptado como indicador más general de las actitudes y percepciones del riesgo, entonces podemos concluir que éste no parece explicarse fácilmente a partir de la información de que disponen los sujetos, ni a partir de la confianza que muestran en las instituciones. No explicándose a partir de ninguna de estas fuentes, tampoco puede lograrlo a partir de los modelos implícitos en las que se sustentan: el actor racional y el actor moral, respectivamente.

Vamos a explorar otra hipótesis cuya plausibilidad –al igual que las que hemos ido descartando– no podemos aquí sino apuntar, sin conseguir explotarla en toda su riqueza. Propone que la variación en las actitudes y percepciones arraigadas del riesgo se relaciona de una forma sistemática con la distribución del poder en la estructura social. En última instancia, es la experiencia de poder o de impotencia que sufren los sujetos en el entramado de sus relaciones sociales la que incidiría sobre su percepción general del riesgo.

En la tradición clásica se ha fijado, a partir de Weber, que las fuentes de poder social son variadas, enfatizándose especialmente las que corresponden a la distribución del honor, la riqueza y el poder propiamente político. En el seguimiento de la hipótesis no vamos a tomar en consideración esas u otras fuentes en particular, sino una de sus síntesis socialmente más relevantes, como son las clases sociales. A la hora de categorizarlas, asumimos tanto la terminología que usa el CIS en sus estudios (5 clases sociales: Clase alta/media alta, Nuevas clases medias, Viejas clases medias, Obreros cualificados y Obreros no cualificados), como su decisiones metodológicas para operativizarlas cara al análisis de los datos estadísticos ²⁰.

²⁰ En los análisis del CIS se realizan las siguientes agrupaciones estadísticas: Clase alta/Media alta (profesionales y técnicos, directivos y cuadros medios); Nuevas clases medias (asalariados no manuales); Viejas clases medias (empresarios, autónomos y agricultores); Obreros cualificados (trabajadores manuales cualificados, semi-cualificados, capataces y artesanos); Obreros no cualificados (obreros de la industria y de los servicios y jornaleros del campo).

La propuesta que hacemos es que la ubicación de los sujetos en el sistema asimétrico de distribución del poder social que se fija en la estructura de clases es un buen punto de referencia para predecir sus actitudes y percepciones del riesgo. Esto se proyecta tanto en sus expectativas y valoraciones de los riesgos futuros como en su manera de resolver el problema estratégico de la imputación causal de las catástrofes; pero lo hace también, y de forma congruente, sobre el grado de preocupación sentido ante la eventualidad de catástrofes y, en consecuencia, sobre las actitudes básicas sobre el riesgo. Estas proyecciones se pueden reconducir al siguiente conjunto de hipótesis. Cuanto más alta sea la propia posición en la estructura de clases tanto más se tenderá a concebir los riesgos de forma:

- cercana al optimismo
- abierta a la aceptación de riesgos en función de los beneficios esperados
- tendente a la imputación individualizada de las causas de las catástrofes
- tendente a sentirse a sí mismo a resguardo de las catástrofes y por ello relativamente despreocupado.

A la hora de fijar las perspectivas a veinte años de la civilización tecnocientífica actual las diferencias en razón de la estratificación de clase son muy aparentes (**Tabla 3.18**). Por un lado está claro que, según nos vamos desplazando desde la Clase alta/Media alta hasta alcanzar a los Obreros no cualificados, se asiste a un incremento de las posiciones más alarmadas o pesimistas que auguran muchos o bastantes riesgos: se pasa del 41% (Clase alta) o el 52% (Nuevas clase media), al 56% (Vieja clase media) o el 56,5% (Obreros cualificados), hasta alcanzar 62% en el caso de los Obreros no cualificados. El recorrido va en el sentido inverso si se considera quiénes esperan menos riesgos: son los miembros de las clases altas (42%) o de las nuevas clases medias (43%), disminuyendo significativamente el porcentaje de los optimistas en el caso de los Obreros cualificados (31%) o los Obreros no cualificados (26%). Queda claro que el doctor Pangloss vive en los barrios altos.

Tabla 3.18. Percepción riesgo futuro según clase social (porcentaje de clase social)

Clase social	Percepción riesgo futuro				Total
	Muchos/Bastantes	Pocos/Ninguno	No sabe	No contesta	
Clase alta/ media-alta	51,5%	42,3%	5,6%	,6%	100,0%
Nuevas clases medias	51,7%	42,4%	5,6%	,3%	100,0%
Viejas clases medias	56,1%	30,6%	12,9%	,3%	100,0%
Obreros cualificados	56,5%	30,9%	12,3%	,4%	100,0%
Obreros no cualificados	61,7%	25,9%	12,4%	,0%	100,0%
Total	55,2%	34,6%	9,9%	,4%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Las mismas pautas aparecen cuando se considera la valoración de los riesgos que se van a asumir en el futuro (**Tabla 3.19**). Por un lado, son los miembros de las clases altas los que muestran una actitud más confiada en relación a los riesgos futuros: el 66% considera que aparecerán beneficios, disminuyendo, paso a paso, ese porcentaje según nos deslizamos hacia las posiciones subordinadas (57,5% las Nuevas clases medias; 44% las Viejas clases medias; 43% los Obreros cualifi-

cados y un exiguo 38% los Obreros no cualificados). La aversión al riesgo sigue la dirección inversa: alcanza su máximo entre los obreros (no cualificados: 39%; cualificados 32,5%), para ir disminuyendo ya con las clases medias (viejas: 31%; nuevas 26%) y mostrar el mínimo entre los miembros de las clases altas (20%). La relación entre los extremos de la estructura de clase es, pues, de clara inversión: mientras unos son lógicamente aceptadores de riesgos que suponen que traerán beneficios, otros son más bien adversos. Nótese que la separación de mundos llega al extremo de que, muy lejos del optimismo general y dándole la vuelta, los Obreros no cualificados destacan más los inconvenientes (39%) que los beneficios de los riesgos (38%).

Tabla 3.19. Valoración de riesgos futuros según clase social

% de Clase social

Clase social	Los beneficios superarán los riesgos	Los riesgos superarán los beneficios	N.S.	N.C.	Total
Clase alta/ media-alta	65,7%	20,3%	12,1%	1,9%	100,0%
Nuevas clases medias	57,6%	26,1%	14,8%	1,5%	100,0%
Viejas clases medias	44,4%	31,0%	23,2%	1,4%	100,0%
Obreros cualificados	43,3%	32,5%	23,1%	1,1%	100,0%
Obreros no cualificados	37,7%	39,4%	22,4%	,5%	100,0%
Total	49,8%	29,5%	19,4%	1,3%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Menos clara es la significación de los datos que proporcionan las **Tablas 3.20 a y 3.20 b**, en las que se muestran las distribuciones según segmentación de clase de las tres variantes de imputación causal de las catástrofes. Según se propuso en el Primer Estudio, cada tipo de imputación arrastra consigo una manera históricamente relevante de resolver el problema kantiano-weberiano de la teodicea social. Si quienes explican las catástrofes a partir de los dioses y el azar se aproximan, de alguna manera, al fatalismo antiguo, los que las explican a partir de las decisiones de los responsables políticos se ubican más bien en el universo moral individualista y prometeico, mientras que quienes las explican en función del desarrollo socio-evolutivo apuestan por una teodicea social que encuentra la causa de la desgracia en la mala organización social. Si, como dijo Mary Douglas, el universo del riesgo es un universo moral, las distintas formas de imputar las catástrofes serán también variantes de los distintos universos morales que coexisten en nuestra sociedad.

Tales universos se relacionan con la estructura de clase aunque de forma no tan ajustada y transparente como en el caso de las expectativas y las valoraciones del riesgo. En efecto, hay una afinidad marcada entre la vieja imputación a los dioses y el azar y el universo moral propio de las Viejas clases medias, que son las que proporcionalmente más recurren a esa explicación de las catástrofes. Por su parte las Clases altas y las Nuevas clases medias prestan una mayor atención a la imputación puramente individual que hace que la catástrofe se presente como responsabilidad de los decisores políticos. Por último, y aunque los Obreros no cualificados no se decanten claramente por ninguno de las imputaciones posibles, los Obreros cualificados sí lo hacen claramente a favor de la explicación social, que imputa la catástrofe al mal funcionamiento de la sociedad contemporánea.

El resultado permite delinear tres universos morales con fuertes componentes de clase (**Tabla 3.20 b**): en el de las Clases altas o las Nuevas Clases medias consigue un apoyo mayor la idea de que el

mundo es responsabilidad de la acción de los individuos y por lo tanto las desgracias que ocurren han de imputárseles (opinión sustentada por el 46% entre las Clases altas y 39% de las Nuevas clases medias); en el de las Viejas clases medias, las posiciones dominantes se reparten entre las explicaciones individualistas (30%) y las explicaciones fatalistas (30%); entre los miembros de la clase obrera inciden fuertemente las explicaciones individualistas (34% y 35%), pero encuentran una audiencia muy relevante las explicaciones socio-estructurales (31% y 27,5%).

Tabla 3.20 a. Imputación causal de las catástrofes según clase social.

% según imputación causal

Clase social	Tipos de imputación de las catástrofes				Total
	Azar	Falta planificación	Desarrollo	Otras causas/NS/NC	
Clase alta/ media-alta	15,7%	23,2%	17,2%	12,9%	18,4%
Nuevas clases medias	17,6%	21,0%	18,4%	20,2%	19,4%
Viejas clases medias	23,6%	15,4%	16,3%	25,5%	18,9%
Obreros cualificados	31,9%	29,9%	37,1%	30,3%	32,4%
Obreros no cualificados	11,2%	10,5%	11,0%	11,2%	10,9%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Tabla 3.20 b. Imputación causal de las catástrofes en el interior de las distintas clases sociales

% según Clase social

Clase social	Tipos de imputación de las catástrofes				Total
	Azar	Falta planificación	Desarrollo	Otras causas/NS/NC	
Clase alta/ media-alta	19,3%	45,9%	25,3%	9,6%	100,0%
Nuevas clases medias	20,5%	39,4%	25,8%	14,2%	100,0%
Viejas clases medias	28,3%	29,7%	23,5%	18,5%	100,0%
Obreros cualificados	22,3%	33,7%	31,2%	12,8%	100,0%
Obreros no cualificados	23,2%	35,3%	27,5%	14,0%	100,0%
Total	22,6%	36,5%	27,2%	13,7%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Mucho más significativa y básicamente coherente con nuestra hipótesis es la distribución de la preocupación por las catástrofes entre las distintas clases sociales (**Tabla 3.21**). Por un lado, es de resaltar que, entre los que catalogamos como despreocupados, sean los miembros de las Clases altas los que alcanzan una representación (22%) por encima de su peso en la muestra (18%), cosa que no ocurre con el resto de las clases, que se sitúan por debajo. Corroborando este dato, la actitud de despreocupación tiene un peso mucho mayor (36%) entre los miembros de esa clase que entre los miembros del resto (ver **Tabla 3.22**). En sentido contrario, es también reseñable que en la actitud de máxima preocupación (preocupación por todos los riesgos; **Tabla 3.21**) tanto los Obreros cualificados (38%) como los Obreros no cualificados (13%) alcanzan una representación por encima de su peso en la muestra (32% y 11%, respectivamente), mientras que en el caso del resto de las clases sociales la representación se sitúa al nivel o por debajo de la muestra. En consonancia, la preocupación por todos o al menos tres de los riesgos tomados en consideración alcanza entre los obreros cualificados (18,5%) y sin cualificar (19%) un porcentaje superior al que alcanza en el resto de las clases (Clases altas 9%; Nuevas clases medias 16%; Viejas clases medias 16%; véase **Tabla 3.22**).

Tabla 3.2I. Grado de preocupación según clase social.

	Grado de preocupación					Total
	Despreocupados	Preocupados por un único tipo de riesgos	Preocupados por dos tipos de riesgos	Preocupados por tres tipos de riesgos	Preocupados por todo	
Clase alta/ media-alta	22,0%	21,5%	19,6%	14,7%	10,2%	18,4%
Nuevas clases medias	18,3%	20,0%	19,5%	20,3%	20,0%	19,5%
Viejas clases medias	17,9%	23,5%	16,0%	17,9%	18,7%	18,8%
Obreros cualificados	32,1%	25,7%	35,3%	32,6%	37,8%	32,4%
Obreros no cualificados	9,6%	9,3%	9,6%	14,5%	13,2%	10,9%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

Tabla 3.2I. Distribución de los grados de preocupación en el interior de cada clase social.

	Grado de preocupación					Total
	Despreocupados	Preocupados por un único tipo de riesgos	Preocupados por dos tipos de riesgos	Preocupados por tres tipos de riesgos	Preocupados por todo	
Clase alta/ media-alta	36,0%	23,6%	18,9%	12,7%	8,8%	100,0%
Nuevas clases medias	28,4%	20,8%	17,8%	16,7%	16,3%	100,0%
Viejas clases medias	28,7%	25,2%	15,1%	15,3%	15,7%	100,0%
Obreros cualificados	29,9%	16,1%	19,4%	16,2%	18,5%	100,0%
Obreros no cualificados	26,7%	17,3%	15,6%	21,3%	19,1%	100,0%
Total	30,1%	20,2%	17,8%	16,0%	15,8%	100,0%

Fuente: CIS noviembre 2007

El resultado que alcanzamos permite entrelazar y fundamentar las hipótesis que hemos utilizado. La distribución de los individuos en la estructura de clases se relaciona de forma sistemática y firme con la distribución de sus actitudes en relación al riesgo (expectativas y valoraciones), sus juicios de imputación de las catástrofes y sus sentimientos de desvalimiento tal como los mide su grado de preocupación. El retrato que surge muestra coherencia y plausibilidad: si se forma parte de las clases altas o emergentes (Nuevas clases medias) se vive en el seno de un universo optimista y abierto al riesgo, que imputa lo que ocurre a quien tomó la decisión (individualización del riesgo) y que permite vivir sintiéndose a resguardo y sin preocupación; por el contrario, si se forma parte de las clases subordinadas, se vive un mundo más inseguro e incierto en el que tienen menos peso las posiciones optimistas, se es más escéptico sobre los beneficios de los riesgos que se enfrentan, se imputan los riesgos a causas socio-estructurales y se siente en mayor medida la propia vulnerabilidad y la consiguiente preocupación. De este modo, la adscripción de clase permite hacer inteligibles las diferencias en las actitudes y percepciones del riesgo. La causa, evidentemente, no se puede hallar en la simple adscripción, sino en lo que conlleva: ser de un grupo social y económicamente superior abre a una experiencia del mundo que proporciona seguridad en sí mismo y en la propia capacidad de acción; ser, por el contrario, de un grupo social subordinado precipita a una experiencia inversa en la que priman la incertidumbre, la inseguridad y la constatación de los límites de la propia capacidad para meter en cintura la realidad. Las diferencias de clase no son, pues, sólo diferencias de recursos económicos y de prestigio social –que lo son y de forma indudable–, sino también, y fundamentalmente, diferencias de capacidad para apoderarse del mundo. La experiencia de fondo de la pro-

pia impotencia ante lo que se presenta como un destino socialmente construido lleva a una actitud de base que subraya la apertura de la propia vida a riesgos no elegidos; es la huella que dejan las heridas de clase. Por el contrario, la experiencia de base de la propia potencia o capacidad para orientar la propia vida lleva a una actitud que, en el marco del discurso optimista de la sociedad abierta, subraya la despreocupación ante el mundo y la disponibilidad para enfrentar riesgos elegidos. Es, en definitiva, la capacidad de acción que la adscripción a un grupo procura la que pre-configura las actitudes y percepciones generales del riesgo.

Podemos así concluir. No proponemos que para explicar por qué la gente se siente desvalida en mayor o menor medida y, consecuentemente, varía su grado de preocupación ante las catástrofes no sea de ayuda atender a su experiencia y la información resultante, ni a la confianza que depositan en las instituciones. Ambas variables, experiencia-información y confianza, son relevantes y permiten explicar partes significativas de las variaciones actitudinales. Pero hay otra variable que permite alcanzar un nivel explicativo más alto. Va de la mano de la adscripción de clase y se refiere a la capacidad, poder o potencia de que gozan los individuos según su situación en la estructura social. Los optimistas y despreocupados ante los riesgos son justamente los que gozan de un mayor apoderamiento del mundo, mientras que son los impotentes o despotenciados los que muestran mayor escepticismo en relación al futuro de desarrollo y más desvalimiento en relación al riesgo. En conclusión y si como decíamos antes, trayendo a colación categorías clásicas, la cura (preocupación, *sorge*) no parece poderse explicar atendiendo al *logos* o a la *fides*, es posible que la hagamos más inteligible atendiendo a la *potentia*.

ÍNDICE DE TABLAS

Nº	Página
1.1	12
1.2	14
1.3	15
1.4	16
1.5	18
1.6	18
1.7	20
1.8	21
1.9	22
1.10	22
1.11	24
1.12	26
1.13	27
1.14	28
1.15	30
1.16	32
1.17	34
1.18	34
1.19	35
1.20	36
1.21	38
1.22	39
1.23	41
1.24	43
1.25	44
1.26	45
1.27	46
1.28	46
1.29	47
2.1	50
2.2	52
2.3	54
2.4	55
2.5	56
2.6	57
2.7	57
2.8	58
2.9	58
2.10	59
2.11	60
2.12	61
2.13	61

2.14	Grado de confianza en la actuación de la familia en caso de catástrofe (comparación porcentajes 1997-2006-2007)	62
2.15	Confianza en la actuación de las instituciones en caso de catástrofe en distintas CCAA	63
2.16	Porcentajes de quienes señalan mucha confianza en cada una de las instituciones de protección según nivel general de confianza	66
2.17	Fuentes en las que se busca información sobre lo que pasa y qué hacer en caso de catástrofe, según grupos de confianza	67
3.1	Atribución de causa de catástrofes según experiencia de catástrofe	73
3.2	Experiencia de catástrofe según su imputación causal	73
3.3	Frecuencia de alguna de las siguientes acciones de participación en los últimos cinco años	74
3.4	Distribución del nivel de conocimiento acerca de cómo comportarse en situación de emergencia	75
3.5	Frecuencia de personas con actividad formativa-informativa en los últimos cinco años	75
3.6	Distribución de conglomerados según tipo de información	76
3.7a	Salida de análisis de conglomerados por experiencia biográfica de catástrofe	76
3.7b	Salida de análisis de conglomerados por grado de conocimiento	77
3.7c	Salida de análisis de conglomerados por participación como voluntario en labores de ayuda, salvamento, etc.	77
3.7d	Salida de análisis de conglomerados por intervención en la extinción de un incendio	77
3.7e	Salida de análisis de conglomerados por búsqueda de información sobre prevención o preparación en caso de catástrofe	77
3.7f	Salida de análisis de conglomerados por participación en algún simulacro de emergencia	78
3.8	Ventajas e inconvenientes de distintos aspectos de desarrollo según informados y desinformados	79
3.9	Evaluación de los riesgos del desarrollo científico y tecnológico en los próximos veinte años, según grupo de información	79
3.10	Valoración de las ventajas e inconvenientes de los riesgos del desarrollo científico y tecnológico según grupo de información	80
3.11	Reacción ante una hipotética catástrofe según grado de información	81
3.12	Confianza en las instituciones según grupo de información	81
3.13	Grado de preocupación según grupo de información	82
3.14	Grado de preocupación según grupo confianza	83
3.15	Valoraciones del desarrollo futuro según confianza	84
3.16	Reacción ante una hipotética catástrofe y grupos según confianza en instituciones	85
3.17	Tipo de preocupación por las catástrofes según grado de confianza en instituciones	85
3.18	Percepción riesgo futuro según clase social (porcentaje de clase social)	87
3.19	Valoración del riesgo según clase social	88
3.20	Imputación causal de catástrofes según clase social	89
3.21	Grado de preocupación según clase social (% según preocupación)	90
3.22	Grado de preocupación según clase social (% según clase social)	90

ÍNDICE DE GRÁFICOS

Nº		Página
1.1	Comparación (2006-2007) del grado de preocupación (mucha/bastante) por tipo de catástrofe	23
1.2	Exposición personal a catástrofes comunes a distintos estudios (comparación según año)	27
1.3	Nivel de preparación ante una catástrofe en zonas cercanas a centrales nucleares	37
2.1	Grado de confianza en los bomberos en estudios sucesivos	58
2.2	Grado de confianza en la actuación de la Policía en caso de catástrofe según estudios sucesivos	59
2.3	Grado de confianza en la actuación del Ejército en caso de catástrofe	60
2.4	Grado de confianza en la actuación de asociaciones de voluntarios en caso de catástrofe	61
2.5	Grado de confianza en la actuación de vecinos en caso de catástrofe	62
2.6	Grado de confianza en la actuación de la familia en caso de catástrofe	62
2.7	Distribución bidimensional de la confianza en las distintas instituciones	64
2.8	Distribución de la confianza en las instituciones	65



Dirección General de Protección Civil y Emergencias



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DEL INTERIOR

SECRETARÍA GENERAL
TÉCNICA

CIS

Centro de Investigaciones Sociológicas